

ADÉLAÏDE BON

*La niña
de la banquisa*



CA

ANAGRAMA

Revista de narrativas

Índice

Portada
I
II
III
Epílogo
Notas
Créditos

*A la doctora Muriel Salmona,
a la infatigable inspectora a largo
plazo, a todas las víctimas de
violencia, mis heroínas*

Cuando los crímenes empiezan a acumularse, se hacen invisibles. Cuando los sufrimientos se hacen insostenibles, los gritos ya no se escuchan. Los gritos, también, caen como la lluvia en verano.

BERTOLT BRECHT

¿Se secó la boca con el dorso de la mano, se pasó la lengua por los dientes, se recompuso un poco el peinado? ¿Fue ella o fue él quien le subió las bragas, quien le recompuso el pichi rojo, quien le alisó la blusa blanca? Ella lo mira y asiente con la cabeza, como los perritos que menean la cabeza colocados sobre la bandeja del maletero. *Soy buena, soy mona, me gusta esto, eres mi amigo, te gustan mis nalgas grandes, te portas bien conmigo, soy golosa, no diré nada, es nuestro secreto, te lo prometo, no diré nada.* Esas son las palabras que él le dijo y que ella no recuerda, como tampoco recuerda lo que él le hizo.

Recoge la bolsita de papel blanco con los palotes y el bote de copos especial para peces rojos que había dejado en la esquina desnuda de un escalón.

Algo ha dado un vuelco, no sabe si es el suelo o si es ella, se concentra para subir la escalera.

En el rellano, se gira cuando él la llama, vuelve a prometérselo asintiendo con la cabeza.

Está tumbada en su cama, intenta atrapar una lágrima con la punta de la lengua. Las tablas del pasillo chirrían, coge su libro. *Sin familia*, Hector Malot.

—¿El libro que estás leyendo te hace llorar? —pregunta su padre, alarmado quizá porque ella se ha deslizado como una sombra desde la entrada del piso hasta su habitación, sin el ritual atronador del *Hola mi querida familia a la que amo y adoro*, sin cerrar de golpe la puerta de entrada, sin correr a contarles cualquier cosa. Su cabeza se mueve. Izquierda. Derecha. Derecha.

Izquierda.

—¿Ha ocurrido algo?

Su cabeza se mueve. Arriba. Abajo. Abajo. Arriba.

Está sentada entre su padre y su madre en el sofá color burdeos del salón, su hermano y sus hermanas han desaparecido. Mira las paredes tapizadas, no las reconoce, como tampoco reconoce a sus propios padres. De repente

todo está cambiado sin que ella pueda ver qué. Le hablan, a ella le cuesta oírles, comprenderles. Flota.

Está sentada en el asiento trasero del coche de policía, junto a su padre. Los policías ponen las luces giratorias para hacerla sonreír. Ella sonríe. Es buena. Ya no está ahí. Está muerta. Parece que nadie se da cuenta.

En la comisaría, una policía le hace preguntas, ella tiene que contestar con un sí o un no, asiente o sacude la cabeza, dependiendo. No siente nada. La policía toma nota, *Me tocó el culote: por delante y por detrás. Me cogió la mano izquierda y la colocó sobre su sexo.*

Le dicen que *pone una denuncia por tocamiento se xual* y que el señor de la escalera es *un pedófilo*. Ella asiente con la cabeza.

No siente las medusas que se meten en ella aquel día, no siente los tentáculos largos y transparentes que la penetran, no sabe que sus filamentos van a arrastrarla poco a poco a una historia que no es la suya, que no le concierne. No sabe que van a desviarla de su ruta, atraerla hacia profundidades desiertas e inhóspitas, entorpecer hasta el más mínimo de sus pasos, hacerla dudar de sus puños, estrechar año tras año el mundo que la rodea reduciéndolo a una bolsita de aire sin salida. No sabe que a partir de ahora está en guerra y que el ejército enemigo habita en ella.

Nadie la previene, nadie se lo explica, el mundo ha enmudecido.

Pasarán los años. Olvidarán ese domingo soleado del mes de mayo o, mejor dicho, no hablarán de él. Ella tampoco pensará más en ello.

Por supuesto, tú ya habías vivido peleas, penas, enfados, derrotas y entierros. Ya habías aprendido que amar con fuerza a alguien no impide que muera, pero que podemos seguir hablándole después, como hablabas con el abuelo, bajo el ciruelo. Sabías que existen enfermedades de las que nadie sana y preguntas a las que nada responde. Y respuestas, sin embargo, en las telas de araña resplandecientes de rocío que ninguna palabra sería capaz de contener. Dios habitaba en el rincón más cálido de tu corazón y en el zumbido de los insectos en primavera. Te encaramabas a la cima de los árboles para sentir cómo te inclinabas con ellos bajo la brisa. Tenías un enamorado que hacía esgrima y para el cual dibujaste un día los doce hijos que tendríais juntos. Te pillabas unas rabietas telúricas que hacían que te sentaras en la acera y te negaras a levantarte. Coleccionabas palabras bonitas y palabras locas en libretas. Querías ser bombera, salvadora del mundo, gran escritora. Te traían sin cuidado los espejos y las apariencias. Tenías nueve años.

I

Al día siguiente, se lo cuenta a su enamorado. Ha sonado el timbre señalando el final del recreo, están de pie junto a su pupitre –ya no sé cómo se lo contó, qué palabras utilizó–, sentía que algo había dado un vuelco y que tenía la obligación de decírselo. No espera su respuesta, va a sentarse, muy tiesa.

Empieza a comer más, ya era golosa antes. No sé si se da cuenta de que a partir de ahora comer no es alimentarse, es calmarse.

Lo tiene todo para ser feliz. Tiene una infancia muy privilegiada, muy protegida. Goza de buena salud, es guapa, es inteligente. Vive en París. Esquía en invierno, se baña en verano, visita museos en el extranjero. Pertenece a una familia respetable residente en un barrio elegante, es educada, sabe comportarse en sociedad. Es blanca, francesa desde Morvan I, rey de los bretones, y Carlomagno, educada en la fe católica y en la preocupación por los demás, tiene un abuelo Muerto por Francia. Su padre ha triunfado, su madre también. Unos padres con oficios apasionantes, con responsabilidades, con un alto valor añadido, con una vida social rica y fértil. Unos padres ocupados, torpes, tiernos y profundamente afectuosos.

Cuando está sola, habla con un enorme yeti blanco, que solo ella ve, y con Pandi Panda, su viejo oso de China. La protegen, la tranquilizan y, con ellos, puede confesarse. Todavía se chupa el pulgar. A menudo, agarra la mano del yeti, en la calle o cuando hay demasiada gente y ella sola no puede vigilarlo todo.

Algunos días, los objetos que la rodean hablan entre sí y puede pasarse una hora entera en el baño, inmóvil, escuchándolos conversar en su cabeza.

Algunas noches, año tras año, está soñando, algo interrumpe el curso del sueño, algo, un lugar preciso de su cuerpo que le llama la atención y empieza a dar vueltas, a dar vueltas cada vez más rápido, el remolino

aumenta y la succiona, los contornos de su cuerpo se resquebrajan, lentamente se borran, ella no consigue apartar la mirada, su cuerpo es un desierto de arena que da vueltas y se derrumba, la arena es viscosa, le llena la boca, no hay nada de lo que asirse, se desliza, se diluye y, cuando el remolino ha invadido todo el espacio del sueño, cuando va a desaparecer, grita. Se despierta sobresaltada. Escucha. Tiene miedo de haber gritado realmente, de haber despertado a sus padres. Hay algo terriblemente sucio en ese sueño, algo de lo que no debe hablar.

En primavera del año siguiente, tiene diez años y una camiseta blanca con capucha. Está contenta por haberse librado por una vez de los cuellecitos redondos y los vestidos con nido de abeja. Una de las chulitas, la élite del patio de recreo, la felicita por su atuendo y, de inmediato, su corazón rebosa, su corazón que no se lo cree, ella que se siente tan inepta tan fea tan gorda, ella que ya no sabe verse si no es a través de los ojos de los demás.

En la merienda de cumpleaños de una amiga, juegan al escondite. Su enamorado la arrastra detrás de uno de los pesados cortinajes del salón. Se miran, ella se ruboriza, él acerca sus pequeños labios, ella se queda sin aliento, cierra los ojos y, de repente, se paraliza. Algo se ha deslizado en su interior y se ha apoderado de ella, una cosa asquerosa, una sensación de todo su cuerpo, un frío que asusta demasiado para poder ser descrito.

Decepcionado, él irá a darle besitos a otra.

Su madre la lleva a casa de una tía nutricionista, ha engordado mucho. Debe anotar todo lo que come en una libretita, pero hay alimentos que prefiere no anotar, cantidades que maquilla, ella que termina los platos sin que nadie la vea, ella que se traga los restos en lugar de tirarlos, la primera que se levanta para recoger la mesa, la que sonrío, la servicial, la que se escabulle a la cocina para atiborrarse.

Día tras día, las medusas se propagan.

Su madre la lleva a una gran comisaría a orillas del Sena. Los policías le muestran un clasificador repleto de fotos de señores, ella tiene que mirarlos con atención, uno a uno. Le gustaría poder decirles *Es él*, pero esos rostros anónimos no le dicen nada, no le recuerdan nada. No se atreve a preguntar si todos esos señores, esos cientos de señores de papel que la miran, son *pedófilos*, ellos también.

En sexto, la profesora de historia propone a los voluntarios que hagan

una presentación sobre un periodo de su elección. Ella elige la Shoah. Se pasa horas en la biblioteca del barrio, mirando a amables esqueletos con pijamas de rayas y con una mirada apagada que ofrecen sus sonrisas desdentadas a los fotógrafos del Ejército Rojo. No les cuenta a sus padres que ha sacado en préstamo *Noche y niebla*,¹ espera a quedarse sola una tarde para verla. Su presentación resulta tan exhaustiva que dura cuatro horas de clase y la profesora de historia expresa su preocupación a sus padres.

Cuando está en compañía se muestra despierta y alegre y, en cuanto se escabulle de las miradas, come. Se ríe siempre, quizá incluso más que antes, y es porque su corazón está tan apesadumbrado que cuando le llega la alegría, se lanza a ella.

Vuelve con su madre a la gran comisaría junto al Sena. Un policía la introduce en una habitación oscura: al otro lado de un tabique en parte acristalado, cinco tipos de rostros inexpresivos se alinean frente a ella y la miran. Tiene mucho miedo. El policía la tranquiliza, *Es un espejo sin azogue, no te ven*. Ella no entiende, *un espejo sin tomillo*,² se obliga a sonreír, a aproximarse al cristal, a examinar a los tipos. Le gustaría ser útil, pero esas caras todavía no le dicen nada.

Ese día, o quizá en otra ocasión, tiene que describir el rostro del señor de la escalera. *¿Qué forma tenía su cara? ¿Ovalada, alargada? ¿Y la disposición del cabello?* Sobre la pantalla del voluminoso ordenador gris desfilan los elementos aislados de un extraño catálogo, barbillas, narices, ojos, frentes, mejillas, bocas, orejas, cejas, para conseguir después de un prolongado esfuerzo conjunto un rostro, un extraño rostro, un rostro de cadáver, sin nexos, sin nada. Un rostro que, una vez más, no reconoce.

Recibe una educación católica de la que conserva el recuerdo del Diablo y sus tentaciones, de los pecados, del ojo omnisciente de Dios fijo sobre ella, del Infierno. Oye hablar del odio al cuerpo y del rechazo de los sentidos en las prédicas sobre la primacía del espíritu. Esto la tranquiliza. Desprecia su cuerpo y lo vive como un vehículo impuesto, una cloaca. Confía en tener un alma pura y virgen, unida a Dios, desmembrada de este cuerpo habitado por Satán.

Se masturba a menudo, según el significado en latín, *manus stupratio*, se

mancilla con la mano. No sabe cuándo empezó esto ni de dónde proceden esos gestos, siempre los mismos. No sabe nombrarlos. Basta que esté sola para que venga el Diablo y le baje las bragas. Entonces, golpea con la mano, de forma mecánica y compulsiva, su vulva hasta que se inflama y le duele, hasta caer en un sopor aturdido, gelatinoso. No se lo cuenta a nadie, sabe que eso está mal, no consigue evitarlo. Necesita esa sensación de estar flotando que viene después. En las iglesias, evita los ojos vacíos de los diablillos esculpidos en los capiteles de las columnas, la observan, se ríen con sorna. Es una de ellos. Castiga su cuerpo atiborrándolo, golpeándolo, intenta existir fuera de él y reza, *de profundis clama ad te Domine*, reza con todo el ardor de su joven corazón para que Dios acuda a socorrerla. *De profundis clama ad te Domine. De profundis clama ad te Domine. De profundis clama, clama, clama ad te Domine. De profundis.*

Lee *Los miserables* y no es ni la infancia de Cosette ni la muerte de Gavroche lo que más la conmueve, no. Ella solloza de gratitud a lo largo del capítulo en el que Hugo explica cómo las alcantarillas de París podrían servir para fertilizar las campiñas.

Durante los trayectos largos, sentada en el asiento trasero del coche familiar, mantiene la frente pegada al cristal, la mirada perdida en la lejanía, consumiéndose en su interior, en algún lugar dentro de ella donde sus pensamientos se desmoronan, se alienan, donde sus ensoñaciones no tienen ni pies ni cabeza y, mientras sus padres escuchan Radio Clásica en la parte delantera y su hermano y sus hermanas se pelean en el medio, ella ya no está allí.

Los fines de semana se encierra en el silencio de su habitación de la casa de campo, lee. Lee de todo, mucho. A veces, sale con dificultad del libro que está leyendo, le duele, le duele la garganta, le duelen las mandíbulas, le duele mucho, hunde la cabeza debajo de los cojines, quiere gritarlo, vomitar el gran grito, escupirlo, que por fin le salga, abre mucho la boca, se agota, pero no sale nada, nunca, ni siquiera un aliento, ni un ruido, nada. Entonces, se traga el dolor y, mareada, retoma su lectura. Página tras página, se consuela, se olvida de sí misma, huye.

Intenta portarse bien, no decepcionar. Cada vez está más triste, no sabe por qué. Sonríe, miente, da el pego. Siente vergüenza. Sobre todo que nadie se dé cuenta, no dejar que lo adivinen, no dejar que se le note nada.

Tiene trece años, un chico la besuquea en un guateque. Le cuesta creer que ha sido ella la elegida, pone todo su empeño hasta que le duele la lengua y los labios se le agrietan, pero se aburre. Ella le escribe cartas apasionadas que se quedan sin respuesta, inconsciente del desajuste entre sus palabras fogosas y sus mandíbulas tensas.

Se siente muy próxima a la hermana que tiene tres años más que ella. Algunas noches, la ayuda a salir sin permiso, atrae la atención de sus padres en el momento preciso en que su hermana se escabulle del piano hasta la puerta de entrada. Se despierta cuando regresa su hermana, rápidamente se acurruca en el extremo de la cama y la escucha contarle la noche, las tretas para entrar en la disco sin tener la edad exigida, los atuendos de unas y otras, las historias de chicos, de parejas que se forman, se deshacen, las moratorias del corazón.

Va a clases de teatro y poco a poco crece su pasión por la escena. Explica a quien quiere escucharla que cuando sea mayor, será actriz. En escena, se permite tener mil caras, no simula nada, se lanza toda ella a los brazos de otra, se encarna. En escena, saborea una intensidad y una evidencia que no halla en ningún otro lugar, pero quizá no sea más que la calidez de vivir.

Ya no colecciona palabras, en la clase de griego antiguo, aprende a desmenuzarlas, a seguir sus raíces que se entremezclan con la historia de los hombres.

Un día, comprende, estupefacta, *pedófilo*. Alguien que ama a los niños. Una frase le viene a la memoria repentinamente, una frase como una bofetada, una frase del revés, una frase del señor de la escalera.

Soy tu amigo.

Le gustaría romper su pupitre, quemar los diccionarios, gritar que las palabras mienten, pero esta vez, como muchas otras, en cuanto siente la ira, la apaga. Teme tanto esos ataques de rabia repentinos que no trata siquiera

de comprenderlos, los ahoga en cuanto aparecen y luego se va a la cocina o a la panadería para sellarlos bajo la miga de pan.

Si bien descubre entonces que ciertas palabras significan lo contrario de lo que pretenden, todavía no se plantea por qué se eligen precisamente esas.

Durante las vacaciones de Pascua, va con su familia a descubrir Alemania del Este recién reunificada. Pasan una jornada en el campo de concentración de Ravensbrück y, a medida que va leyendo los testimonios de los supervivientes, se desmorona la ilusión tranquilizadora de que la maldad y la violencia son específicamente masculinas. De tanto estudiar en los libros de historia únicamente las guerras de los hombres, ingenuamente se había protegido de la violencia atribuyéndoles a ellos la crueldad en exclusiva. En Ravensbrück, los relatos de la crueldad y la perversidad de las guardianas la dejan helada. Quizá no sea Satán quien le susurra ideas sucias, quizá Satán sea ella.

Algunos días, sentada en silencio en su cama, con las piernas estiradas frente a su torso, escruta con perplejidad el cuerpo que tiene, lo pellizca para comprobar que efectivamente es a ella a quien le duele. No lo reconoce.

Y a menudo, cuando tiene la cabeza en otro lugar, lo ve. Yace en el suelo, desmantelado, a pocos metros de ella. Esas imágenes que se imponen no le dan ni frío ni calor, no las cuestiona, no las expresa. Se conforma con ellas.

En la clase de educación física, su cuerpo le estorba, detesta el sabor a sangre en la parte posterior de la garganta, detesta sus mejillas jaspeadas de rojo, detesta tener la mente demasiado inundada de sensaciones físicas para poder seguir pensando. Casi nunca consigue recibir un pase, cuando la pelota se abalanza hacia ella, se queda inmóvil. En la clase de danza, se ausenta de sí misma con demasiada frecuencia como para memorizar una coreografía, entonces se desliza hacia atrás para copiar los movimientos sin que nadie se dé cuenta.

Cuando ellas van al estadio, digo *ellas*, se trata de un colegio privado católico mayoritariamente compuesto de chicas, en el que los escasos chicos detentan el estatus de semidioses, por lo tanto, cuando *ellas* van al

estadio, en la linde del Bois de Boulogne, a menudo los mismos dos o tres exhibicionistas van a mostrar su verga a las formales jovencitas.

Esos días, reza para que no haya carrera de resistencia, para que la profesora no empiece la clase pronunciando algunas palabras confusas, *Bueno, bueno, bueno, id al principio de la pista, eh, no miréis*. Ya que entonces, con cada paso que la aproxima a ellos, a medida que imagina sus miradas sobre ella, que imagina ya que no los ve, puesto que su mirada, la suya, está clavada en el suelo ocre, entonces se siente sucia, muy sucia, su piel enrojecida chisporrotea y la señala ante todos, a ellos, ellos que se relamen los labios, llega la primera curva, no ha levantado la cabeza, que se la lleve el diablo si todavía respira, pasa frente a ellos, siente por todas partes sobre ella sus miradas torvas sus manos duras sus sexos húmedos, pero no se han movido, ellos siguen al otro lado de la valla, ella sigue corriendo, tiene la sensación de ir al ralentí, de tener que arrancar las suelas del suelo, otra curva, odia sus nalgas por temblar tanto, por mostrarles ese temblor, y, cuanto más se aleja, mejor respira, otra curva, otra, y de nuevo todo vuelve a empezar y pasa y vuelve a pasar frente a ellos. Pronto no siente nada y se pregunta cómo es posible que sus piernas puedan correr sin ella.

En segundo, sale con un chico mayor, uno de primero.³ Están solos en casa de él, la conduce al dormitorio de sus padres, se tumban torpemente sobre la cama, se besan, se pegan el uno al otro, se respiran, tienen miedo, tienen calor, tienen deseo, él le baja las bragas, le toca la vulva con los dedos. En cuanto desliza las bragas a lo largo de sus piernas, ella se tensa, algo se rompe, algo inmundo se extiende por su sexo, por su garganta, en cuanto le toca la vulva siente repentinamente un odio tal que podría golpearlo hasta matarlo. Un instante después, ella ya no está allí. Él, entristecido, se interrumpe ante ese cuerpo inerte. Ella se excusa, se viste y se va. Al día siguiente rompe con él por teléfono.

En su curso hay una nueva, Sigrid, Dr Martens de color violeta y un humor cautivador. Con Marine, repetidora, de la que todo el mundo sabe que su padre mató a su madre con un disparo de carabina cuando ella era pequeña, de la que todo el mundo admira su socarronería e insolencia, forman un trío increíble. Cada una pertenece a un grupo de amigas diferente, pero a menudo se escapan para pasar algunas horas juntas, las tres, en el café, rehaciendo el mundo, fumando pitillos, afilando su espíritu rebelde y riendo, riéndose de todo, ellas que tan bien se comprenden, que se han querido de inmediato.

Marine no cuenta nada de su infancia sujeta al ritmo de los locutorios de las cárceles, ni del regreso hace algunos meses del padre/asesino a casa, Marine es una llamarada de alegría e inteligencia.

Adélaïde no cuenta nada del hombre de la escalera, no piensa nunca en él, ella vive unos metros más arriba, en el rellano superior, cada día está más alegre, es más intrépida, corretea, ríe, es incapaz de estarse quieta.

Sigrid les revela que a su hermana mayor la violó primero y luego la mató el asesino del Este parisino hace cinco años. No pretende que la consuelen, no espera respuestas, lo dice una sola vez, por honestidad.

Dos días después del final de las clases Marine, la chispeante, muere de anorexia, alcohol, somníferos y tristeza sin apelación posible.

Sigrid cambia de liceo, se perderán de vista.

Años más tarde, el Fichero Nacional Automatizado de Huellas Genéticas que el padre de Sigrid contribuirá a crear dará un vuelco a mi vida.

Volveré a pensar en nuestro trío improbable, en nuestros deseos de amazonas, en nuestros sueños desmelenados, en nuestras alegrías ávidas y puras.

En las postrimerías de las vacaciones de verano, conduce un ciclomotor, con su mejor amiga detrás abrazada a ella, cuando en una curva de una carretera rural surge la furgoneta de un repartidor de flores. Fractura de cráneo, de muñeca, traumatismo craneal, pérdida de cinco dientes delanteros, cuerpo inerte. Su amiga indemne y consternada.

La ingresan en cuidados intensivos. En esa sala dividida por cortinas extendidas, se escucha a los vecinos sin verlos y las horas están ritmadas por el metrónomo tranquilizador de los corazones hospitalizados juntos. Un día, a pocos metros de ella, un corazón se acelera, los pasos enloquecen, el corazón se apaga, la cama se va. Y una noche, ella es la que se marcha.

No existe palabra alguna que pueda contener ese estar entre dos mundos que, a falta de otra expresión, llamamos *Experiencia cercana a la muerte*, alguna vez he intentado explicarlo, pero cómo describir lo intemporal, lo infinito, lo inalienable, la ternura, cómo articular una frase, cómo expresar sin menoscabar, sin encerrar, sin domesticar. Pues sí, se trata del momento más feliz de mi existencia y saber que volveré a marcharme me consuela de los días amargos.

Lo que me mantuvo viva aquella noche es que sentí, con una agudeza tal que desborda los sentidos, sentí en mi boca, en mi garganta, el fuego de artificio de una manzana mordida con avidez, sentí dentro de la nariz, a lo largo de la tráquea, el olor de las agujas de pino aplastadas entre los dedos, noté en las palmas de las manos el calor vibrante y húmedo de un puñado de tierra fértil.

Y luego me hundí en un sueño espeso.

Al despertar, sin que nadie sea capaz de explicarlo, su cuerpo ha recobrado la motricidad. Al despertar, tiene miedo. Creerse Dios está bien para las locas. Se encierra en sí misma. Si lo que entrevió aquella noche no es posible, entonces ¿qué? Entonces, está loca. Pone bajo secreto la luz afectuosa y la dulzura y la inmensidad. Al despertar, no se lo cuenta a nadie.

Su estado se estabiliza, la trasladan de cuidados intensivos a una habitación de la unidad de neurología. Le gustaría verse la cara, pero su madre asegura que se ha olvidado la polvera y las enfermeras le contestan que todos los espejos de la planta están atornillados a las paredes.

Una noche, consigue deslizarse fuera de la cama, sujetando los goteros con brazos inseguros, enciende la luz del cuarto de baño. Alguien la mira desde el espejo. Alguien con un extraño rostro azul e hinchado, con la boca ensangrentada, con la boca agujereada.

Abandona su sonrisa por una dentadura postiza, que le obliga, con quince años y medio, a dejar de chuparse el pulgar. Su madre había probado de todo para conseguir que dejara de hacer aquel gesto de *bebé grande*: las lacas de uñas amargas, las tiritas e incluso un conejillo de Indias, regalado con la condición de un destete total, pero como el conejillo de Indias acabó rápidamente sus días en el estómago de un gato de campo, volvió achuparse el dedo, avergonzada y aliviada por aquel consuelo al alcance de la mano y, a partir de entonces, descartado.

De vuelta al liceo, cambia sus vaqueros ajustados y sus primeros zapatos de tacón por jerséis suaves, pantalones anchos y amplias camisas de leñador que estira sin cesar para taparse las nalgas. Se recoge el pelo rubio rojizo en un moño apretado.

Cada vez que pasa delante de un escaparate, de un espejo, se insulta. Cuando su madre y sus hermanas la llevan de tiendas, rompe a llorar en los probadores. Le gustaría parecerse a ellas, pero en cuanto se prueba un pantalón, no se lo puede abrochar, le ciñe demasiado las nalgas, o sí, se lo puede abrochar, pero la cintura le sobra, un cinturón no sería suficiente. No entra en nada.

En clase, no consigue concentrarse, se aferra a las miradas de los profesores, a los apuntes que toma sobre la hoja cuadriculada, a su pluma, garabatea rostros haciendo muecas en los márgenes, llena los silencios, los espacios vacíos, se agarra a las mesas, resiste, pero cada vez la ola negra y muda se abate sobre ella sin avisar y ella se desliza, suspendida, entre dos aguas, ausente.

Una noche, unos amigos de sus padres estallan en carcajadas tras

escuchar no sé qué historia, ¡Ah, *Adélaïde, la extraterrestre de la familia!* Nadie sospecha hasta qué punto esa frase la afecta, ella que vive separada de todos ellos, ella que tanto quisiera formar parte de ellos.

Se pasa el año llorando en los servicios del liceo, atiborrándose y vomitando, odiándose ferozmente y, en público, exhibiendo una sonrisa de dentadura postiza, sacando buenas notas en el colegio, jugando a ser una niña valiente. Ese año empieza a abofetearse, a golpearse la cabeza con los puños, contra las paredes, a proyectar escenarios de suicidios perfectos, de suicidios disfrazados de accidentes, de suicidios insospechables. No cuenta nada a nadie de sus ideas, sus medusas, intenta encerrarlas estrictamente en un mundo ininteligible y tosco, se convence de la existencia de dos lugares distintos, el cuerpo vil y traidor, el espíritu puro, vivo, alegre.

Al final de este primer curso, el liceo da a elegir entre un retiro silencioso en la abadía de Le Bec-Hellouin y una visita a los castillos del Loira. Tres días y dos noches. Intuye oscuramente que no será capaz de contenerse tanto tiempo frente a sus amigas, así que termina siendo la única que elige el silencio de la abadía.

Una noche de desesperanza infinita, salmodiando *De profundis clama ad te Domine* en una capillita vacía, alguien se sienta junto a ella y le rodea tiernamente con un brazo los hombros. El enorme yeti blanco, Jesús, qué más da. Alguien. Su tristeza cede como el agua de un embalse un día de crecida.

Hasta los próximos aguaceros.

En la casa de campo de una amiga, suelen reunirse tres amigas. Una noche, la mayor les enseña a las otras dos a acariciarse el sexo. Les explica dónde está el clítoris, que hay que hacerlo muy suavemente, dibujando circulitos, no dudar en poner un poco de saliva, frenar, acelerar, jugar con él. *Os voy a enseñar*, se desliza debajo de una colcha y bajo los pliegues se adivina el vaivén suave de su mano, sus dedos reaparecen y los humedece en su boca, su rostro se sonrosa, jadea, ha cerrado los párpados, sus gestos cuidadosos se aceleran, gime, se contrae, sus rasgos se tensan, se arquea. Silencio. Su rostro luce inmenso y distendido. Abre los ojos, grandes y brillantes, y mira a sus atónitas amigas, despeinada, bastante orgullosa de la impresión causada.

Asombro. ¿Las otras chicas hacen esto?, ¿no es ni diabólico ni vergonzoso?, ¿es normal? ¡Y qué delicia!

Intenta, sola, volver a recuperar ese candor, esa confianza. No lo consigue. Las caricias no le hacen nada, no son lo bastante fuertes, ella prefiere los golpes. *Su truco es pésimo, conmigo no funciona*. Funcionar, para ella, no tiene nada que ver con el placer, funcionar es infligirse la violencia suficiente como para poder ausentarse de su cuerpo flácido, llegar ahí donde no siente nada, suspendida, donde no tiene que existir. Y luego sentir asco de sí misma, despreciarse, odiarse.

No comprende que se trata de dos estados irreconciliables, de dos extremos opuestos que sin embargo se confunden en una misma palabra, la *masturbación*. Para sus amigas, cuerpo vibrante, placer y excitación; para ella, cuerpo ausente, desprecio e inflamación.

En mi familia, las cosas del cuerpo no constituyen un tema de conversación o, si se habla del mismo, es para reírse. Recientemente, mi padre casi se muere a causa de una septicemia, por querer curarla en tono bromista con su remedio habitual: cuatro mantas gruesas, una aspirina y a la cama. En mi familia, quejarse de pequeños achaques es carecer de dignidad. Y, entonces, ¿hablar de sexo? ¿Hablar de eso? ¿De lo que se hacía cuando estaba segura de que nadie podía entrar, ni podía verla, en el silencio de su

habitación, escondida en el sotobosque, encaramada a un árbol, encerrada en un cuarto de baño? ¿De los escenarios terroríficos y cada vez más degradantes que se inventaba entonces?

En el liceo, ha conseguido que el profesor de teatro monte *Ondina* de Giraudoux con ella como protagonista. En cuanto puede, recorre sola la isla de los Cisnes, bajo el puente Bir Hakeim. Allí es Ondina, mujer-pezu, un monstruo quizá, pero un monstruo encantador, fantástico, y este es su reino, este surco de tierra sobre el gran río. Murmura largos monólogos a los sauces llorones, puebla los remolinos con tritones, tiene el pelo tan largo como grande el busto, y la locura de ese intento desesperado de fundirse en otra se revela cruelmente la noche del estreno, cuando se detiene en mitad de una frase, en el primer acto. Le apuntan en voz baja el texto, ella no responde, dudan, apagan los focos, creen que ha desaparecido entre bastidores, encienden de nuevo, no se ha movido, empiezan el segundo acto bastante molestos y, de repente, el ruido de un cuerpo que se desploma y convulsiona. Vuelve en sí, atontada, en el hospital. Su hermoso traje de sirena brilla sin sentido sobre una cama dura. Le explican que ha tenido una crisis de epilepsia, que suele ser una complicación frecuente después de haber sufrido un traumatismo craneal de la gravedad del que sufrió hace un año. No lo dice, pero ella sabe perfectamente qué es el gran mal. Piensa que ha desobedecido, que ha pretendido demasiado, de la vida, que ha sido castigada.

Tiene diecisiete años, sale con un chico más mayor. Él tiene ganas de hacer el amor, a ella la tranquiliza que sepa hacer eso, el amor, que ya lo haya hecho con otras.

Ha puesto sábanas limpias, ha encendido una vela. Ella se desviste y se sienta en el borde de la cama. Desnuda, tiene frío. Él la tumba, la besa, le pregunta, *¿Qué tal, no te hago daño?* Se sobresalta, se había ausentado. *Pues no, no, bien, no me duele.* En realidad, no siente nada, nada de nada, se aburre y no sabe qué hacer con las manos.

Hacen el amor con regularidad y todas y cada una de las veces ella está en otro lugar. Se dice a sí misma que el sexo es para complacer a los chicos, debe de ser normal que la chica no sienta nada. Él está perplejo ante su cuerpo taciturno, le hace preguntas, intenta averiguar lo que le gusta. Ella

no sabe qué responder, no quiere decepcionarlo, le dice que eso es estupendo, que le encanta e, incluso, *Fue guay cuando lo hicimos en el suelo.*

Le pide consejo a una amiga, los ruiditos, las expresiones, los gestos que hay que hacer, aplica concienzudamente sus lecciones, expresa con mímica el placer, imita los gemidos. Pasa el tiempo. Evita mirar y tocar el sexo de él. Es asqueroso. No le interesa nada de todo eso. Los sentidos, la carne, es algo bajo, primario. A ella lo que le gusta es la literatura y la filosofía, lee todo lo que cae en sus manos, en el bachillerato obtuvo notable y dentro de dos meses entrará en *la hypokhâgne*.⁴

Se separan después del verano, él seguirá interesándose por ella con regularidad y, uno o dos años después, le preguntará, *¿Sigue sin gustarte?* Ella le contestará secamente que no, que está por encima de eso, que él está realmente obsesionado. Él pondrá una mirada triste y tierna que ella no entenderá y en la que volverá a pensar años más tarde.

En *la hypokhâgne*, mide su vanidad y su ignorancia a la luz de las gigantescas estanterías de la biblioteca, cuyos títulos están todos ellos incluidos en el programa, y a la de sus notas de latín de principiante, menos cuarenta y cinco sobre veinte. Conoce a cuatro chicas formidables que se unen en su corazón a las cinco amigas fieles del liceo.

Su madre la lleva a ver a una nueva nutricionista, está demasiado gorda, las verduras al vapor, las zanahorias ralladas con zumo de limón y los yogures de cero por ciento no parecen servir para nada. De nuevo, calla sus frenesíes alimentarios, no mide su importancia, se niega a darles demasiada existencia al formularlos, miente a los demás como se miente a sí misma.

Ese año, deja de provocarse el vómito. Cuando se hunde los dedos profundamente en su garganta, las angustias que se provoca son peores que las que intenta calmar.

Empieza un cuaderno de tapa color azul cielo, un desahogo de pensamientos enfermizos, una recopilación de insultos autodirigidos. Escribe para domesticar las medusas, escribe para evitar abofetearse.

Dedica las vacaciones de Pascua a que le trasplanten un poco de hueso del cráneo en la mandíbula superior, esa mandíbula que se ha necrosado de manera desconcertante desde el accidente.

Su rostro se hincha, apenas si se distinguen todavía los ojos y los orificios nasales. Su cabeza es como la de un hipopótamo que un fauvista hubiera adornado con manchas violáceas y amarillas. Le encanta mirar al hipopótamo del espejo, su deformidad posee algo extremadamente tranquilizador y sincero, con ese rostro, podría ser por fin ella misma. Pero el implante no prospera y sus rasgos clásicos de jovencita burguesa salen de nuevo a la superficie.

Año de estudio hasta el trasplante óseo, tras el cual toma la firme decisión de convertirse en actriz. Desde *Ondina*, no ha vuelto a pisar un escenario y sus pies, inquietos, se lo piden. Ese fuego, que la habita y la

ilumina cuando actúa, la devora cuando no lo hace y, sin las tablas para contenerlo, la consume.

Pasa todo el verano trabajando como monitora en un campamento para chicas en Canadá. Desde hace varios años tiene la suerte de pasar un mes entero en el corazón del Parque Algonquin, explorándolo de un lago a otro, dorando malvavisco en la lumbre y, rodeada del crepitar de las agujas de pino y del ulular de los colimbo mayores, de risas y cantos, en todas esas noches contemplando entre amigas la Vía Láctea, vive la experiencia de la hermandad entre mujeres y de la confianza. Allí, las medusas están tranquilas, se siente extraordinariamente feliz, afectuosa y competente. Allí, nadie necesita máscaras, cada una actúa dando lo mejor de sí misma. Allí, las amistades que hace son para siempre, allí, es *Addy*, un doble intenso y luminoso, una chica bien. Devora los días con las ansias de vida de un detenido de permiso y, cada final de verano, en el vuelo de regreso solloza con tanta fuerza que podría romperse las mandíbulas.

Esta vez, engorda nueve kilos en dos meses. Sus padres no la reconocerán en el aeropuerto, sus miradas pasarán sin fijarse sobre esta americana gorda vestida con una sudadera con capucha, tendrá que agitar ambos brazos y llamarlos para que por fin la reconozcan entre el gentío.

Al inicio del año académico, se inscribe en La Sorbona en lugar de entrar en *la khâgne*⁵ y, dos días a la semana, en una academia, se prepara para los exámenes de ingreso a las grandes escuelas de arte dramático. Solo habla de una cosa, de *Teatro*. Los demás aprendices de actor parecen saberlo todo de este mundo para ella desconocido, los grandes directores, los autores de teatro contemporáneo que todos ellos han leído salvo ella, los espectáculos que no debería haberse perdido, así que recupera su retraso y casi todas las noches ve alguna obra. Hace amistades exaltadas con algunos jóvenes ardientes, procedentes de entornos menos favorecidos, llegados a París para hacer realidad ese sueño, hacer Teatro.

Se siente aliviada de haber encontrado su camino, porque secretamente, varias veces, creyó que había sentido la llamada para entrar en una orden religiosa. Y quizá entre el convento y la escena, entre la santa y la excomulgada, vibre en ella el mismo deseo de entregarse, de negarse, de encontrarse un sentido fuera de sí misma.

Cuando hoy oigo en la radio hablar de los curas violadores de niños, pienso en esa joven trastornada, en esa joven que se odiaba tanto que el amor incondicional de Dios hacia ella la llenaba de gratitud, en sus lágrimas en las iglesias, en sus oraciones desesperadas, en esas palabras mil y miles de veces repetidas, *De profundis clama ad te Domine*. En alguna ocasión le habría gustado confesarle a Él su existencia, convertirse día tras día en agua límpida y confinar su cuerpo sucio en una celda, su cuerpo y esas medusas que van y vienen en su interior y que no sabe llamar de otro modo que no sea *demonios*.

El sacerdocio, la abstinencia, las religiones no fabrican violadores de niños en serie, no, no lo creo. Sin embargo, en la multitud incontable de niños violados, ¿cuántos, al hacerse adultos, han tomado el sacerdocio, la abstinencia y las religiones a modo de quitamiedos? Dios desconoce las consecuencias psicotraumáticas de las violencias sexuales, Dios no puede hacer nada para impedir los pensamientos vomitados y sucios, ya lo sé, le he rezado tanto... Así que creo que entre ellos, entre esos que se refugian

bajo el hábito para sentirse menos viles, algunos renuncian a luchar, algunos se consagran al odio, a la omnipotencia, y, entonces sí, se aprovechan de su profesión con aureola incorporada y del silencio organizado de sus jerarquías para violar y destruir a su vez con toda impunidad.

Durante unos meses sale con un joven farmacéutico. Él está muy enamorado, es muy dulce, se pasa las noches en interminables *cunnilingus* intentando hacerla estremecer. Ella no comprende por qué se empeña tanto, qué pérdida de tiempo, qué aburrimiento, el sexo. Tiene diecinueve años.

A él, le cuenta por primera vez lo que ha vivido, una noche, después del accidente, ese estar entre dos mundos que no es capaz de explicarse. Unos días después, paseando sin rumbo en busca de respuestas varias entre las estanterías de Ciencias Humanas de la Fnac, encuentra un libro dedicado a *Las experiencias cercanas a la muerte*. ¿Cómo? ¿Otros lo han vivido, otros lo cuentan? ¡Uf! No está completamente loca.

Se pone a leer todo tipo de libros sobre la vida después de la muerte, la reencarnación, las vidas anteriores, los ángeles, las profecías, el chamanismo, los estados alterados de conciencia.

Aprende a liar porros y a soportar el alcohol, está encantada con esta chica divertida y descarada que ocupa su lugar cuando ha bebido.

Una noche, ve una obra de teatro que habla del *amor* de una mujer madura por un chico muy joven y de los estados de ánimo de una juez desconcertada por tener que condenarla. La sala es pequeña y polvorienta, el público está sentado en bancos, a pocos pasos de la actriz, y, a medida que avanza el espectáculo, ella siente que se ahoga. Quisiera detenerlo todo, gritar, cantar a voz en grito, tirar al suelo los bancos, pero ni siquiera consigue levantarse para salir.

Al volver a casa, pone por escrito en su libreta azul cielo aquel día de mayo de sus nueve años, que denomina *el mal recuerdo, el acontecimiento, el ()*. Escribe: *Me encuentro brutalmente catapultada a aquel cuerpo de niña, tan distinto sin embargo al actual. Todo es tan preciso, como una sucesión de fotografías, recuerdo todo con mucha precisión, pero de forma un tanto externa, extraña.*

No sabe que en su relato faltan algunas imágenes y que necesitará

todavía varios años para poder encontrarlas intactas.

Poco después, esa misma noche, no consigue actuar. Ella que antes era capaz de pasar de la piel de un personaje a otro con facilidad, ahora, de repente, se ve haciendo de actriz, le parece que no lo hace bien, así que carga las tintas, elabora, habla demasiado alto o demasiado bajo, se vigila, se aísla.

A partir de entonces las medusas pululan, navegan a merced de los intersticios y de los pensamientos, y, bajo sus enormes sombrillas rojas, miles de arpones cargados con una frasecita venenosa: *No valgo nada, estoy gorda, soy incapaz de nada, soy mala.*

A veces, sin previo aviso, mientras estaba distraída y no había visto formarse el banco cerrando filas a su alrededor, se siente de repente aspirada hacia el fondo.

Sus ataques de glotonería son cada vez más violentos, cada vez más frecuentes, una, dos, tres veces al día. En su libreta azul cielo, se denomina *odre de grasa, tripa rellena de sebo, tragona.* Se imagina su cuerpo lleno de pus. Se imagina que corta la grasa sobrante con tijeras, que hunde en ella cuchillas, que sale a chorros. Se lo imagina, no lo hace: si tuviera cicatrices, vendas, la descubrirían.

Como su profe de arte dramático piensa que no ha encontrado su voz, ella busca una clase de canto. Alguien le aconseja una cantante lírica versada en esoterismo, que enseña resonancia ósea y yoga de la voz.

Pronto no podrá arreglárselas sin esas sesiones, en las que de ella no salen más que aullidos roncós, gritos ahogados, sollozos, y de las que sale aliviada y serena. Está convencida de haber tomado un camino espiritual y de que todos los sufrimientos que atraviesa son pruebas iniciáticas, etapas por las que debe pasar antes de alcanzar la conciencia plena. Si sus angustias son la espuma dejada por sus vidas anteriores, entonces ella no está loca, se dice a sí misma tranquilizándose.

Fuma cannabis cada vez con más frecuencia. Por la noche se prepara unos miniporros que coloca en una cajita metálica y empieza a fumárselos

temprano por la mañana, en cuanto llega a la facultad, antes de la primera clase. Esto le permite olvidarse de sí misma, dejarse flotar y así sus amigos no se asombran tanto de sus momentos de ausencia.

Se rodea de objetos y rituales reconfortantes. Se compra unos zapatos que parecen educados, redondos y sonrientes, les crea historias que la tranquilizan, como a sus *botas de pocero del hiperespacio*, unas botas de media caña de piel verde que se pondrá casi todos los días, a pesar de lo que piensen sus incrédulas amigas. Año tras año utiliza las mismas agendas de papel biblia y encuadernación de piel negra, acumula las mismas libretitas de tapa blanda y papel cuadriculado: tapa azul marino para notas de trabajo; azul cielo para el diario íntimo; roja para escribir. En la libreta roja, casi no escribe.

En clase de conversación, maquilla su vida, añade un poco de drama y suspense, improvisa en beneficio propio bonitas componendas con la realidad, apoya sus palabras con anécdotas picantes y falsas. A menudo, resulta novelesco, tan detallado como inútil, y sus amigas le perdonan sonriendo lo que denominan *el mundo encantado de Adélaïde*. Si la escuchan, existe, así que, como todo le resbala, se inventa a sí misma.

Su habitación bajo el tejado tiene una terracita improvisada. Coloca una silla contra el radiador y la utiliza como escalón, pasa por encima del marco de la ventana; está sobre una cornisa que sube suavemente y se cierra con un remate de piedra recubierto de zinc. Ahí toma el sol, fuma pitillos y porros, escribe. Los días blancos, los días en los que las medusas envenenan el horizonte, se sienta sobre el remate de piedra, del modo preciso y tieso con que lo haría un autómatas antiguo. Ahí hay una plataforma de unos veinte centímetros cuadrados, sus nalgas sobresalen a ambos lados, y, bajo sus pies, el vacío. Suspendida en el séptimo piso, aterradora y tranquila, se balancea suavemente. Bastaría con dejarse resbalar hacia un lado o inclinarse hacia delante para acabar con todo.

Tiene veinte años y a menudo, cuando ha de cruzar una calle, se queda hipnotizada por el ballet de los coches, por ese cuerpo que tiene y se mece de una carrocería a otra, y luego se desmiembra bajo los neumáticos negros. Estas imágenes de ella hecha pedazos la acompañan desde hace tanto tiempo que ya no la asustan, no, lo que la aterra es escapar a su propia vigilancia y que una medusa la arrastre de verdad, para siempre, bajo las ruedas, sobre los raíles, a través de las ventanas. Entonces se insulta, se abofetea, se muerde las muñecas. Espera cerca de una pared a que llegue alguien para pisar ella donde ese alguien pise y conseguir llegar sana y salva al otro lado de las calles. En el metro, se pega a las paredes del andén. Ya no se acerca a las ventanas de los pisos altos.

Cuando está con amigos, se muestra alegre, sonrío, se entusiasma, se ríe a carcajadas, *Si supieran, saldrían todos corriendo*. Le cuesta recibir halagos, permanece alerta, se pregunta dónde quiere ir a parar el otro, qué pretende obtener de ella. Si parece sincero, ella lo desprecia. *¿Acaso está ciego?*

Pasa el examen de ingreso de la Escuela de Arte Dramático de París, la ESAD. Entra gracias a una escena en la que solo daba la réplica, por completo al servicio de una amiga, solo por el placer de actuar. Renuncia a sus clases de licenciatura en la facultad y deja colgada su disertación sobre *La cuestión del monstruo en el mito de Ondina*.

Al día siguiente del atentado contra las torres del World Trade Center, se refugia en la iglesia de SaintEustache, ha visto demasiadas imágenes, demasiados horrores, le gustaría dejar en suspensión en el firmamento, durante unos instantes, a esos seres que se precipitan sin descanso bajo sus párpados, entonces enciende un cirio, se arrodilla, llora y reza un buen rato, con fervor, pero algo la desconcierta y la obliga a volver a la superficie, algo no, alguien, alguien que la está observando. Un hombre, treintaero, está de pie en el centro de la nave, con la bragueta abierta, el pene al aire. La escudriña, le sonrío, se hace una paja.

Al día siguiente, regresa valientemente a la iglesia, quiere prevenir al sacristán. Él no ha visto nada, pero no parece demasiado sorprendido, suspira, *Si supiera cuántos chalados vienen a las iglesias.*

Poco después, durante un ejercicio de canto, mientras inclina el busto hacia atrás, empieza de repente a mugir, emite un sonido largo y ronco que no acaba nunca y la rompe en sollozos, no grita, vomita la rabia, expectora dolor y acaba agitada y estupefacta a cuatro patas sobre la alfombra persa. La profe se siente abrumada. En la clase siguiente, le sugiere con firmeza que busque ayuda y le da el número de un psicoterapeuta.

Ella no telefonea. No lo consigue.

En la ESAD, está entusiasmada con lo que aprende, teje nuevas amistades y un chico guapo, alumno de la promoción anterior, la besa una noche murmurándole que desde hacía tiempo tenía ganas de hacerlo. Su corazón se bambolea debido a su ternura, su sensibilidad. Está enamorado y sus manos poco a poco la domestican, la tranquilizan. Le lee *El arte de amar*, se la imagina luciendo vestidos ligeros de algodón blanco y corriendo entre el trigo maduro, ella no siempre está segura de ser la que él ve, pero no importa, es tan guapo, tan tierno...

Una noche en la que ella ha fumado suficiente hierba como para que él pueda separarle los muslos y deslizar entre ellos su lengua, se deja llevar por primera vez sobre las ondas suaves y poderosas, sin premeditación alguna su cuerpo se arquea, jadea y sus mejillas se sonrosan, la mente desconcertada, el cuerpo tembloroso, gimotea, irradiado, las manos vivas y ocupadas, y entonces lo desea de forma imperiosa. Las palabras deseo y orgasmo ya no serán para ella palabras vacías, pero seguirán siendo palabras raras.

Cuanto mejor va su vida, menos domina la situación. Los bancos de medusas surgen sin darle tiempo a esconderse de las miradas, se derrumba en clase, en la calle, entre los brazos de su enamorado. Sus alegrías están rodeadas de soledades azuladas. Deja de decirse a sí misma que es el efecto de los chacras emocionales que se abren, que se pasará, que ella controla. Cambia sin cesar de personalidad, teme ser ciclotímica, esquizofrénica, maniaco-depresiva, sufrir algún trastorno delirante. Tiene miedo de no atreverse a contarle nada a un psicoterapeuta. Tiene miedo de que la

internen si se lo cuenta todo. También tiene miedo de no tener nada en absoluto, de mentirse y de mantener la cabeza bajo el agua para escapar a su grosera mediocridad, a su conformismo.

Le gustaría hablar de ello con sus padres, no lo consigue. Se hace pasar por la hija formidable, con una sonrisa radiante y perfecta, así que ellos achacan las caras preocupadas de sus mañanas tristes a los estados de ánimo imperiosos de una artista en formación. Ella sufre debido a su aislamiento forzado y a su falta de sinceridad con su familia, pero no sabe cruzar el océano de lágrimas contenidas. Se siente agotada de tener que comportarse, de echarse encima cada mañana ese cuerpo que cuelga de su cama como de una percha, de alzarse sola al final de cada jornada y de quedarse dormida cada noche con la angustia del tiempo que pasa, rápidamente, y que no la esperará.

Telefona al psicoterapeuta al día siguiente de cumplir veintiún años. No tiene hueco para nuevos pacientes, pero ella se deshace en tantas disculpas que él propone recibirla de todas formas, para una sesión.

Para llegar a su consulta, un código, una puerta pesada metálica, un pasaje largo adoquinado y, de repente, un patio trasero exuberante, sereno, habitado por un enorme gato de pelo gris ceniza que se le acerca a las pantorrillas maullando. La consulta está en la planta baja, se entra sin previo aviso, sin miramientos. La habitación es pequeña, con las paredes cubiertas de hueveras, añadidos meticulosos de una violoncelista en busca de buena acústica. Un sofá cama, algunos cojines, una caja de pañuelos, una papelería de mimbre. Y una silla, delante, donde se sienta un hombre bondadoso, que la mira.

En cuanto se sienta, rompe a llorar, a llorar durante toda una hora sin conseguir articular palabra alguna. Al día siguiente, ella le envía una postal de una estatua egipcia con el rostro destrozado a golpes de buril. Al dorso, ha escrito simplemente, *Gracias*.

Él la dirige a una joven terapeuta con el vientre abombado, con la aureola de la certeza radiante que tienen a veces las mujeres encintas. Las sesiones se celebran en una habitación alargada que da a la calle, un rectángulo de moqueta beis enmarcado con colchones baratos y cojines de colores desvaídos, iluminada débilmente por una hilera de ventanas con cristales impresos. La puerta se abre a una acera siempre sucia.

Esta mujer trabaja el aspecto *transgeneracional*, las herencias inconscientes de los duelos y los traumas no resueltos por nuestros queridos antepasados, razón por la que para la siguiente sesión tiene que hacer de memoria un árbol genealógico en el que deberá añadir los acontecimientos familiares que le parezcan más señalados.

Lo hace a conciencia y no encuentra nada realmente interesante, hasta que la psicoterapeuta subraya trece veces con rotulador rojo las palabras *caída*, *derribada*, *defenestración*. De las vidas de cada uno ella solo

recuerda los accidentes, las enfermedades, los suicidios. De su corta vida, nueve caídas. *Y tocamientos sexuales.*

Despacha bastante rápido ese episodio. *Tuve suerte, solo fueron tocamientos y mis padres reaccionaron bien, se dieron cuenta de que había pasado algo, me preguntaron, llamaron a la policía. No creo que este sea mi problema, nunca pienso en ello. ¿Qué siento ahora cuando pienso en ello? Pues... No siento nada especial. Indiferencia. Además, aquel día, ya ni lloraba en el coche de la policía, recuerdo que sonreí cuando pusieron las luces giratorias.* La psicoterapeuta: *Usted elaboró muy pronto un patrón de resistencia a las adversidades, algún día deberá trabajar este asunto.*

Con sus amigas, está radiante y, cuando a veces les cuenta algo, solo lo hace por encima, no se detiene en detalles, no, ella corre, se dedica a muchas cosas, cada día toma mil direcciones. Cuanto más sombría y desesperada se siente en sus propias entrañas, más luminosa es por fuera. Viva y atolondrada.

Desde hace unos meses, tiene una tos extraña, un tapón en la garganta que sus ejercicios vocales cotidianos no consiguen hacer saltar. Con su familia, con su novio, le sale una voz de niña pequeña con agudos irritantes y falsos y, en escena, su voz se espesa, se carga, se vuelve sorda. Esto la pone nerviosa, sabe que ni la una ni la otra es la suya, la suya no sabe dónde se ha metido.

Una noche, después de fumarse un porro, dibuja en su libreta azul marino dos posturas que adopta su cuerpo. Se ha fijado que casi siempre está así, de pie, sentada, en su casa, en la escuela, en los transportes públicos, analiza después en un largo párrafo en qué modo esas posiciones obedecen sin duda a un *reequilibrio energético intuitivo.*

Las dos siluetas tiesas no tienen pies ni cabeza. En una, los brazos están pegados al busto, la mano izquierda, con el puño cerrado, tapa el sexo, la derecha se agarra a ella. En la otra, un brazo rodea el bajo vientre y el otro aplasta el pecho. Cuerpo forzado, cuerpo avergonzado, cuerpo odiado.

Al final de ese primer año en la Escuela Superior de Arte Dramático, un profesor le espeta que actúa en falso, demasiado hacia fuera, otro le dice

que debe profundizar más en su sexo. En esa libreta, se cuestiona, desesperada por esos comentarios. ¿¿¿*Qué se hace para profundizar en el sexo???*

Inaugura el verano con un segundo implante óseo del cráneo a la mandíbula, que esta vez consigue prender, pero del que se despierta exhausta. Ese verano no le interesa nada, y ella misma, aún menos. Se atiborra para olvidar, para engullirse en los repliegues rellenos de sus propios michelines, para convertirse en un amasijo gelatinoso e inútil, una enorme medusa sobre una roca. Rechaza al compañero tierno y atento, el amor horrible que siente la repulsa.

Pasa el verano odiándose tanto, pensando sin cesar en el suicidio, que, una noche, ya sin fuerzas, decide hablar con sus preocupados padres. Expresa en palabras parte de su soledad, de su inadaptación, de su sufrimiento. Oculta el odio, la violencia, la psicoterapia. Ellos la escuchan, no la juzgan, la consuelan y la abrazan con ternura. Hacía ya tanto tiempo que no se lo permitían a sí mismos...

Al inicio del curso académico, la psicoterapeuta se ha marchado para establecerse en el extrarradio lejano. Le escribe en varias ocasiones para *aconsejarle encarecidamente* grupos de terapia (tres horas todos los jueves a última hora de la tarde) dirigidos, en la misma habitación alargada que da a una calle sucia, por el primer terapeuta que la había tratado. Para decirle que *sobre todo no hay que abandonar a medio camino. Que se preocupa por su silencio.*

La idea de tener que hablar a desconocidos desesperados por sus historias desesperantes no le resulta especialmente atractiva, no responde a sus cartas ni a sus llamadas telefónicas.

Acumula las historias de varias noches y sus amigas le diagnostican *un síndrome Batman/Joker* en fase avanzada. Cada vez que conoce a un tío, es el hombre de su vida, el padre de sus futuros hijos, la octava maravilla del mundo, y basta una nimiedad, el olor del sudor, un gesto torpe, una frase demasiado tierna, para que Batman caiga en una trampa y surja Joker. Pasa bruscamente de ser una chica maravillada y sensual a ser un pasmarote helado. Por suerte, no se acuesta con todos los Batman que conoce, muchos

nunca sabrán lo que ha habido entre ellos y ella tras las cortinas de sus párpados cerrados. Al encapricharse de este modo de aquellos que se interesan por ella, corre un riesgo enorme, como con aquel joven pintor de brocha gorda que la encerrará en su casa y a cuya violencia conseguirá escapar *in extremis*, bajo una lluvia de insultos.

En la escuela, el profe de canto le dice que bloquea su voz en la parte posterior, que no la deja vibrar, que no se entrega. Le habla de una niebla que el sonido no consigue atravesar, así que, en cada clase, ella busca con coraje sus cuerdas vocales, sin conseguir sentirlas, ni localizarlas. Es como darse con la cabeza contra un muro, como si toda la parte anterior de su garganta se hubiera borrado.

Poco antes de Navidad, una nueva intervención quirúrgica dental, de nuevo un periodo de desgana y tabaco. Decide asistir a terapia de grupo.

En su libreta azul cielo: *Día siguiente perplejo, me parece que mis neurosis van más allá de una explicación simplista sobre la responsabilidad de mis padres. Y, además, ¿resulta realmente tan necesario comprenderlo y explicarlo todo? Todo nos supera.*

La semana siguiente: *Magnífica sesión la de ayer por la tarde. Tres horas de sollozos, estremecimientos del cuerpo, seísmo interior. Esta mañana, ¡me he levantado como una pluma!*

Y la siguiente: *De nuevo me pierdo en las entrañas del ser, no sé casi nada, como con un chute de endorfina, estoy atrozmente tranquila últimamente. ¿Quién susurra detrás? ¿Qué defensa? ¿Qué cementerio de elefantes? ¿A qué monstruos habrá que hacer frente? ¿Para qué princesas?*

En primavera tiene veintidós años y sigue con la misma cantinela de sufrimiento y soledad. A escondidas, se abofetea porque ya no puede cortarse la piel: en verano, su cuerpo está expuesto, su madre vería las marcas. Cuando está en compañía, fuma cigarrillos para tener las manos ocupadas, porros para fijar sus pensamientos, bebe alcohol para alegrarse. Descubre la MDMA, el éxtasis, las setas alucinógenas y a todas esas chicas increíblemente divertidas y cariñosas en las que se convierte cuando deja de ser ella misma.

Se pasa las sesiones de terapia de grupo llorando, no consigue circunscribir sus lágrimas a palabras. Cuando el terapeuta le propone atenderla también en sesiones individuales, se reencuentra, aliviada, con el bonito patio, el gato entre las piernas y la extraña consulta con las paredes forradas con hueveras.

Antes del verano, otra operación, el cirujano le abre la mandíbula, que no tiene ni un año, para hundir en ella tres implantes. Observa, en los cromados de la lámpara que la ilumina, su boca abierta y, dentro, las manos del cirujano trabajando. Se mira sin reconocerse, no es su boca, ese agujero.

Se pasa el verano nadando, confundiéndose con la gran extensión azul, dejándose llevar por las olas, escuchando, bajo el agua, el eco cristalino del mundo, sintiendo su larga cabellera desplegarse y bailar a su alrededor.

Una noche, escribe en su libreta azul cielo, después de haberse hecho un corte profundo en el pie: *Puestos unos tras otros, los accidentes tontos que jalonan mi corta vida forman un rosario que podría engullirme como una boa. Siempre los mismos síntomas que se repiten, accidentes, pensamientos obsesivos de muerte, hastío general, críticas incesantes, desaparición de una identidad clara, ciclotimia, dudas y desamor. Y yo sigo sin comprender nada, solo sé que no cesarán hasta que no lo comprenda. Pero carajo, ¿qué hay que comprender? Me agoto corriendo sobre esta alfombra que se enrolla sobre sí misma.*

Llega el otoño, en su libreta azul marino, anota sus *Propósitos para el inicio del curso*:

– *luchar contra la inclinación del cuello hacia delante durante las actuaciones*

– *la voz de garganta*

– *el playback*

– *abandonar la cara de yeso del ángel Gabriel (¿por qué me da tanto miedo vivir?)*

Antes de Navidad, otra operación. Van a liberar los implantes, hundir de nuevo el escalpelo en la carne recién cicatrizada del anterior escalpelo, pasar y volver a pasar la aguja, tirar con fuerza del hilo. La noche anterior la pasa temblando, ya no soporta más esta boca extraña y pastosa de después de la anestesia, y, dentro, las manos que cortan, que golpean, que cosen.

A continuación pasa un mes sin conseguir subir a la superficie y respirar.

En la ESAD, trabaja, progresa, los profes la vigilan atentamente: *Donde están tus piernas, ¡desciende al interior de tu cuerpo, Adélaïde! ¡Abandona la torre de control!*

La profesora de danza inicia a los alumnos en el método Feldenkrais. Tumbados en el suelo, tienen que hacer pequeños movimientos, acoger y explorar atentamente todas esas sensaciones físicas. Cómo el brazo izquierdo llama a la pierna derecha, cómo la rodilla se puede plegar de mil maneras desconocidas, cómo los pies saben hacer que la cabeza asienta.

A ella le parece muy difícil, algo absolutamente nuevo. Su cuerpo, ese viejo amasijo pringoso de células moribundas, su cuerpo, ¿un continente desconocido y salvaje? Inicia las primeras negociaciones del proceso de paz.

Cuando tiene calambres en el vientre y un nudo en la garganta, respira, se concentra, contemporiza: primero, aislarse, en cualquier sitio siempre y cuando no la vean, dormitorios, cocinas, servicios, iglesias, porches, rincones, y luego, encogida sobre sí misma, dejar que las medusas se deslicen y gritar, sin hacer ruido, con las manos tapándose la boca abierta, balancearse, buscar una imagen muy sucia para quedarse inmóvil, para calmarse. Todavía tambaleándose, ponerse en pie de nuevo, echarse agua en

la cara, tanto da si es agua bendita, masajearse las mandíbulas, abrir bien los ojos, pellizcarse las mejillas, peinarse y en marcha de nuevo.

En la calle, en los bares, en las fiestas, es la vigía siempre de guardia, se sobresalta, escruta, localiza, escucha. Un tipo allí de mirada huidiza. Otro que no se gira y ella no consigue descifrarlo de espaldas. Todos son sospechosos. Sus amigas se quejan de que solo las escucha a medias, que no recuerda nunca sus historias, y es cierto, a menudo solo capta las últimas palabras para así poder hacer una nueva pregunta cuya respuesta no escuchará, demasiado absorta en su vigilancia.

En ayunas, es incapaz de sentirse despreocupada. Alcohólica o drogada, se apresura a seducir a aquel que la haya hecho sentir incómoda, jugando al borde del precipicio, está más tranquila cuando tiene miedo.

Las medusas pululan en las mañanas después de un colocón. Un domingo, subida a la cornisa, avanza, está a punto de caerse, un paso más y un no sé qué, un soplo de viento, se estremece, se aleja. Después de aquel domingo, desconfía de las drogas duras, se impone no consumirlas si no es de forma excepcional y a condición de no quedarse sola al día siguiente.

Frecuenta un piso okupa de unos amigos, allí ensayan, actúan, organizan fiestas formidables. Identifica a los desconocidos aterradores y, en cuanto ha bebido, liga con ellos, como ese tipo acodado a la barra, que la mira como un carnicero que evalúa una canal. Con esa falsa desenvoltura que la horroriza y que adopta mecánicamente en esos casos, lo aborda, conversa, y él le echa el ojo, la roza, le mete mano. Mala suerte, es un asiduo, vuelve a verlo en cada fiesta y cada vez, sin explicarse por qué, se obliga a saludarlo, a someterse una y otra vez a su mirada sucia y sus manos sobonas. Consigue siempre alejarse a tiempo, pero duerme mal, tiene sueños turbios, está sola, él la ve, se acerca, le sonrío, le muestra su sexo. Se despierta con un sobresalto, el cuerpo en tensión por el placer y el odio.

Se prohíbe ir a esas fiestas.

Busca con obstinación una explicación a las medusas. Según el día, se dice que son fruto del accidente que tuvo con quince años, que la hizo pasar de la despreocupación de una vida feliz a la consciencia de su finitud. O bien de las pruebas inherentes al camino iniciático hacia la plena conciencia. O también del confinamiento burgués y de la vacuidad

angustiante de las máscaras sociales. En su familia, sin duda hay cadáveres no reconocidos y armarios cerrados a cal y canto. Busca. Encadena las sesiones de grupo con las sesiones individuales y las sesiones de yoga de la voz. Deja de comprar cannabis. Quiere comprender, quiere avanzar, la rabia de vivir ruge y estalla en accesos de ira espantosos que le cuesta disimular bajo el hielo de sus actitudes educadas.

En terapia individual, se topa a menudo con el mismo umbral: está triste y desanimada, se concentra, respira, se sumerge en sus sensaciones y la ira le quema de repente la garganta, su boca se abre sin que salga palabra alguna de ella, se ahoga y, muy rápidamente, ya no está allí, sentada en la consulta recubierta de hueveras, sino que está, pequeña y perdida y helada, de pie, en un inmenso desierto blanco, a la espera.

Denomina ese lugar *mi niña de la banquisa*, ignora que esa niña tendrá que esperarme todavía mucho tiempo.

Tiene veintitrés años. Empieza a escribir la historia de *Jeanne, la de los ojos color de yeso*. Piensa mucho en ella, escribe poco.

Representa un pequeño papel en una serie policiaca para el gran público y, un día que ha empezado temprano, está descansando sola en un furgón camerino, acurrucada en uno de los cómodos sillones de maquillaje. Uno de los actores principales entra, ella finge estar dormida; no le gustan sus continuos comentarios sobre sus nalgas ni sus miradas insistentes, él la llama su *negra blanca*. Él se acerca, ella no se mueve, sigue con los ojos cerrados y, de repente, una boca carnosa sobre sus labios. Se queda paralizada, él prorrumpe en una sonora carcajada y sale sin mediar palabra.

En primavera, se enamora apasionadamente de un guitarrista superdotado de ojos de color verde claro, la torpeza de ambos iguala la emoción que sienten, ella pasa casi todas las noches en casa de él.

Hacen el amor, pero, en cada penetración, él tiene que abrirse paso y ella apretar los dientes, el orificio estrecho siempre está seco. Cuando él por fin está dentro de ella, ella aprende a relajarse y descubre a veces el vértigo delicioso de los orgasmos conjuntos. Siempre y cuando él no acerque los dedos al hueco entre sus muslos. Siempre y cuando ella esté suficientemente ebria si lo que él desea es una mamada.

Llega al final de sus tres años en la ESAD y, al día siguiente de las presentaciones públicas, se despierta mareada. Los elogios recibidos al salir del escenario, *encantadora, hermosa, radiante*, le dan ganas de vomitar. No conoce a esa chica de la que le hablan.

Para una boda, vuelve al lugar de su accidente de ciclomotor, ocurrido hace ocho años. Nada de lo que ha vivido desde entonces ha tenido la belleza envolvente de aquella noche en el puesto fronterizo de su existencia, así que se agarra a las sensaciones que la sujetaron a la vida aquella noche, el fuego de artificio de una manzana mordida con avidez, el olor de las agujas de pino aplastadas entre los dedos, el calor vibrante y húmedo de un

puñado de tierra fértil, se agarra para no caerse de un tejado o de una ventana.

En otoño, cambia las clases de yoga de la voz por clases del método Feldenkrais, descubierto el año anterior. Un día, la profe se ausenta y la sustituye otra. Observa los cuerpos extendidos en el suelo con la atención tierna de una entomóloga ante unos insectos desconocidos. Mira cómo trabaja Adélaïde, le propone algunos movimientos y le pregunta:

–Dime, cuando te pido que alinees la pelvis con el resto del cuerpo, ¿cómo lo haces?

– Me guío por las tablas del suelo o por la posición de mis brazos estirados.

–De acuerdo. Entonces, ¿te sirves del suelo o de los brazos para saber la posición de la pelvis?

–Sí, así es. ¿No debe hacerse de esta manera?

–Partes del exterior para comprender un movimiento interior. ¿Podrías intentar hacer lo contrario? ¿Sentir la pelvis desde dentro y ajustar tu posición en consecuencia?

Durante el resto de la clase, lo intenta, lo intenta, pero, por mucho que lo intenta, no consigue habitar su pelvis. Siente los pies, las pantorrillas, los muslos, luego el vientre, el pecho, los brazos, el cráneo. En el centro, un hiato, una abertura en la que la sensación se hunde para reaparecer más allá.

Pasa la noche en vela, recuerda los comentarios de los profes de teatro, la perplejidad de sus enamorados, el fastidio que siente cuando tiene que hacer el amor. ¡No siente la pelvis! Vive con una falsificación, un facsímil sin nervios. Su verdadera pelvis ha desaparecido. Desde hace tiempo, sin duda, ya que no sabía que pudiera ser de otra manera. No comprende nada.

Durante el día, aprende a conducir y encadena un casting tras otro; por la noche, vibra en la efervescencia de la joven escena de jazz, en los conciertos a los que la lleva su novio. Necesita que la distraigan de sí misma.

Justo después de Navidad, más de doscientas mil personas mueren a

causa del tsunami que ha arrasado el océano Índico. Mira una y otra vez las fotos de cadáveres azules e hinchados que aparecen en los periódicos, se odia por hacerlo.

Un director de teatro sesentayochista, con una inteligencia tan viva como tortuosa, la contrata para su próxima creación. Ya ha actuado en telefilmes, pero es la primera vez que actúa en un escenario con profesionales, se siente aturdida. El actor que hace el papel del enamorado le explica que tendrán que *tomarse algunos cafés juntos, beber unas copas, aprender a conocerse, para densificar la relación en el escenario*. Y parece simpático.

Desde el primer café, en la Place Denfert Rochereau, él flirtea, ella se siente incómoda, se ve obligada a decirle, *Lo siento, tengo pareja*, y él a responderle con una sonrisa engatusadora, *Pero ¿qué te crees?* Ella se siente idiota, vagamente culpable de la intimidad forzada que él impone.

El equipo está unido y resulta acogedor, ella tiene ganas de integrarse. La gente sonrío ante su aparente complicidad, resultan monos los dos juntos, pero esas palabras son pegajosas y la pringan, las oye incluso cuando él ya no está. Sus manos se pasean, la rozan, cada día con más precisión. Sufre violentos calambres en el estómago, solloza en el metro sin comprender por qué, tiene pesadillas sucias.

Cuando comienzan las representaciones, la besa a la fuerza detrás del telón, justo antes de que ella entre en escena. En el escenario, en la penumbra, cuando la atención del público se dirige hacia otro lugar, pasea su mano sobre la curvatura de su espalda y le agarra las nalgas, ella no puede moverse para soltarse.

Una noche, casi la mata yendo en coche. Quería acompañarla a casa, estaba tan borracho que daba miedo, insistió tanto que ella no se atrevió a negarse. Él se pasó todo el trayecto emitiendo el lamento quejica del enamorado rechazado por la zorra frígida y ella agarrada al asiento a cada volantazo. El coche acabó su carrera subido a una acera, entre un banco y un plátano.

Ella no se lo cuenta ni a su novio, ni a su terapeuta, a nadie. Le cree cuando él le reprocha ser una reprimida, fría, insensible, cuando insinúa que es culpa de ella, que ella es quien lo atormenta, quien lo provoca. Las medusas campan a sus anchas en su interior desde hace demasiado tiempo para que ella sea capaz de discernir los tentáculos nuevos. Tiene dolor de

vientre, pierde la voz, se angustia antes de subir al escenario, pero no establece la relación, se encuentra complicada.

Consulta con una fonoiatra tras la enésima afonía: *Disfonía funcional con tensión +++ en las mandíbulas*. Le prescriben dos veces al día una serie de ejercicios. Nunca consigue acabar la serie, en cuanto empieza a ejercitar las mandíbulas, surgen las medusas; romperse la frente y notar la sangre caliente que resbala sobre su cara, llenar su cuerpo de golpes, ensancharse la sonrisa con unas tijeras. Se abofetea y las medusas retroceden. La fonoiatra le reprocha que se tome los ejercicios a la ligera, pero ¿cómo podría explicárselo? Anula las citas siguientes.

Después de esa obra, fracasa en todos los castings: demasiado superficial, demasiado inquieta, demasiado voluntariosa, demasiado blanda. Escribe en su libreta azul cielo: *¿Qué se debe hacer para creer en uno mismo, por sí solo? El porvenir es una tabla rasa por la que me da miedo resbalar.*

Necesitaré casi diez años para colocar sobre las palabras y los gestos de ese actor, sobre el beso forzado de la estrella de series televisivas, los términos *acoso sexual* y *agresiones sexuales*, diez años para evaluar el desastre que supusieron para mí aquellas primeras experiencias profesionales, diez años para dejar de sentirme culpable.

Con veinticuatro años, tiene una actividad frenética, hace mil cosas, se llena la cabeza de proyectos. Por la noche, sueña que llega tarde, durante el día, hace todo lo posible para no llegar nunca antes de tiempo. No hay que dejar ningún espacio a las medusas.

Si una mirada de hombre resbala sobre ella sin detenerse, ya no está segura de existir. Entonces se ríe, se sacude el pelo, hace payasadas, cuenta cualquier cosa con tal de atraer la atención, con tal de verse viva en la pupila que tiene delante y de que perdure la sensación fugaz de pertenecer a los vivos, al mundo común, inteligible, ordenado.

Su terapeuta le habla de las constelaciones familiares, piensa que ese método la ayudará a descubrir qué retiene a *la niña de la banquisa*. Se inscribe para un fin de semana.

Es en el mismo lugar que las terapias de grupo, son al menos diez sentados en silencio sobre los colchones. Después de hacer la ronda de los nombres y de las meteorologías interiores, empieza la primera constelación. Los terapeutas hacen dos, tres preguntas sucintas al joven que se ha ofrecido como voluntario y lo invitan a elegir, entre los participantes, a representantes de sus padres y abuelos. A continuación, los representantes en calcetines deambulan despacio sobre la moqueta beis, buscando el lugar que consideran más correcto, atentos a las sensaciones y a las imágenes que surgen en ellos, entre ellos. Poco a poco, paso a paso, bajo los ojos atónitos del constelante silencioso, una vieja historia de familia surge de la nada. Resulta apasionante, se producen vuelcos increíbles, descubrimientos vertiginosos, emociones intensas.

Ella alza la mano para ser constelada, está impaciente por descubrir por fin lo que la aterroriza. Pero quien encarna *Lo que retiene a la niña de la banquisa* asusta a todos los representantes de su familia, sin que nadie consiga nombrarlo, sin que nadie al parecer lo conozca. Los terapeutas la consuelan, *La constelación solo desvela aquello que el constelante es capaz*

de descubrir. La información llegará cuando estés preparada para recibirla.

Sale de ese fin de semana aliviada. Ha encontrado un medio para poner en claro su historia.

En verano, se va a Italia para participar en un taller que imparte una directora de teatro discípula de Jerzy Grotowski. Se trabaja cuerpo y voz hasta el agotamiento, hasta no aguantar más, no querer nada más y para que entonces, por fin, algo nuevo y vivo ocurra. Por mucho que se parta el espinazo, el cansancio no la relaja, no baja la guardia. No consigue diferenciar la tensión dramática de la tensión muscular. Cuando trabaja para relajar la cara, la presión sobre su garganta aumenta, ahoga sus emociones y hace pastosa su articulación. Se siente acorralada contra sí misma.

Participará en un segundo taller y luego en un tercero entre los esplendores jugosos de higos y pequeños valles del campo toscano, intentando arrancar a puño limpio los obstáculos que con tanta paciencia ha forjado para protegerse de las medusas.

Se va sola a pasar unos días a una casa de la familia, con la intención de adelantar en la escritura de *Jeanne*. Escribe poco, duerme, se atiborra y se masturba con un desprecio brutal.

Cuando, días más tarde, en un tren, su novio le reprocha haber engordado de nuevo, lo abofetea.

Ese año, como le cuesta ganarse la vida como trabajadora discontinua del espectáculo, se dedica a hacer de *voiceover* para una emisión pornográfica americana. Unos jóvenes cámaras acuden a botellones estudiantiles para manipular a las chicas más alcoholizadas. A cambio de una camiseta o una gorra, empiezan por mostrar sus pechos a la cámara y acaban masturbándose, solas o entre amigas, en un autobús de gira transformado en estudio. Ella tiene que imitar sus *Oh* y sus *Ah*, hacer que se oiga en francés sus *My God Oh Ah Oh my God Yes*. Almacena imágenes de cientos de vulvas rosas, vulvas oscuras, vulvas afeitadas, vulvas mercantilizadas, vulvas que parecen despegadas del cuerpo de esas chicas, ellas también etiquetadas, todas parecidas entre sí, emitiendo los mismos gritos en las mismas posturas, adaptándose a lo que el cámara desea obtener de ellas,

acallando su sensualidad, su esquivez, su romanticismo, creyéndose liberadas cuando están siendo explotadas.

Ella no se siente indignada ni impactada, se parece a ellas, sus deseos contradictorios tienen el color de sus propias ciénagas.

Escribe como propósito para el año nuevo: *Tomar de la mano mis miedos para encontrarme con el Bárbaro.*

Y un poco después: *Estoy tan triste... si al menos pudiera saber por qué...*

Las noches que duerme sola, suele tener la misma pesadilla. Está de pie en la penumbra, nota un olor extraño, blando y nauseabundo, poco a poco sus ojos se acostumbran y percibe las paredes desiguales y en movimiento de la pequeña habitación en cuyo centro está ella. Cuatro paredes ciegas, un suelo de tarima, un techo. Las paredes, recubiertas de músculos de color bermellón, tapizadas de carne, palpitan. *Pim pam, pim pam*, conoce ese ritmo, *pim pam, pim pam*, tiene ese ritmo en la punta de la lengua, *pim pam, pim pam*, ¿de qué se trata? Es su corazón que yace ahí, entre sus manos, sus manos huesudas y blancas, es su carne, su propia carne, que da forma a las paredes, y ese esqueleto de pie y descarnado en el centro de la habitación, sigue siendo ella, y el esqueleto empieza a dar saltos, y más saltos, se golpea y sus huesos puntiagudos arrancan de las paredes largas cintas de sangre, chorros blancos y viscosos que brotan y se aglomeran en el suelo, la habitación se encoge y, cuanta más sangre y grasa hay, más le cuesta respirar, más se asfixia. Se arranca del sueño medio ahogada.

Durante la terapia, explora algunas pistas que la tranquilizan por un tiempo, pero luego acaban en callejones sin salida. Los frenesíes alimenticios, la tristeza, la brutalidad no desaparecen nunca por mucho tiempo, unos días, a veces una o dos semanas. Vive de forma discontinua. De tanto rascar la pintura de puertas cerradas, de hurgar desvanes, de recorrer el campo, está resentida con sus hermanas, con su hermano, sus padres, sus abuelos y con todos sus antepasados.

Participa en cuatro fines de semana de constelación familiar, prueba la

respiración holotrópica, el *rebirth*, el grito primario, la kinesiología, los elixires florales, el hipérico, consulta con un etiópata, visita a un astrólogo. Lee un montón de libros de desarrollo personal, de espiritualidad india, de comunicación no violenta, descubre a Jung y Schopenhauer. Es como esas velas de cumpleaños obstinadas que vuelven a encenderse una y otra vez hasta que se las ahoga dentro de un vaso, es nieta de legionario y, mientras haya guerra, ella va al frente.

Tiene veinticinco años y ve cómo sus días se estiran, se despliegan, se desarrollan por igual por delante de hoy y por detrás de ayer, y siempre la huella pegajosa y roja de su cuerpo que ella arrastra.

Se empeña en escribir la historia de *Jeanne*. A veces, apenas ha empezado a escribir una escena, tropieza con una palabra. La recoge, examina meticulosamente cada una de sus facetas, arruga y desarruga giros y disposiciones, pero las palabras siempre la aventajan, siempre tienen un sentido que no ha abierto y cuyo contenido la conmociona y la transporta a otro lugar, una vocal que suena un poco demasiado clara, rimas no indulgentes, cortesías fortuitas; se pierde en pocas frases. A veces, deja de escribir sin darse cuenta, se desliza y, con todo el peso de su cuerpo viejo, se hunde en las aguas oscuras. Después, se sacude, va al cuarto de baño para rociarse con agua fría, permanece un buen rato delante del espejo sin verse. Ya solo quedan unas horas de espera antes del final del día.

En los castings, se caricaturiza, se ruboriza, balbucea, se zancadillea a sí misma. No se proyecta mucho más allá de a dos días vista, no consigue hacer ni la más mínima llamada por teléfono, ni a dar los pasos necesarios. Está encima o debajo, está patas arriba.

Entonces, en el enésimo casting fallido, cuando le hablan de una actriz pedagoga, se inscribe para un taller de tres días.

Son una docena de participantes, vestidos con prendas cómodas y descalzos, tan benevolentes como ávidos de existencia. Después de un calentamiento atento y suave de cada una de las partes del cuerpo, se distribuyen por la sala y, en cuanto todas y todos se sienten preparados, arranca una canción. La pauta es dejar que el cuerpo cuente libremente lo que siente, ahí mismo, de inmediato, que se deje atravesar por esa voz, esas palabras, esa música. Ella baila, salta, está exultante, da vueltas sobre sí misma, se derrumba, empieza de nuevo, derrocha energía, está contenta, pero muy rápidamente la profe señala, *Te cuentas historias. Finges estar conmocionada cuando en realidad te lo estás inventando, no muestras*

nada, no te dejas emocionar. Cuando queremos ocultar obstinadamente una parte de nosotros mismos, no se filtra nada de nosotros salvo nuestra obstinación por escondernos. Tocada y hundida. Por fin un puerto franco donde deponer las armas y aprender de nuevo a actuar. Por fin alguien a la que no engañará, que no la dejará hacer trampas.

Permanecerá tres años en la Escuela del Juego. El tiempo necesario para deconstruir ladrillo a ladrillo sus defensas, para desnudarse, para querer demasiado, para desesperarse, para abandonar, para volver a empezar, para trabajar, para abandonarse finalmente. El tiempo necesario para dejar de reconocerse. El tiempo necesario para empezar a entablar conocimiento.

Noche tras noche, su maravillosa vida amorosa con el querido guitarrista se desmorona. Se siente sola. Siguen amándose con fuerza, pero no saben ya descifrar los silencios del otro, demasiado absortos en sus propios agujeros. Ella ya no encuentra el deseo de sus inicios, casi siempre deja que la penetre porque a él le apetece, porque ella le debe eso al menos, porque son una pareja.

Con sus amigas, se aferra a su sonrisa como un náufrago a su balsa y ser durante unas horas como todo el mundo la inunda cada vez de una alegría salvaje. Fuera de su círculo más íntimo, la consideran una histérica, demasiado preocupada *haciendo su Adélaïde*, soltando exclamaciones, riendo con demasiada fuerza, entusiasmándose demasiado rápidamente, y es cierto que en público no es capaz de estar quieta, da vueltas, piruetas, saltitos, sobre todo, sobre todo, no quedarse demasiado tiempo de pie sobre la misma tabla.

Dos días completos por semana, en la Escuela del Juego, trabaja para deshacer sus costumbres, para no hacer trampas, para estar atenta a las cosas buenas que siente en ella. Trata de abrir sus propios cerrojos, esa jodida pelvis que se inmoviliza sin motivo, el nudo en la garganta que apaga su voz, la sonrisa vana que le amordaza los labios. Algunos días, le duelen tanto las mandíbulas que no puede masticar nada, entonces arrastra a sus compañeros al restaurante indio para tragar un *dhal* o corta discretamente los alimentos en trocitos pequeños.

El resto de la semana, trabaja, aquí y allá, en todas partes. Algunas noches, le gustaría echar a caminar, sin pararse, hasta quedarse dormida, agotada, apoyada contra un tronco. Al despertar, habría un hombre allí que le diría, *Levántate y camina*, señalando con el dedo hacia una dirección concreta, ella se levantaría, por fin sabría hacia dónde ir. O bien le gustaría enterrarse en el suelo y pudrirse con las últimas hojas del otoño.

Poco antes de la Navidad, se marcha con su novio, mochila al hombro, a visitar el sur de la India.

En Tanjore, visitan el templo de Brihadesvara. Es muy temprano, el edificio inmenso de granito ocre vibra sobre el cielo rojo, las multitudes de turistas, fieles y mendigos todavía no deambulan por allí, están casi solos. En ella algo se extiende, o se relaja, el talón que se hunde en el polvo mientras el cuerpo se eleva, el paso que se hace más pesado, tan pesado como esa piedra de ochenta y una toneladas, en la cima del santuario, clave de arco del cielo que lo rodea. Pasan junto a las innumerables estatuas de Shiva que bailan bajo los primeros rayos acariciantes del día. Se quitan las sandalias y penetran en el santuario, para asistir a la puyá. Si bien hasta entonces aquel rito le había dado que pensar, durante la espera de esa mañana, se estremece. Esperan, mucho tiempo, sentados a pocos metros de la cortina muaré que oculta a la divinidad, y solo llegan hasta ellos sonidos metálicos, murmullos, voces ahogadas de lo que se trama al otro lado. Por fin la cortina se abre: un *lingam*⁶ gigantesco de piedra negra, erguido sobre un amplio *ioni*.⁷ Los brahmanes con el torso desnudo se han subido a un balcón para alcanzarlo, lo rocían con el contenido de grandes jarras que sujetan con la mano, agua clara, leche blanca, mantequilla fundida, todos estos líquidos chorrean en regueros sobre la inmensa piedra húmeda, se mezclan y se extienden por el *ioni*. Cae el telón.

Ella permanece sentada, alelada. No puede creer lo que ha visto; dos sexos enormes, la erección de uno chorreando esperma dentro del otro; un recién nacido centelleante de líquido amniótico surgiendo de su matriz; la Creación; la Belleza misma, absoluta, intimidante, cruda. En ese instante, ella pertenece a algo inmenso que no sabe definir.

Visita en silencio el resto del templo, temblorosa, deseosa, atacada por las estatuas acróbatas, las estatuillas delicadas que se entremezclan y se

agarran, se cogen por las caderas y se acarician, pechos y sexo erguidos, lenguas atareadas, para la eternidad.

En sus iglesias, las estatuas únicamente desfallecen de dolor y aflicción y cuando hay mujeres desnudas en lo alto de los capiteles, tienen clavada la horquilla de algún diablillo en las nalgas. En su idioma, a veces se hace el amor, pero lo más habitual es que los hombres sometan, tomen, posean, machaquen, follan, derriben y desarticulen a las mujeres. Echan un polvo, les hacen una chapuza. En su país, las puestas en escena heladas de las revistas elegantes erotizan el dolor y la humillación y, cuando se habla de mujeres liberadas que viven una sexualidad sin obstáculos, generalmente están atadas a los cabeceros de las camas elogiando los beneficios que tiene para su piel que les escupan esperma en la cara.

Ese día comprende que lo único que conoce de su sexualidad es un pobre fantasma miedoso y confuso, desfigurado por la vergüenza, devorado por la culpabilidad, cuando otros celebran la Alegría de estar en este mundo entrelazando sus cuerpos.

Pronto cumple veintiséis años, le gustaría pasar menos tiempo pensando en la circunferencia de su culo y en la grosera mediocridad de su personita. Tienetanta necesidad de que la abracen, tanta dificultad para pedirlo.

En la Escuela del Juego, se enreda los pies día tras día en la misma red, esa que ella ha tejido pacientemente para protegerse de las medusas. Intenta sentir algo que no haya construido ni inventado, una emoción en bruto, pero, en cuanto se aproxima demasiado a sí misma, se inmoviliza, se ausenta, entonces retrocede, rodea, finge.

Una tarde como cualquier otra, sin nada original, sin presagio alguno, está trabajando con la música para sentir su pelvis y surgen las medusas, la oprimen por todas partes y la aplastan, introducen sus tentáculos en su boca, ya no puede respirar, se ahoga, cae al suelo, el suelo se hunde, siente pánico, va a morirse de miedo, morirse de verdad. La profe la sujeta, *¡Mírame! ¡Mírame, Adélaïde, vuelve con nosotros, deja de imaginarte historias, no es real!* Se aferra desesperadamente a esa mirada, a esa voz, sale de sí misma, se levanta, vuelve en sí, agitada, grogui, no tiene ni idea de lo que acaba de explotar. Intenta convencerse de que es una historia que ella se monta, una historia terrorífica, sigue trabajando, y sin embargo... Sabe que ese Horror que se ha enfrentado a ella no lo ha inventado, le resulta demasiado monstruosamente familiar, le viene de algún sitio, una mazmorra tapizada de pólipos, en las entrañas.

Otra tarde, con su novio, va al cine. En los créditos finales, de repente algo le atenaza brutalmente la garganta. Se ahoga, no consigue controlar su respiración, se levanta de su asiento, se apresura, tiene que salir, se golpea con las paredes, con la gente, *Déjenme pasar*, se cae de rodillas en la acera, con las manos tapándose la boca. Su pareja se asusta, grita, *Pero cálmate de una puta vez*, se golpea el puño contra un poste. Silencio. Un golpe ha bastado para que ella vuelva a ser la joven amable, apenada y culpable, con la que resulta mucho más fácil convivir. Para él.

Otra vez, una vez entre otras muchas, una crisis brutal en medio de la calle y ni iglesias, ni servicios, ningún lugar cerrado donde meterse, no consigue dar ni un paso más, se abofetea con todas sus fuerzas para volver en sí, volver al presente, recobrar el aliento, se agarra a un porche, se ahoga, se cae, siente un dolor terrible; va a reventar, con la cara pegada a un escalón de piedra que apesta a orines. Luego, poco a poco y como ocurre siempre, se recupera, se levanta, se arregla el pelo, se frota las mejillas y vuelve a ocupar su lugar en la fila de los peatones.

Oye hablar de una terapia corporal a través del tacto, la prueba. Sesión tras sesión, se tumba sobre una camilla de masaje, en bragas, y, bajo los dedos precisos de una mujer generosa, aprende a tensar o a relajar zonas cada vez más perceptibles, a sentir la atmósfera que se instala en ella cuando las fija. Se pone como objetivo volver a encontrar su pelvis y dejar de agotarse intentando gustar a todos los hombres que pasan.

A principios de verano, en una sesión de psicoterapia, se encuentra especialmente desanimada. Seconcentra, desciende, sensaciones tras sensaciones, la garganta le escuece, el corazón ausente, un nudo en el vientre, desciende aún más, nada más, sí, la niña de la banquisa, a la espera. Como de costumbre.

se retuerce se acurruca una mano aplastada
sobre la boca la otra sobre el sexo
él me frota el sexo

no sabe quién, ni dónde, no hay un contexto, solo el horror de una mano enorme de hombre sobre su pequeño sexo de niña y esta frase,

Te va a sentar bien.

Se siente tan pequeña, tan desprotegida, descarta la hipótesis del hombre de la escalera, del hombre del mes de mayo. Se acuerda de él, no fue tan terrible, sí es cierto que le metió la mano en las bragas y le introdujo su manita en sus calzoncillos, pero no recuerda un espanto como este, una náusea así, de hecho no recuerda haber sentido nada, solo fueron *tocamientos*.

Día tras noche, pasa revista a todos los hombres de su infancia. No se lo

cuenta al guitarrista. Luce su sonrisa de pacotilla. Oculta el Horror en su interior.

Más tarde, se reúne con él, en Mallorca, donde ensaya con su grupo de jazz. Ella se ha comprado unos vestidos bonitos en previsión de una operación de salvamento y seducción que se interrumpe bajo las estrellas la primera noche. Aún no han tocado la cena de enamorados y él la abandona. Cenar igualmente, caminan por la playa, hablan, lloran.

Consume el verano de fiesta en fiesta alimentándose de alcohol. Le gustaría comerse a todos los hombres que pasan para llenar el vacío, para poblar la banquisa, pero su sufrimiento es demasiado visible para resultar atractivo. Pierde seis kilos en un mes.

Abandona el capullo mullido del domicilio parental y se instala por su cuenta al regresar a París. Cada semana, pasa dos días en la Escuela del Juego, una hora en psicoterapia, otra en terapia corporal. Se apunta a tres nuevos fines de semana de constelación familiar, participa en un taller sobre el tema de la Imagen de Uno Mismo, consulta a una especialista en terapias energéticas, toma flores de Bach, se hace limpiar el aura por correspondencia. Busca. Lucha.

La víspera de su vigésimo séptimo cumpleaños escribe, *Desconozco el sendero que me lleva a ello, pero tengo ganas de parecerme por fin, de parecerme a esa foto tomada mientras dormía y en la que, sobre mi rostro, bailaban mil sombras desconocidas. Quizá este camino, cuyos accesos se van haciendo más nítidos, menos confusos, sea un enésimo espejismo. Pero ya he recorrido demasiado tramo como para poder deshacer lo andado e incluso si este camino es incierto, incluso si cuando recula la niebla solo retrocede unos centímetros, este es el camino que he elegido y cuyas primeras roderas he trazado con mis lágrimas, mis dudas, mi rabia y mi curiosidad insaciable.*

Durante las sesiones de terapia corporal, en cuanto se trata de tensar o relajar el interior de los muslos, del bajo vientre, del perineo: náuseas y reflujos ácidos. La quiropráctica le pregunta si ha sido víctima de violencia sexual, entonces ella le habla de los *tocamientos* del hombre de la escalera, un domingo de mayo, y también del otro recuerdo, que surgió durante la terapia el año pasado, la enorme mano de un hombre sobre el pequeño sexo, pero la mano de quién, sigue sin saberlo.

Unos meses más tarde, durante una sesión, en la que sigue trabajando una y otra vez esa repugnancia, brutalmente, su cuerpo se retuerce

entre los muslos
una enorme mano rugosa golpea la vulva que golpea
dedos brutales que fuerzan que penetran dentro
la herida de una uña sobre las paredes de la vagina

está dentro de mí ha puesto sus dedos dentro es él

Terror, odio, violencia, desprecio, repugnancia
dolor, poder, perversidad.

Todo está mezclado. Todo se confunde.

Está en la escalera de su inmueble, todo está intacto, como la habitación de un niño muerto en la que el peluche sigue apoyado en la almohada y los rotuladores, sin tapón, sobre el pequeño escritorio.

Se encava diez días en lo más profundo de su cama, destrozada, y, para que nadie adivine nada, se inventa una gripe colosal. Se alegra de no seguir viviendo en casa de sus padres y de ser soltera.

Después de esa sesión, siente los dedos dentro de sí mil veces al día, todos los días. En su palma, la huella de un pene húmedo. Discretamente, sin que se note, se muerde las mejillas, los labios, se pellizca, hunde las uñas en la pulpa de los dedos, se arranca pelos de las cejas, se seca la mano sobre el pantalón. Tiene que ahuyentar la quemazón en la linde de la vagina y la humedad sucia en el hueco de la palma. Sigue conversando, trabajando, riendo. Se conforma.

Un director le dice, *Te empequeñeces, eres demasiado juvenil, construyes tu disponibilidad sobre tu niña interior. Es necesario que estés más anclada en tu sexualidad.* Pero ¿qué es su sexualidad? Unos días antes, fue sonriente a hacerle una mamada a un amigo, escupió el esperma en el fregadero, se cepilló los dientes y volvió a su casa. A atiborrarse. Juega a ser una mujer libertina y después engulle todos los ñoquis que su boca puede contener. Odia las felaciones. Odia el olor del sexo de los hombres y, cuando acerca demasiado el morro, siente arcadas. Si el hombre le aprieta la cabeza, se apodera de ella la idea del asesinato, luego se abstrae y solo queda de ella la muñequita amable. De los placeres solitarios, solo conoce una soledad manchada en la que se degrada y se insulta en el secreto de los cuartos de baño. Sin embargo, le gustaría ser la pelirroja provocadora, la mujer exuberante y liberada, que algunos ven en ella. Le gustaría vivir una sexualidad alegre, simple, compartida, pero, por mucho que lo intenta, se comporta sucesivamente como la virgen asustada, la bomba sexual, la mujer frígida, la ninfómana, la sumisa, la puta, la madona. Es consciente de que ninguno de estos estereotipos que asume es *ella*. No tiene ni idea de qué puede significar la palabra *mujer, sexualidad femenina*, ella es una mujer en una civilización moldeada por los hombres, solo conoce su propia sexualidad a la luz de la suya.

Se enamora todos los meses o casi. Como la Bella Durmiente, espera que cada beso la despierte, la cure, y todos son, durante unas semanas, durante unos días, sus príncipes azules. Se maravilla, exulta, *Oh cariño nunca antes de ti había sentido esto nunca tan fuerte*, y las medusas huyen. Pero es tan feliz y apasionada entre sus brazos que ellos se sienten desbordados, bloqueados, y salen corriendo. O bien se quedan fascinados y paralizados, y ella les rompe el corazón cuando se deshace el encanto. Entonces recae en su odiosa somnolencia de siempre, hasta los próximos labios.

En primavera, empieza una novela. En ella rapan a una joven bajo las banderas, ella está enamorada, él es alemán.

Tiene veintiocho años, se dice a sí misma que si espera a encontrarse mejor para escribir, nunca escribirá.

Tras algunos rodajes, entabla amistad con un tipo apasionante, de unos sesenta, tarda en comprender que, en el fondo, lo que él busca es a alguien para follar. Esa vieja cantinela de los tíos del oficio, *Eres estupenda, tienes talento, voy a ayudarte a triunfar*, y a continuación su mano entre tus muslos, lo ha oído, a menudo, demasiado a menudo, está harta de sus promesas con condiciones, harta de rechazar su mano, harta de ser siempre ella la que se excuse.

Al hilo de las consultas con una nueva nutricionista, se alimenta mejor, pero aunque las crisis se espacien un poco, el ansia continuada de comer o no comer le pesa, así que dedica su décimo sexta jornada de constelación familiar al tema de la bulimia. La mañana siguiente, se detiene a mitad de su cuenco de cereales. Ya no tiene hambre. No recuerda haber sentido esto nunca, la saciedad, esta delicada satisfacción de detenerse cuando es suficiente.

Comida tras comida, descubre el placer de comer, el refinamiento indescriptible que puede suponer saborear un plato lentamente, que se te haga la boca agua por adelantado, deleitarse, dejar que los aromas se desarrollen en boca sin ahuyentarlos demasiado rápidamente con otro bocado. Descubre también que su placer de comer recién nacido va acompañado sistemáticamente de un dolor fulgurante en las mandíbulas. Se conforma.

A principios de verano, en una boda en la que no conocía a nadie y en la que temía aburrirse mucho, conoce a un tío corpulento del que se enamora instantáneamente. Se siente muy intimidada por la intensidad de esa emoción y por ese hombre sensible y divertido que parece tan intimidado

como ella. Él le advierte, tiene diez años más que ella, dos hijos, y ya debería haber ido a un psicólogo. Se hacen la corte como se hacía antaño, dos meses antes de atreverse tan solo a besarse. Ella está lejos de sus conquistas relámpago y de los hombres de usar y tirar.

Mes tras mes, el amor que sienten ambos la transporta y todo le parece posible a partir de entonces. Está ocupada en cuatro espectáculos con directores muy distintos cuyos universos y planteamientos ella aprecia, viaja, acumula investigaciones e ideas para su novela, prueba el *slam*.⁸ Desearía hacer surgir todas las historias que se enmohecen en su interior de tanto esperarla.

Sí, ahí están las crisis de angustia inexplicadas, la quemazón mil veces al día dentro de su sexo, la vigilancia constante de sí misma y del entorno, la tentación soberana de flagelarse, las ausencias repetidas en mitad de conversaciones, la necesidad agotadora de existir en la mirada de los hombres, los dolores en las mandíbulas. Pero se da permiso, se proyecta, contempla más allá del día siguiente y, en escena, deja que los textos y los personajes la atraviesen por completo. A menudo es feliz. Está orgullosa de todo el trabajo que ha hecho para llegar a ello.

Tiene la sensación de empezar a levantar cabeza.

Las investigaciones históricas de su novela han terminado, los primeros capítulos se dibujan y párrafo a párrafo, le entra miedo. Cuando escribe, la cabeza le da vueltas, las palabras se le escapan entre los dedos, no consigue detenerlas y pronto se quedará sin palabras, estará arrinconada ahí, enmudecida, a la espera, sobre la banquisa. De tanto juzgarse, de tanto contenerse, tritura cada una de sus frases y pronto solo escribe montoncitos de yeso.

Un día de ensayo, alguien entra en el teatro, las puertas están abiertas, y le roba el ordenador y, con él, las investigaciones y los primeros trocitos de la novela, además de esbozos de otras novelas, la historia de *Jean ne*, algunas novelas cortas, poemas, textos sueltos. No había guardado nada, no había impreso nada, no había enviado nada, no había dado a leer ni una sola línea a nadie. Las medusas despliegan sus umbrelas y dejan que sus filamentos sedosos bailen mecidos por las aguas heladas. Desde entonces, en cuanto se sienta a escribir, nota como se aglutinan en su tronco, en cuanto anota algunas palabras, se juntan, se amontonan, suben hasta su garganta, la ahogan. Teme que la desborden por la boca e invadan para siempre el horizonte. Deja de escribir.

Desde hace varios años, transmite su amor por la lectura y el placer por contar cuentos a chavales desfavorecidos. Le gusta esto, transmitir, pero busca en ello un compromiso más político, así que entra en una compañía de teatro feminista que organiza talleres a favor de la igualdad entre mujeres y hombres. A lo largo de su formación, asiste a un coloquio sobre violencia sexual. Se queda asombrada de lo que aprende, asombrada también al escuchar todo eso por vez primera. Toma dieciocho páginas de notas:

El impacto traumático de la violencia depende de la confrontación de la víctima con la intencionalidad destructora de su agresor, ¡en absoluto de la personalidad de ella, ni tan siquiera de los hechos propiamente dichos!

¡Todos los agresores utilizan las mismas estrategias de depredación para

aislar a sus víctimas y obligarlas al silencio, para asegurarse su impunidad!

Una psiquiatra apasionante, especialista en el tratamiento de las víctimas de violencia sexual, explica magistralmente cómo enloquece el cerebro durante una violación, cómo se crea una memoria traumática oculta del acontecimiento y cuáles son las consecuencias enormes sobre la salud, la sexualidad y la vida social de las víctimas.

Escribe las palabras *disociación, conductas de riesgo, conductas de evitación, ataques de pánico, violencias que la víctima inflige a su propio cuerpo que trata de defenderse, pesadillas repetitivas, sensaciones de penetración*. Ella escribe, *Todos estos síntomas resultan incomprensibles para las víctimas. Cuanto más joven se ha sufrido la agresión, más frecuentes son las amnesias y los trastornos psicotraumáticos, más difícil resulta ver la relación entre la crisis de pánico del presente y la agresión del pasado.*

Lo anota con avidez, pero ella tampoco ve la relación.

El día que cumple treinta años, una amiga la lleva a un café donde hacen tiradas de tarot gratis, siempre y cuando se llegue con tiempo y se espere un buen rato. Tiene que pensar en una pregunta que para ella sea muy importante. Pregunta, *¿Qué es lo que me impide escribir?*

Ha llegado su turno, el tarotista está rodeado de tres discípulos que asienten con la cabeza cada vez que él habla, la escruta, reparte algunas cartas, le hace algunas preguntas, presenta un diagnóstico: mientras siga siendo, para su madre, la encarnación de su abuelo, no podrá llevar a cabo su vida. Le prescribe *un acto psicomágico*; tiene que hacer una ampliación de la foto del rostro de su abuelo materno, el héroe de la familia, para hacerse una máscara. Tiene que vestirse de legionario, ponerse la máscara y un quepis blanco y sorprender a su madre disfrazada de este modo para anunciarle, *Soy tu padre*. Luego, *Quítate la máscara, Desnúdate* y, ya totalmente desnuda, dile, *Soy tu hija, es la primera vez que me ves*. A continuación tiene que volver a vestirse, pero con ropas de mujer, puntillas, vestido, tacones. Romper con su madre la máscara-foto, cavar un agujero en la tierra para enterrar los trozos, plantar encima una planta verde. Esta sería la única condición para escribir y llevar a cabo su vida por fin, una vida que sería entonces *apasionante y luminosa*. Le gustaría echarse a reír, pero todos la miran con mucha seriedad. Se estremece, está perdida. El tarotista le coge la mano, *Si quieres realizarte, si quieres escribir, haz exactamente lo que te he dicho, es tu única solución. Cuando un acto ha sido prescrito, requiere que se efectúe*.

No lo hice. No me presenté en el salón elegante de mis padres disfrazada de héroe de la Francia libre hablando como Darth Vader. A mi abuelo, muerto en Indochina algunos meses antes de que naciera mi madre, mi legionario, ya lo había exhumado mil veces en terapia, había sondeado una y otra vez la profundidad de cada impacto, del mismo modo que había intentado hacer la autopsia completa de muchos cadáveres, del mismo modo que había destrozado muchos armarios, repiqueteado en tantas salidas. Yo quería comprender aquello que tenía y que no parecía tener fin,

y sin duda él lo sintió, el soporífero hombre del tarot que hizo depender mi vida entera de un vodevil malo.

Poco después, se muda con su novio a un apartamento lo bastante grande para acoger a los dos niños en custodia compartida y se aventura en las arenas movedizas del papel de madrastra. No acaba de creerse su suerte, no acaba de creerse la existencia de ese hombre maravillosamente atento y tierno, no acaba de creerse la sencillez desconcertante que representa de repente amarse.

En otoño, durante un curso de formación de una semana con la compañía de teatro feminista, dedican una tarde al marco penal de los actos violentos contra las mujeres. Es la hora del té, pastas y bolsitas cubren la mesa, cada uno anota concienzudamente en su libreta que *el acoso moral, el acoso sexual, las agresiones sexuales son delitos, de los que se ocupa el tribunal correccional⁹ y sus tres jueces, pero la violación, el asesinato y la tortura son crímenes que se juzgan en la cour d'assises,¹⁰ por tres jueces y seis jurados elegidos al azar.* La directora de teatro les lee los artículos de la ley: *Todo acto de penetración sexual, sea cual sea su naturaleza, cometido sobre otra persona mediante violencia, coacción, amenaza o por sorpresa es una violación. Aclara cada uno de los términos, La penetración engloba tanto una felación impuesta como una penetración vaginal con el dedo, o con*

¿una penetración vaginal con el dedo?

Palabras como una lluvia de relámpagos.

Lo que ella denomina desde hace más de veinte años *tocamiento sexual*, los dedos de él en ella, los dedos de él en ella reencontrados hace cuatro años y cada día desde entonces, es una VIOLACIÓN. ¿Quizá después de todo no esté tan loca, quizá exista una razón para su sufrimiento? Alguien le hizo daño, alguien le hizo esa palabra. ¿Y si la clave que busca desde hace años, años de búsqueda en vano, si la clave fuese esa palabra?

Tiene treinta y un años. Progresa, se encuentra mejor, pero cada vez que consigue saborear una migaja de presencia, un cansancio de plomo se abate sobre ella, varios días apagados y abatidos se adhieren tanto a sus descubrimientos como a sus alegrías.

Un día, habla con su psicoterapeuta de esas imágenes violentas en las que se ve muerta en cada esquina de la calle, aplastada, desmembrada, eviscerada, varias veces al día, todos los días. *No es demasiado grave, pero, ahora que voy en bicicleta por París, resulta molesto, me desconcentra.* Él se queda estupefacto. ¿Por qué no le había dicho nada hasta ahora, a punto de cumplirse diez años de trabajo terapéutico? Ahora es ella la que está desconcertada. *Estoy tan acostumbrada que no le presto atención.* Sonríe, avergonzada. *Pensaba que no había nada que comentar al respecto. No, no sé con precisión cuándo empezó. Ya en la adolescencia, me costaba concentrarme, las imágenes surgían constantemente. Pero, sinceramente, no es grave, sobre todo me molesta cuando voy en bicicleta.*

Hay tantos horrores que ella no le cuenta, tantos horrores que ella no sabe siquiera que podría contarle...

Con la compañía de teatro feminista, organiza talleres de escritura y teatro en los liceos de la región parisina. Como pasa mucho tiempo en los transportes públicos, retoma sus trucos de jovencita: llevar una bufanda para desanimar las miradas posadas sobre su pecho, pegar las nalgas a las puertas para esquivar a los sobones de las horas punta, mantener la cabeza y los ojos bajos, leer un libro o estar absorta con el móvil, aparentar no estar disponible. Ya no lleva la cuenta de los exhibicionistas, los acosadores callejeros y los sobones con los que se ha cruzado en su vida de urbanita, los tipos en coche que reducen la velocidad para pedir información con el pene al aire, los tipos que se sientan justo delante en el metro y se masturban de manera que solo ella los vea, los tipos que le describen cómo se la follarían y cómo se les empuja pensando en su chocho, los tipos que insultan la sexualidad de su madre y de su abuela porque ella no les ha dado

su número de teléfono, los tipos que... Conoce demasiado bien la impunidad de los hombres en el espacio público.

Una noche, en la estación de Luxembourg, unos quince burgueses vestidos con kilt entran en el tren. Están celebrando un partido de rugby, a base de alcohol y canciones obscenas que proclaman la violación y la violencia física contra las mujeres. Se sienten orgullosos de sí mismos, vociferan palabras cargadas con tanta brutalidad que ella se acurruca y se tapa los oídos. Le gustaría que todas las mujeres del vagón se levantaran con ella para ordenarles silencio, pero ni siquiera consigue alzar la cabeza. Uno de ellos, con pinta de joven ejecutivo dinámico, camisa planchada, gafas torcidas, se le acerca y le espeta echándole perdigones:

*El dique del culo no, no es el diablo,
sino mi grueso dardo peludo, el dique del culo.
El dique del culo que se empalma y descarga,
el dique del culo que se empalma y descarga
y que te da por el culo, el dique, el dique.
Y que te da por el culo, el dique del culo.*

Nadie interviene, se escapa en la siguiente parada, corre, solloza, está más que harta de todos estos hombres que miden sus pollas con el espanto que causan.

En el taller, ayuda a unas jóvenes que, ejercicio tras ejercicio, eligen entre las palabras que solo nombran y las que juzgan, las que suenan claro y las que nos imponemos. Acompaña la eclosión de unas jóvenes resignadas que se sonrojan repentinamente cuando descubren cómo son avasalladas. Aprende a reconocer los síntomas de las víctimas, a establecer la confianza que permite expresar los males, denunciar los crímenes, a menudo por primera vez. Descubre cómo confiar el seguimiento a las personas competentes, cómo señalar delitos, crímenes y destrozos, cómo orientar a los acompañantes desamparados hacia asociaciones de confianza. Al hilo de los talleres, todo ese montón de palabras aprendidas durante su formación, *sexismo, homofobia, violencia conyugal, niños testigos víctimas, violencia educativa, incestos, ablación del clítoris, matrimonios forzados, poligamia, acoso sexual, agresiones sexuales, violaciones, violaciones en grupo*, todas

estas palabras se convierten en las historias de chicas y chicos formidables que hacen que el corazón se te desborde de amor, jóvenes mujeres y hombres coraje, de sonrisas espléndidas y con historias espantosas. Y de sus palabras temblorosas a sus palabras acusadoras, ella siente que en su interior la vergüenza se debilita y la ira se alza, sus mejillas se hinchan con palabras que han sido acalladas durante demasiado tiempo y con frases que le llenan la cabeza.

Con su novio, la timidez del principio se ha disipado, ya no necesitan alcohol para abrazarse. Sin la ebriedad, cada vez que su sexo está junto al suyo, ella se muerde los labios, se contrae, se pone tensa, quiere quedarse ahí, no se deja sumergir por el asco, intenta ignorar los dedos. Se aferra a la mirada del hombre que ama, juntos, cruzan el umbral fétido; se enardecen de nuevo. Ella se lo ha explicado, era necesario, él se preguntaba quién era ese ser horrible que se autoinvitaba en su cama en cada ocasión. Él aprende a hacer *ménage à trois*.

Se casan a principios de verano. Por fin ella tiene la sensación de pertenecer al mismo mundo que todos los demás y durante los discursos de la boda rasga un poco ese largo velo que había interpuesto entre ella y su familia, ese velo tras el cual ella se los imaginaba en pie y sonrientes, reunidos frente a ella, con las manos sobre sus ojos y, sobre las manos, grandes ojos dibujados que la miraban sin verla. Ella que nunca supo ser intrascendente en las comidas familiares, que se metía con ellos lanzando convicciones inapelables e iniciando polémicas estériles, ella que se sentía catalogada como hipersensible, hipersusceptible, intolerante, la que habría podido triunfar y prefiere dar talleres a jóvenes de los suburbios, la ingrata que se lamenta cuando en realidad lo tiene todo, finalmente, ella también los juzgaba, también los miraba sin verlos. El velo era opaco en ambos sentidos. Los ojos de su padre brillan cuando alaba su *incansable alegría de vivir* y cuando subraya sonriendo que *ese gusto extraño por los psiquiatras desentona un poco, si bien, después de todo, nuestros antepasados tenían a los curas y las confesiones*. Comprende en las indirectas de su hermano mayor lo incomprensibles e hirientes que han sido sus ausencias, *No siempre una se da cuenta cuando es la más pequeña, aunque puedes*

preguntar a tu alrededor, has recibido mucho amor, has tenido la suerte de vivir en un hogar afectuoso.

Muy rápidamente se queda embarazada y, en el tercer mes de embarazo, las medusas hostiles, que han vuelto a aparecer, se lanzan repentinamente sobre ella sin previo aviso. Tiene ataques de pánico espantosos de los que solo sale abofeteándose, golpeándose la cabeza contra la pared, rociándose con agua helada.

Aumenta la frecuencia de las sesiones de psicoterapia; teme que su locura los mate, a ella y al bebé. Y, durante una sesión en la que se sumerge en este miedo, consigue por fin decir, *Mi útero es mi santuario, es como si fuera el único lugar de mí que no ha sido mancillado, que todavía me pertenece en propiedad, así que si un pequeño sexo de hombre flota ahí dentro, se acabó, ya no tengo nada propio, desaparezco.*

No entiende por qué sigue sintiéndose tan sucia, pero las sesiones la tranquilizan, su marido la apoya, consultan con regularidad a una comadrona estupenda que practica la haptonomía y los buenos consejos, y las medusas retroceden.

Una noche de invierno, embarazada de cinco meses, pasa rápidamente por su casa. El teléfono fijo suena y ella que nunca contesta a los representantes de marquesinas y dobles acristalamientos, ese día, contesta.

–Buenos días, ¿podría hablar con Adélaïde Bon?

–¡Soy yo!

–¿Nacida en París el 1 de marzo de 1981?

–Sí. ¿Por qué?

–Buenos días, señora. Capitán Vidocq.

Ella se echa a reír.

–No, señora, no es una broma, soy de la Brigada de Protección de Menores.

–Oh, perdone, no he oído bien, he pensado que se trataba de una broma de mi marido...

–Sí, no pasa nada. Usted denunció en 1990 una agresión sexual, ¿no es así?

–Hum... sí.

–Pues bien, la llamo para anunciarle que hemos interrogado a un sospechoso de este caso. Volveré a ponerme en contacto con usted para que venga de nuevo a presentar una denuncia.

Quizá añadió algo más, pero esto es todo lo que ella retuvo, todo lo que ella podía contener. Tiembla, se aplasta la frente, las mejillas, las manos contra la ventana, está ardiendo, tiene ganas de reír, llorar, saltar, desmoronarse. ¿Todos estos años y la policía tampoco lo había olvidado, todos estos años y la policía no la había abandonado?

Llama a sus padres, a su hermano, a sus dos hermanas, a su marido. Les dice que acaban de hacerle el mejor regalo de Navidad de toda su vida,

solloza, se siente tan feliz... La mayor de sus hermanas, *Es increíble lo sensible que eres, no es para tanto, es una historia vieja.*

Hace poco más de veinte años que no hablan de esto. Ella había deslizado en dos ocasiones la palabra nueva, *violación*, en una conversación yendo en coche con sus padres, en otra, en un restaurante, con sus hermanas. Aquella vez, la menor había confesado que, siendo adolescente, un gran amor de verano la había violado. No dijo nada, ¿cómo habría podido nombrar aquello, con dieciséis años, algo que habría bastado para que en un instante y quizá para siempre todo se desmoronara, el amor, la confianza, la levedad? ¿Con qué palabras? ¿Quién las habría escuchado? ¿Quién la habría creído? Había necesitado años, ella también, para asociar *violación* con desastre.

Su hermana, su hermana querida. No se abrazaron, no se atrevieron; unas pocas palabras en común no bastan para deshacer años de pudor y soledad. Cuando su hermana añadió que un sexólogo al que había consultado recientemente le había dicho *que no era ese el motivo de su malestar*, ella se había molestado, había replicado secamente que aquel sexólogo era un incompetente y de nuevo se había callado.

Dos meses después de la llamada telefónica, tiene cita en la Brigada de Menores para revisar su declaración. En un café, espera a la amiga distraída que tenía que ayudarla a prepararse y que llegará justo a tiempo para acompañarla. El capitán ha pedido una foto suya con nueve años, así que en el bolso lleva dos retratos grandes de la vuelta a clase. Para engañar el miedo y la espera, saca las fotos y las coloca, una junta a otra, sobre la mesa. En la primera, cuatro meses después, una niña traviesa de mirada risueña, con la nariz llena de pecas. En la segunda, dieciséis meses después, otra niña, de mirada apagada, mejillas hundidas, sonrisa forzada. Sus hoyuelos han desaparecido, ha engordado, parece tremendamente amable.

Observa a la niña traviesa. No la reconoce. Acaricia la foto con las yemas de los dedos, recorre el óvalo del rostro, no se atreve a rozar los ojos, la boca. Tiembla. Esta niña que la mira, una extraña.

Está sentada en el despacho del capitán, se aferra a su vientre de mujer embarazada, a esa vida nueva que se desarrolla en su interior, a la mirada bondadosa del policía, a los detalles del despacho, a los reposabrazos, a las

paredes, teme resbalar. El capitán, *Usted fue víctima de una agresión sexual en su edificio, ¿de qué se acuerda?* A ella le cuesta respirar.

Es domingo, es la fiesta del colegio, estoy en CM1, en octavo como dicen en mi barrio acomodado del distrito décimo sexto.¹¹ Es un magnífico día soleado del mes de mayo, sobre una blusa blanca con cuello redondo luzco un bonito pichi rojo con lunares que me ha hecho mi madre, llevo las piernas y los brazos al aire, calcetines tobilleros con el borde rematado con una puntilla y sandalias blancas.

Por la mañana, después de misa, he ganado un pez rojo en el tiro de latas en la feria. Me lo llevé triunfante, con el brazo en alto, en su bolsa llena de agua y alegría. Mi hermano, mis dos hermanas, mis padres, todos estaban conmigo, rara vez nos separábamos. Entre semana, salíamos acompañados de una joven *au pair*.

Por la tarde, supliqué, quería volver al colegio para comprar pienso para el pez rojo. Solo por esta vez (qué determina que sea esta vez y no otra), solo por esta vez, mamá, papá, tengo nueve años, puedo ir yo sola, ya tengo nueve años.

Me dieron permiso y allí que fui y, con las monedas restantes, me compré a escondidas tres palotes. Sentía un poco de vergüenza, confiaba en que el niño Jesús no viniera a reprenderme.

En el camino de vuelta, un señor me sigue y me pregunta la hora, le enseño mis brazos desnudos, no llevo reloj. Tiene una voz cantarina, me dice que espere con él un poco, le replico, *Mi mamá me ha prohibido hablar con desconocidos*, ya hemos llegado a mi edificio, él también entra, *para ponerse a la sombra*. Me cuenta que tiene que entregar una bicicleta para una niña, así de alta, tan alta como yo, que vive precisamente en mi edificio. Es amable, es persuasivo. Pienso que lo envía el niño Jesús para redimirme de la sisa cometida con los palotes. Entra en el ascensor conmigo y pulsa un botón. Al llegar, me coge por la muñeca y me obliga a salir con él. Me hace daño. *Enséñame dónde vive la niña, sé buena*, tengo miedo, subo un escalón tras otro delante de él, sin atreverme a negarme, pero como a cámara lenta, ya. Entre dos rellanos, se detiene. *Tenéis la misma talla, ¿no? Sí. Entonces sería más sencillo que midiera la talla del sillín contigo en lugar de molestarlos un domingo, ¿no? Sí. Tienes que levantarte el*

vestido para que pueda tomar la medida. Sí. O quizá ya en ese momento no dije nada que fuera articulado.

Se esfuerza por contar qué sucedió después, pero los fragmentos que quedan no son coherentes, ya no sabe quién levantó el vestido, si él o ella, dice, *Él mete la mano en mis bragas*, pero recuerda que ella ya no llevaba bragas. ¿Cuándo se las quitó?

Dice, *Recuerdo que llevaba un cinturón de piel de cocodrilo con una hebilla dorada, que se desabrochó cuando sacó su sexo del pantalón*, pero de su sexo, no recuerda nada.

Dice, *Me obligó a cogerle el sexo con la mano, me obligó a hacer movimientos encima*. El capitán, ¿*Caricias?* No, para nada, eso no son caricias. Pero es necesario decidirse a cambiarle el significado a esa palabra porque no hay otra, no hay otra capaz de contener toda la fealdad del vaivén de una manita de niña sobre el pene tieso de un adulto.

Dice, *Metió sus dedos dentro de mí, recuerdo su dedo moviéndose en el interior*. No se atreve a decir la palabra *violación*, espera que sea él, el hombre de la policía, quien la diga. Él toma nota, no dice nada.

Dice, *Yo estaba un escalón por encima de él, él estaba vuelto hacia mí*.

Dice, *Se escuchó un ruido abajo, alguien entró en el edificio o la portera salió de su cuartito. Él se detuvo*. Hoy sé que no hubo ningún ruido abajo. No se detuvo. Ella se inventó aquella historia del ruido, hace tiempo, para protegerse de lo que él le hizo, después.

Dice, *Cogió mi mano para limpiarla sobre su pantalón*.

El capitán compara su relato con el que recogió el día de los hechos. Ella había dicho, *Se puso detrás de mí*, acaba de decir lo contrario. *No sé. Debí de cambiar de posición*. ¿Cuándo? Ella había dicho, *Me tocó el culete: por delante y por detrás*. ¿*Detrás?* Ella ya no lo recuerda. *Me dijo que mis nalgas eran grandes. Puso su sexo entre mis piernas. Yo tenía mucho miedo*. ¿El sexo de él entre las piernas de ella? Ella ya no lo recuerda.

El capitán le pide que lo describa, vuelve a ver con detalle su camisa azul pálido de manga corta, su llamativo cinturón de piel de cocodrilo, su pantalón un poco retro de tela gris, pero no recuerda su sexo, sus manos, sus ojos, no recuerda su mirada clavada en ella, no recuerda la expresión de su rostro. La imagen está borrosa como en las noticias de sucesos en la televisión.

El capitán le enseña una lámina con fotos en la que cuatro calvos la miran. Fotos de detenciones preventivas, tomadas a nivel de la cabeza, ojos ojerosos, labios duros. Duda. No está segura. Han transcurrido veintitrés años, el rostro que recuerda está como perforado a la altura de los ojos y, con nueve años, ella medía apenas un metro treinta, lo veía desde abajo, en contrapicado.

El capitán señala uno de los cuatro rostros siniestros; el señor de la escalera, el hombre del hermoso mes de mayo, al que los policías apodan *el electricista*, sería él, un rostro alargado, un tal Giovanni Costa. Ella duda. Espera.

Los días siguientes, encuentra en la red algunos artículos publicados en la prensa el día después de su arresto. *El hombre actúa en los barrios elegantes de la capital, casi siempre se presenta como un electricista que necesita ayuda para alcanzar una caja de fusibles, una bombilla.*

Echa un vistazo a los comentarios, finalmente, a los intercambios de invectivas anónimas. Un hombre se alegra, *Así se hace con esas sucias pijas, seguro que esas pequeñas guarras burguesas lo provocaron a conciencia.* Ella suspira. Piensa de nuevo en aquel correo electrónico mordaz que le envió hace unos meses una amiga envidiosa, *¡Qué camino más difícil el de la hermosa, pobre Adélaïde, nacida con una cuchara de plata (o de oro) en la boca, y que a pesar de todo empieza a lamentarse, a protestar! Tu juventud no ha sido tan horrorosa, todo te sonrío, ya basta, vale, hay gente que tiene vidas más difíciles, a fin de cuentas.*

Desde luego. A pesar de que el dinero no ha bastado para hacerme feliz, me ha permitido durante todos estos años pagar a un psicoterapeuta, me ha concedido el tiempo necesario para intentar encontrarme mejor y es una suerte haber sido *una pequeña guarra burguesa.*

Tiene treinta y dos años. Prepara el parto lo mejor posible, con la comadrona haptónoma y con otra comadrona, militante feminista, que anima formidablemente al grupo de preparación al parto. Aborda el último mes de embarazo y entonces las crisis de pánico reaparecen escandalosamente. Cuanto más próxima está la fecha de término, más se inquieta. Teme que los dedos se deslicen en su interior en el momento del alumbramiento y arremetan contra el bebé.

Un día llama a la comadrona feminista sollozando después de que un nuevo ataque de terror la haya dejado exhausta y, sin tener que añadir nada, consigue una cita para el día siguiente. Entonces, aferrada a la mano de su marido, habla del hombre de mayo, de los ataques de pánico, de los dedos, del miedo visceral a que el bebé sea mancillado al pasar por abajo. Tiene miedo de la epidural, miedo de dejar de sentir esa pelvis que tardó tantos años en volver a encontrar, miedo de ausentarse en ese momento crucial en el que su bebé la necesitará tanto, miedo a que los dedos ahoguen a la criatura. Su marido habla de su propio desasosiego, de su propio sentimiento de desamparo. La comadrona los escucha, los tranquiliza, les explica lo frecuentes que son estas angustias de final de embarazo en las mujeres que han sido víctimas de violencia sexual. Le aconseja que dé a luz sin epidural, para permanecer en contacto con el bebé, consigo misma, les da valiosos consejos para soportar el dolor. Su haptónoma compartirá su opinión, los preparará, a él para sostenerla con las manos y la mirada, a ella para respirar, para cantar con cada contracción, para sentir a la criatura en su interior, para ayudarla a descender en la dirección correcta.

Cuando llegan los primeros dolores, un día magnífico y soleado del mes de mayo, ella está segura, lista, presente. Su voz acompaña cada contracción con una melopea sorda y potente, y las enfermeras de la maternidad se asoman a través de la puerta entreabierta para animar a la mujer-bonzo.

Ni rastro del hombre de la escalera ese día, ese día maravilloso, ese día del hermoso mes de mayo, el día en que nació mi hijo.

Es una joven mamá, una gran superficie de piel aterciopelada para acunar a su pequeñín, unos colmillos de loba para protegerlo de las brujas, unos ojos de lince, unos pechos enormes y pesados. En este paraíso tierno y lechoso, las medusas monstruosas se esconden y se preparan. Es el inicio de los meses blancos.

A principios de otoño, la muerte se presenta sin llamar en casa del psicoterapeuta que la trata desde hace once años. Habían suspendido las sesiones durante algunos meses, para que se ocupara del recién nacido, e iban a reiniciarlas.

En un pequeño cementerio rural coronado de campos, entierra a un amigo, un mentor, un padre, se deshace del arnés para descender al pie del acantilado, por las grietas, hasta lo más profundo de los fosos. Era el único en el mundo junto al cual ella no temía nada, el único al cual ella se atrevió a describir algunas de las medusas, el único que se atrevió a acompañarla sobre la banquisa. Desaparecido, el consultorio escondido al final de un patio, el islote reconfortante donde ella recuperaba el aliento. Va a la deriva y las medusas la zarandean a merced de las corrientes.

Se inscribe en un taller de escritura, en el altillo de una librería feminista, Rue de Charonne. Allí busca un puerto de amarre donde descargar parte del batiburrillo de frases que se amontonan en vano en su cabeza, siente demasiado miedo para escribir cuando está sola.

Pasados varios meses, constata, avergonzada, que sean cuales fueren las consignas y coacciones, de forma directa o indirecta, escribe sistemáticamente acerca de la tarde del mes de mayo de sus nueve años y sobre él, el hombre de la escalera.

Un sábado, la propuesta consiste en partir de las primeras palabras de un texto anónimo que puede elegirse entre varios. Ella no duda, enseguida sabe cuál será el suyo, sin haberlo leído nunca antes, sin saber de qué obra es el principio, lo coge como se coge una mano tendida en el momento de la

caída y escribe de un tirón, sin demorarse, sin tachar, sin modificar nada, este texto:

«La mañana que empecé este libro,
me puse a toser».

Como un caparazón que bajo la violencia de una primera sacudida empieza a agrietarse.

Desde donde me alcanza la memoria, me llevo las manos a la garganta cuando me emociono. La palpo, clavo en ella los dedos y vuelve la calma, y la tormenta amaina. Mi gargantavestíbulo, cámara de descompresión entre el interior y el exterior, que me permite componer este rostro cordial y sonriente, estos ojos alegres, estos hoyuelos encantadores, este «ser agradable» en cualquier circunstancia.

De las perchas de mis cuerdas vocales, cuelgo la rabia, el odio, el asco, el desprecio de mí misma y de los demás y mi voz suavizada se traviste entonces con modulaciones armoniosas. No dejar ver, no dejar oír. Dejar que el tumulto me golpee el diafragma, las costillas, dejar que la ventisca sople en mi pelvis, no modificar nada de las garras clavadas en la aorta, soltarme de este tronco embrutecido y sangriento.

Mi garganta, una escalera de bomberos para huir del desastre, para alejarme, para flotar.

Y, sin embargo, todas las mañanas al despertar, ese sabor desagradable de sangre, esas ganas de un bostezo feroz, enorme, que abriera mi garganta con fórceps y me permitiera vomitar por fin.

Ya que tú eres, tú eres la ley que reina en mi busto y rige mi garganta. Porque desde aquel día y aquellos minutos fuera de mí misma, soy tuya. O bien tú estás en mí, pues ya no sé cuál es la diferencia. Soy tu almuerzo servido sin cesar y de mí solo queda el continente, el odre del que tu fantasma bebe cada día. Y bajo mi rostro inmóvil y sonriente, la rabia que hay en mi sangre es todo lo que me queda de vida. De vida en propiedad. De vida propia.

Y escribirlo me hace latir el corazón con tanta fuerza que tengo miedo que al toser mi garganta lo deje escapar y termine esparciéndose sobre el papel.

Y me lo imagino, nauseabundo, lívido, lleno de pus y de humores malignos, y tengo miedo de que salte y se vaya de paseo, asalte a un transeúnte y se abra un camino en su garganta, y la tos vuelve y me pongo a ladrar en el silencio helado de este apartamento. Mi mano se aferra a las palabras que traza, ya que solo escribir sobre ti me devuelve la voz, mi voz en propiedad, mi voz propia. En cuanto el libro esté en imprenta, ya no ladraré. Por fin tendré otras cosas que contar.

Le toca a ella leer, duda y en esa duda, en ese minúsculo lapso de tiempo que precede a su decisión de leer en voz alta, comprende que ha llegado el momento de escribir para ser leída. Será el texto fundador, las primeras de todas las palabras que vendrán después, el primero que compartiré con algunos amigos, que leeré a un pequeño grupo de desconocidos el último día de los talleres, que enviaré, por cierto, sin éxito, a un concurso.

Aquel día, cogí la mano de Anaïs Nin y ella, a través de las primeras palabras de su primera novela, *La casa del incesto*, sin duda me ayudó, en la misteriosa sororidad que de repente se tejió entre sus palabras y las mías.

Desde la llamada telefónica del policía, o quizá desde el nacimiento del bebé milagro, las medusas han cambiado y las imágenes son más terroríficas que nunca. Sus días alegres y plenos, sin previo aviso, explotan.

Contener en palabras el horror. Explicar los meses blancos. Mi hijo, mi bienamado, mi cariño, quizá lea algún día estas palabras. Le dolerán y no sé si sabré resarcirlo, consolarlo, del mal de estas palabras. Sin embargo, voy a escribir estas palabras, me lo debo, se lo debo a la niña que me espera sobre la banquisa, se lo debo a todas las vidas dedolor.

en el cine una escena de violación con tortura,
tener a los vecinos conmocionados y el sexo hinchado
en la bañera piel con piel con su bebé,
imaginar que lo masturba
querer arrancarse la cabeza del busto
o beberse la botella de lejía
ya no ser capaz de respirar
el bebé enfermo en la cama grande por la noche
y sus minúsculos pies desnudos muy cerca
de su sexo de mujer
en la bañera intentar ahogarse
cambiar el pañal al bebé su sexo está duro
imaginar que lo lame con su lengua
querer coserse los párpados
aferrarse al cambiador de pañales
para no echarse a correr subirse al balcón y saltar
cambiar el pañal del bebé
y evitar mirar su sexo por miedo a que
cambiar el pañal y cantar, contar una historia,
hacer bromas, sobre todo sobre todo llenar los intersticios
mil veces al día, apretar los dientes con fuerza,
clavar las uñas lejos en la piel

para que los dedos gordos se retiren de su sexo
comprar un vibrador a escondidas para administrarse
brutalidades preventivas antes de reunirse con el niño
evitar quedarse sola en casa evitar quedarse sola
con su niño evitar pensar
evitar pensar evitar mirar
su pequeño sexo evitar respirar demasiado evitar

estar perdida

Son escasos los días sin recaídas. Cuando está sola en casa, primero nota los dedos gruesos en su interior y algo más que se prepara y que la aterroriza. Se ahoga, no consigue respirar, entonces rápidamente, como una autómatas, dispone todo lo necesario para que todo se detenga: ir a buscar el vibrador, correr las cortinas, bajarse el pantalón, las bragas, buscar en Google *vídeo porno violación* (los relatos eróticos hace tiempo que no le bastan, no son lo bastante violentos) y luego insultarse, envilecerse, maltratarse. En el latido sordo de las venas de su vulva inflamada no hay nada bueno, no hay nada suave, nada resulta reparador. Mira la pantalla y se convierte en la violencia del hombre que tira al suelo a una mujer y le agarra la cabeza para que se la chupe, se convierte en la mujer que controla sus arcadas para demostrar que eso le gusta, que podría pasarse horas siendo penetrada así, expuesta, envilecida. Al cabo de un rato, que varía en función de la violencia de las imágenes y de la intensidad de la ansiedad previa, se detiene saciada, avergonzada, con el sexo dolorido, desmoralizada. Por fin está ausente. Pasa las horas siguientes entre dos aguas, somnolienta, mareada, inquieta.

A veces una vez no basta para disolverla durante el tiempo suficiente, entonces vuelve a empezar.

Cada vez le resulta más difícil hacer el amor con su marido. Él hace todo lo posible para tranquilizarla, con gestos tiernos, palabras dulces, pero, en cuanto se trata de sexo, cada segundo teme el siguiente, ese en el que los dedos del otro se deslizarán entre sus muslos y el asco, y el terror. Por mucho que se muerda la lengua, se clave las uñas en las yemas de los dedos, se aferre a la mirada afectuosa, cuando el otro está ahí, ella se ahoga.

Una noche, se besan, se enardecen: todo explota. Ella lo rechaza con tanta violencia que huye de la cama, lívida, aturdida. El otro está ahí, siente sus manos por todas partes sobre ella y el olor repugnante de su verga, ella intenta frenéticamente con sus manitas despegarlo de su piel, de su boca, de sus nalgas, de su sexo, tiene náuseas, los ojos desorbitados, la lengua que intenta vomitarse a sí misma.

Esa noche la obsesionará todas las noches siguientes.

Se lo cuenta en parte, la única parte decible, las generalidades comunes y admitidas sobre las angustias de las mujeres víctimas, a una amiga, que se pone en contacto con la doctora Salmona, aquella psiquiatra famosa cuya intervención en el coloquio al que asistió hace algunos años le había resultado apasionante.

La psiquiatra no puede recibirla hasta el verano, cuando las vacaciones hayan disuelto el atasco de su sala de espera. Mientras tanto, lee su libro, *El libro negro de la violencia sexual*:

«Cuando no se asumen y no se comprenden los mecanismos que están en el origen de la memoria traumática, la víctima padece esas reminiscencias y casi siempre se adhiere a ellas como si fueran producciones psíquicas que emanan de sus propios procesos de pensamiento, lo que resulta particularmente aterrador.

Pensará que algo la aterroriza, creará estar en estado de pánico, se sentirá morir, cuando en realidad nada la amenaza.

De repente creará que está deprimida, sin esperanza, con la única perspectiva de suicidarse y de desaparecer, cuando en realidad todo le va bien y ama la vida.

Se creará culpable y tendrá vergüenza de lo que es, pensará que no tiene ningún valor, se sentirá fea, estúpida, menos que nada, un desperdicio para tirar a la basura, cuando en realidad todo lo hace lo mejor posible. Se considerará monstruosa, agresiva, perversa, capaz de hacer daño, cuando en realidad solo quiere amar. Se convencerá de que desea actos sexuales violentos y degradantes, cuando en realidad sueña solo con ternura.»

Los ojos le quemaban, su garganta sangra, le gustaría gritar su alegría a la

luna. Su corazón revienta en mil pedazos dorados. Todo este gran párrafo es ella.

«La memoria traumática de los actos violentos y del agresor colonizará a la víctima y será el origen de una confusión entre ella y el agresor, una confusión responsable de sentimientos de vergüenza y culpabilidad, que se verán alimentados por palabras, imágenes y emociones violentas y perversas percibidas erróneamente como tuyas, cuando en realidad proceden del agresor.»

La memoria traumática las habita, las expropia y les impide ser ellas mismas, aún peor, les hace creer que son dobles, incluso triples: una persona normal (lo que son); una doña nadie, una escoria que tiene miedo de todo, una culpable de la que se avergüenzan y que merece morir, y una persona que puede llegar a ser violenta y perversa, a la que siempre hay que controlar, censurar.»

En lo que dura una violación, el señor de la escalera se ha inmiscuido en los repliegues de mi cerebro, ha dejado su odio y su perversión macerar en la antecámara de mi memoria y, día tras día, han ido goteando en mi interior, han colonizado cada uno de mis pensamientos, han contaminado mi vida. Una invasión invisible que nadie me ha ayudado a descubrir, a nombrar, a comprender.

Desde aquel domingo del mes de mayo, veinticuatro años de invasiones por la fuerza, a cualquier hora, en cualquier instante. Pensamiento enlodado tras pensamiento enlodado, acabé enterrada y temblorosa, aplastada bajo el odio a mí misma y el terror a que se notara, a que se supiera. Y también y sobre todo ese pensamiento veneno desde el nacimiento del niño querido

yo podría destruir a mi propio hijo

No. Esos pensamientos enlodados no me pertenecen. El lodo es suyo.

Acaba de cumplir treinta y tres años, concierta una cita con una abogada recomendada por la Asociación Europea contra la Violencia contra las Mujeres en el Ámbito Laboral. Quiere conseguir la recalificación de su denuncia, pasar de *tocamiento sexual* a *violación*. Necesita esta palabra. También desea constituirse en parte civil para pedir reparación en su nombre, conseguir que la mantengan informada sobre el procedimiento y poder asistir a todo el juicio.

Para acceder al despacho, tiene que subir dos tramos de escalera cubiertos por la misma alfombra que había en la escalera de sus padres, la alfombra tejida en rojo, azul, verde, en infierno, ese tipo de alfombra larga que hay en muchos edificios haussmanianos que ella evita sistemáticamente cuando va sola, siempre prefiere utilizar los ascensores. Ese día, sube a pie y aplasta con fuerza la maldita alfombra a cada paso.

La abogada tiene una voz suave, una silueta grácil y decidida, un hoyuelo en la nariz, una mirada penetrante. De preguntas a respuestas, información tras información, le abre camino en las rigideces de la justicia, le explica, *Este caso agrupa violaciones y agresiones sexuales, el juicio se celebrará en la cour d'assises, tres jueces y seis jurados elegidos al azar tendrán que juzgar cada una de las infracciones*, le previene, *Los plazos de recogida de información en la cour d'assises son largos, muy largos, habrá que armarse de paciencia*, y encordadas a partir de entonces la una a la otra, elaboran una lista de testimonios que tienen que reunir y de actas que deben elaborar.

Recibe una primera *Notificación a la víctima*. En ella lee los nombres de otras treinta y cuatro chicas y se asombra de conocer a dos de ellas. Una iba con ella en secundaria, la otra es la hermana mayor de su mejor amiga cuando tenía nueve años, aquella mejor amiga suya a la que no le contó nada. Con nueve años no se poseen palabras para contar esto.

Aprecia mucho a esa hermana mayor. Durante un año estuvieron juntas en la optativa de Teatro, ella iba a segundo y la otra a último año de bachillerato, en el seno de un grupito muy unido. Encuentra su número, la

llama. Y al igual que el agua que se precipita en cuanto se levanta la esclusa, se cuentan sus historias. Él les dijo las mismas palabras, las mismas frases, es el mismo hombre, ese hombre que se llama quizá Giovanni Costa. Cuelga y acurrucada en la cama grande, solloza.

Otra niña vive en la banquisa. Ya nunca más estaré sola.

Por fin llega el verano y la primera sesión con la psiquiatra. Su consulta se halla al fondo de un patio arbolado en el que los pájaros gorjean y en la sala de espera las palabras *yo también* flotan con ternura en algunas miradas. Llega la psiquiatra, se disculpa por el retraso, la conduce hacia un despacho abarrotado, se sienta, se coloca, la mira.

A ella se lo contará todo. Todo lo que nunca se atrevió a contar a nadie, todo de lo que tanto se avergüenza, todo lo que resulta tan odioso en ella, tan loco, tan perverso. La psiquiatra diagnostica un *trastorno de estrés postraumático*.

Sesión tras sesión, al hilo de las explicaciones sobre el funcionamiento del cerebro y de la memoria traumática, las medusas se transforman en síntomas, en consecuencias, y el hombre de mayo en pedocriminal sexual. Se siente aliviada por no tener que utilizar ya más la palabra del enemigo, la palabra mentira: *pedófilo*.

La primera vez que relata los hechos, empieza por el domingo soleado, la fiesta del colegio, el pez rojo, los palotes y el hombre que habla amablemente, que sube al ascensor, que la arrastra hacia la escalera. Entre piso y piso, se interrumpe, confusa. De lo que sucedió después solo recuerda algunos fragmentos desaparejados, siempre los mismos, los observa de lejos. Luego se encuentra en el rellano. Vestida de nuevo. ¿Cuándo? La trama está rota. En su historia hay un desgarró.

Un mes más tarde, en el refugio de la consulta, intenta recordar, se desahoga

*estoy en la escalera él está allí me mira
me dice palabras que no oigo
me hace cosas que no siento
me mira s
us ojos están helados, son metálicos
no existo en su interior
ya no existo*

acabo de dejar de existir

Esa mirada rebasa las palabras. No sé nada, nada que se le parezca, nada que pueda contenerla, expresarla, describirla. No existe un vocabulario para esa mirada.

Esa mirada posada en mí.

Después de una nueva cita con la abogada, tiene que hacer una lista de todo cuanto ha hecho para tratar de sentirse mejor. Ha conservado las pequeñas agendas en papel biblia y piel negra de los últimos catorce años, así que empieza pacientemente a inventariar cada cita. El resultado es inaudito: 226 sesiones de terapia individual, 39 sesiones de terapia de grupo, 21 días de constelaciones familiares, 146 sesiones de yoga de la voz, 118 sesiones de terapia corporal, 58 cursos de método Feldenkrais, 16 consultas a la nutricionista, 37 sesiones de osteopatía y de métodos varios. No cuenta ni los talleres de teatro ni las clases de yoga y pilates, esas miles de horas para intentar sentir su propio cuerpo, ni las clases de canto o de trompeta para intentar recuperar el aliento, ni los ensayos, los testimonios, los libros de desarrollo personal, las páginas de internet, todo ese tiempo empleado para esclarecer su tristeza infinita.

Me he gastado una fortuna en horas y dinero para llegar hasta hoy. Si no hubiera tenido lugares en los que despojarme de las máscaras año tras año, donde permitirme llorar, buscar, mantener la esperanza de una salida del abismo, si no hubiera *nacido con una cuchara de plata en la boca*, sin duda hace tiempo que habría muerto. O bien me habría enterrado bajo una vida fingida, una vida de papel charol.

Se arma de valor para pedir a varias personas que testimonien por escrito sobre su recorrido, para conseguir que un *conjunto de indicios concordantes* permita la recalificación de su denuncia. Al principio se embarulla en explicaciones tímidas, se ruboriza, pero cuanto más habla de ello, más aumenta su confianza y claridad. Una victoria.

Se reúne con la comadrona que tan bien la acompañó durante el final tumultuoso de su embarazo. Testimonia sin dudar, como harán también la directora de teatro, su osteópata y, con una sinceridad desgarradora, su marido.

Vuelve a visitar a la nutricionista que la trataba al final de su

adolescencia. En una hoja de cartulina hallada en sus archivos, la doctora lee que le había diagnosticado una *hiperfagia bulímica*. Me habría gustado que en aquel momento me hubiera dicho estas palabras, *hiperfagia bulímica*. Me habrían consolado. Habrían sido mis primeras palabras, habría hablado tras ellas y quizá no habría tenido que atiborrarme durante otros diez años. Tenía tanta hambre de palabras que curan...

Se encuentra de nuevo con su primera especialista en terapia corporal, que la recuerda con emoción, que recuerda el trabajo que realizaron y aquella sesión, la violencia de la rememoración, aquel cuerpo a flor de piel sobre la camilla, sus palabras espantosas y alucinantes, *él está en mi interior ha metido sus dedos en mi vagina*.

Un día, al final de la mañana, va a ver a sus padres, aún viven en el mismo apartamento de entonces. Se siente incómoda al pedir a su madre un testimonio escrito, pero la abogada ha insistido en ello, *Quizá recuerde la visita al pediatra al día siguiente*. Lo hace para mayor tranquilidad, no espera nada de ello.

Su habitación de niña se ha convertido en el despacho de su madre y, cuando se sientan frente al secreter, se ve de nuevo aquel día, aturdida, acurrucada sobre el edredón de flores, haciendo ver que lee *Sin familia*.

Su madre empieza a hablar. Sí, recuerda aquella consulta, recuerda el instante en que el pediatra le separó los muslos para examinarle el pequeño sexo, aquel instante suspendido en el que en lugar de la línea que tan bien conocía por haberla lavado, envuelto en pañales, cuidado, en lugar de esa línea había un espacio entre paréntesis. Recuerda las palabras del pediatra, *Es totalmente anormal*. En silencio, su madre abre un cajón del secreter, coge una hoja virgen, dibuja unos paréntesis grandes, coge una regla, mide el espacio entre cada signo, *Ahí tienes, era así. Había un espacio de entre centímetro y centímetro y medio*. Murmura, *Es una imagen que no he olvidado, que recuerdo vivamente. Había algo que no iba bien, que no encajaba, en absoluto*. Una pausa. *Sabes, para mí, la violación era con un sexo de hombre, con golpes, con gritos. Sencillamente no se me ocurrió. Cuando me contaste que fueron sus dedos, por fin aquella imagen tuvo sentido*. Aquella imagen, absurda, escondida en los repliegues de su memoria, aquella imagen esperaba que yo fuera a buscarla para mostrarse al fin y ofrecerme la prueba tangible de que no es una fabulación mía, que no

estoy loca. Todos esos años llamando a una y otra puerta y habrá bastado con dos paréntesis sobre una hoja de papel.

Después, almorzamos juntas en la mesita del comedor que da al Sena y, por primera vez, le confesé cómo me había aislado, escondido, el miedo que había tenido a que me descubrieran, a ser rechazada. Cómo intenté sentirme mejor, cómo luché, lo sola que estuve. Lo mucho que les eché de menos. *Sin embargo, parecías feliz, siempre estás tan sonriente, tan alegre, todo el mundo dice de ti que eres la alegría personificada.* Sí, amo locamente esto, la alegría, necesito la alegría como se necesita el aire, me tiro a su cuello cada vez que pasa. Quizá haya que ser desgraciado para ser profundamente alegre, quizá la alegría sea la otra cara de las lágrimas. Ella me escuchaba, esa mujer sensible y cariñosa, y esa mujer, de repente, recordé, es mamá, mi mamá perdida y por fin reencontrada.

Más tarde, vuelve a la consulta del pediatra que los trataba, a su hermano, a sus hermanas y a ella. Sigue ejerciendo, aún luce aquel divertido corte de pelo a tazón. Se muestra atento y desolado. Él también lo recuerda y, aunque no lo dice, parece evaluar los vagabundeos opacos de ella derivados de la ausencia de sus palabras, de su error de diagnóstico, aquel día, el día después. Él escribe, *No presentaba ningún signo de violencia corporal (ni contusión ni equimosis). En cambio, a nivel de la vulva, entre los labios menores, una dilatación vertical de centímetro a centímetro y medio de altura sin sangrado, totalmente anormal en una niña de esta edad, que podía sugerir una ruptura del himen. Retrospectivamente, esto puede sugerir una penetración vaginal con los dedos, lo que en ese caso podría equipararse a una violación.*

Equipararse a una violación. Entre mi madre y él se extienden los estragos del mito de la verdadera violación, la que conlleva gritos, golpes y heridas, en la que un pene penetra una vagina, la que se comete con mujeres jóvenes vestidas con ropa ligera por parte de desconocidos lascivos, escondidos en los aparcamientos. Recuerdo a aquel amigo, horrorizado al saber que había sido violada de niña, y aliviado cuando especificué que fue con los dedos. *Ah, vale, entonces, a pesar de todo, no es realmente una violación, no es tan grave.*

Sin embargo, las violaciones, con diferencia las más frecuentes, se

cometen con niños, sin otra violencia física más allá de la penetración. Sin embargo, sea esta vaginal, anal, oral, sea cual sea el medio, pene, dedos, objetos, casi todas las personas que han sido víctimas de violación en la infancia desarrollan trastornos psicotraumáticos crónicos. El haber sufrido violencia sexual en la infancia sigue siendo el principal determinante de la salud cincuenta años después y puede provocar un recorte de veinte años en la esperanza de vida. ¿Cómo es posible que en nuestra sociedad sobreinformada estas informaciones circulen tan poco?

Al haber fallecido su psicoterapeuta, su compañera testimonia sobre los once años de terapia individual y los tres años de terapia de grupo.

Me habría gustado tanto compartir con él la alegría deslumbrante de conocer al fin el nombre de la familia de las medusas: *Trastornos Psicotraumáticos...* Me habría gustado tanto decirle que esos largos años buscando juntos no fueron en vano, que me han permitido aguantar hasta hoy y coger al vuelo la suerte increíble de retomar por fin el curso de la vida...

La psicoterapeuta que codirigía el grupo de terapia y las constelaciones familiares, una mujer precisa y atenta, además sexóloga, una mujer en la que ella confiaba plenamente, esa mujer duda en testimoniar. Aduce el sacrosanto secreto profesional y resulta difícil convencerla, apelar a que solo se le pide que relate los hechos. Al final acepta, pero omite las constelaciones familiares y reduce los once años de trabajo individual a *desde hace varios años*. No comprendí, sigo sin comprender por qué. Me aconseja *pensar en el agresor y en la violación y pedir a esa energía que se vaya al lugar más alejado del universo*, pero esto yo ya lo he hecho y no ha bastado.

Lee mil veces seguidas el testimonio de su psiquiatra. *Todos los trastornos que presenta mi paciente son compatibles con los hechos de violencia sexual que describe y todos forman parte del cuadro de trastornos psicotraumáticos específicos crónicos que presentan las víctimas de violencia sexual durante la infancia. Estos trastornos suponen un hándicap importante y un riesgo para su salud, requieren cuidados psicoterapéuticos regulares.*

Le diagnostican, padece algo que se asemeja a una enfermedad y que puede tratarse y curarse, las medusas son síntomas patognomónicos, las medusas son la prueba médica de lo que él le hizo.

No estoy loca, no soy despreciable, no soy débil, no soy violenta. Sencillamente, un día de mayo, un hombre me atrapó y me devoró.

Una mañana, en la sala de espera de la psiquiatra, una joven fantasmal está sentada frente a ella. Reconoce ese fantasma, era ella la noche anterior, no conseguía dormir, se deslizó en el agua llena de juguetes de una bañera olvidada, permaneció allí sentada hecha un ovillo, balanceándose suavemente, con el corazón helado. Le gustaría rodear con sus brazos a esta mujer joven y darle calor, acariciar su pelo largo y oscuro, ayudarla a volver en sí. Al observar su tez lívida, sus rasgos duros, sus ojos vacíos, evalúa lo mejor que se encuentra ella. A pesar de las montañas rusas y los estruendos frecuentes, pasando por sus ausencias y sus flagelaciones, la esperanza se multiplica.

La psiquiatra le aconseja volver al lugar donde fue violada, a la escalera de su infancia, así que un día de otoño no pasa a ver a sus padres, no va a saludarlos, no, ese día, va para subir por la escalera. La acompaña una amiga y, para no cruzarse con nadie, bajan por los jardines del Trocadero y toman el camino que la conducía cuando era pequeña desde el área de juegos hasta su casa. Habla poco, se siente muy triste. Al llegar al edificio, *Ya no recuerdo en qué piso sucedió, vamos a subir, ya me daré cuenta.* Sube por la escalera y de repente, entre dos pisos, se detiene. *Es aquí.* La bolsita de papel blanco con los palotes y el bote de plástico amarillo estaban colocados en el rincón de este escalón, *Él se detuvo aquí, yo me encontraba unos escalones por encima, justo aquí, y después*

*sus ojos
sus ojos duros
sus manos grandes de hombre mi vestido se levanta
mis bragas se bajan
su mano toma la mía y la frota
con algo blando algo flácido algo húmedo algo extraño
su otra mano entre mis muslos
su voz dice palabras horrorosas
repite te gusta es bueno eres amable*

te gusta esto eh siento que te gusta

y

y

Todo es tan confuso después de sus ojos duros...

Cuando terminó, yo subí. Así que sube, algunos escalones, le cuesta, se siente tan aturdida como entonces, se concentra, derecha, la rodilla se dobla y la pantorrilla se alza y luego baja, izquierda, el pie presiona el escalón, derecha, izquierda. Un cuerpo autómatas que sigue a unos pies, ¿los suyos? Sigue, un cuerpo repentinamente ultrajado, repentinamente enemigo. Un cuerpo totalmente diferente. Y el tiempo se estira a medida que sube, el espacio se distiende y siente, sabe, que, unos escalones antes, él acabó con ella y con su bonita vida.

Al llegar al rellano, permanece inmóvil. *Está ahí, entre piso y piso, usando el truco del amigo, haciéndome jurar, haciéndome prometer.* Inspira con fuerza y vuelve allí, baja de nuevo. Con delicadeza, con precaución. Al llegar al escalón maldito, se sienta y se estrecha entre sus propios brazos. Mucho tiempo. Dulcemente.

El interior de su sexo ya no le quema. Los dedos gruesos y sucios han desaparecido.

Unos días después, ante las pruebas aportadas y sobre todo ante la declaración del pediatra, la juez de instrucción valida la demanda de recalificación y ordena *una requisitoria supletoria del ministerio fiscal por hechos de violación cometidos en perjuicio de Adélaïde Bon.*

Violación. Nueve letras y, en ellas, mi billete de vuelta a la tierra natal. Nada se sabe sobre las palabras, con nueve años, con nueve años, se toman las palabras tal como llegan. En la escalera, aquel día, las palabras se invirtieron, ya solo supe hablar al revés y mi lengua materna se me hizo extraña. Durante todos estos años he hablado a tontas y a locas, he corrido con todas mis fuerzas detrás de las palabras que se trababan en mi lengua, me he partido el lomo buscando las palabras de aplomo, las palabras de antes, las palabras de la infancia.

Las palabras dibujan el horizonte de nuestros pensamientos, de manera que cuando las palabras mienten, cuando sustituimos *enemigo* por *amigo*,

violencia por placer, violación por tocamiento, pedocriminal por pedófilo y víctima por culpable, el horizonte se convierte en una línea de alambrada que impide cualquier salida del campo.

Ya que se ha constituido en parte civil, se prepara para ser objeto de un peritaje psicológico. Su abogada le aconseja ser concreta, detallar sus síntomas y las consecuencias que los mismos han tenido sobre su vida, no olvidar que este peritaje será leído delante de todos durante el juicio. Su psiquiatra le recomienda no bajar la guardia, acordarse de que todavía es frecuente que lo que cuentan las víctimas se vuelva en su contra, es muy poco habitual que un perito reciba formación específica sobre la violencia sexual y sus consecuencias. No debe contar nada de su vida privada que no esté relacionado con la violación. Debe mostrarse evasiva acerca de los síntomas que puedan ser juzgados con severidad. Debe esforzarse esta vez en no minimizar nada.

Por teléfono, al pedir cita, pregunta a la perito si tiene que llevar algún documento en concreto, como, por ejemplo, las declaraciones médicas que han permitido la recalificación de su denuncia. La perita le contesta que no, que tiene a mano todo el expediente.

La consulta está amueblada con tanta opulencia que resulta intimidante, pero la perita le sonríe. Le lee las distintas preguntas a las que debe responder. Le pregunta sobre su familia, las profesiones de unos y otros, sobre su infancia, su adolescencia. Le pregunta si ha consumido drogas. Desconfiada, *Sí probé el cannabis, pero, como amplificaba mis pensamientos sombríos, enseguida lo dejé.* No precisa que ese enseguida abarca en realidad varios años, no dice nada de las demás sustancias ilícitas que consumió por aquel entonces. *¿Pensamientos sombríos? ¿Es decir?* Lo aclara a través del primer recuerdo que le viene en mente, en sexto,¹² cuando realizó sola una presentación interminable sobre la Shoah.

–*¿Algún miembro de su familia murió en un campo de concentración?*

–*No.*

–*¿Qué impacto tuvo la guerra en su familia?*

–*Tuve un abuelo que fue héroe de la Liberación, sin embargo esta*

fascinación por los campos de la muerte es otra cosa, es...

La perita no la escucha, la corta, *Esa presentación refleja el vínculo con él.*

La interroga sobre su formación, su profesión.

–Actriz, lectora en voz alta, animadora de talleres de teatro y escritura a favor de la igualdad entre mujeres y hombres.

–¡Ah! Entiendo. ¡La teoría de género! En fin, veamos... Creer que los hombres y las mujeres son idénticos es realmente estúpido, se ve claramente desde la infancia, los niños pequeños son revoltosos, las niñas pequeñas juegan con muñecas.

Y Adélaïde replica, cansada ya de entrada, *La teoría de género no existe. Solo existen estudios de género, muy diversificados, a menudo apasionantes, en los que los investigadores analizan las construcciones sociales de los sexos, no su naturaleza.* Ha visto demasiadas veces, taller tras taller, el coste humano de los estereotipos sexistas, tiene experiencias que podría compartir sobre estos temas, pero como la perita sigue escuchándose enumerar los clichés, ella respira, se recupera. No debe desvelar nada acerca de su compromiso feminista, a menudo los peritos se agarran a ello para invalidar la palabra de las víctimas. Espera.

Más tarde. *Usted es hermosa, todavía joven. Su único problema es que no se gusta. ¡Quiérase un poco más!*

–Quererse, cuando una se siente sucia, no es tan sencillo.

–¡Pero, pensando así, usted deja que él gane! ¡Usted es la que le deja ganar! ¡Tiene que luchar, aprender a disfrutar de la vida! Por ejemplo, todos los días, intente disfrutar de los pequeños momentos de placer, ¡el método Coué funciona! Es usted demasiado sensible, demasiado frágil. Además, ¿qué es una violación? ¿Quince minutos de su vida? ¿Unos dedos dentro de su vagina? Sabe, a su alrededor, hay muchas personas que sufren, a las que les han sucedido cosas terribles. Es lo mismo que ocurre con los accidentes y los comas, se puede salir de ellos muy bien o pueden trastocarte la vida, depende de cada personalidad. Por ejemplo, Marie Laforêt, ¡ella también fue violada!

Rompe a llorar. La perita va más allá, suavemente, con el tono docto que utilizan algunos con los niños pequeños. *La estoy provocando un poco, es para ayudarla. No debe dejarse llevar. Me dice que es actriz, es una elección por defecto, pero está muy bien ser actriz. Es usted demasiado cerebral, el teatro es una sublimación, es algo excelente para usted.* Ella se concentra, se recupera, se calma. No debe bajar la guardia. Un poco más tarde, la perita reiterará esta comparación entre la violación y los accidentes, que al parecer encuentra particularmente pertinente, y esa idea, tan falsa como extendida, de que hay personas que salen mejor paradas que otras de la violencia sexual porque así lo han decidido.

Explica los hechos. En el momento de la llegada al edificio, *¿Nunca le han dicho que no hay que dejar entrar a los desconocidos?*

–Pues, sí... Claro. Pero él se mostró muy amable y, además, yo tenía nueve años, no sabía que existieran personas tan malvadas.

La perita asiente con la cabeza con aire de complicidad, *En su infancia estuvo demasiado protegida.*

Cuando llega al momento del estallido asesino en las pupilas del hombre, ese momento preciso en el que ella se sintió disociada de sí misma, un terror brutal la atraviesa repentinamente con mil clavos, su boca se abre sin que salga sonido alguno de ella y al verla así, lívida, paralizada, la perita se asusta. *¡Ah, no!, no, no, este no es el lugar, ah, no, no es el momento, tiene que recuperarse, me escucha, hay que pasar a otra cosa en cuanto termine con su relato.* Ella hace un esfuerzo demencial para volver en sí para coger un poco de aire para relajar las mandíbulas, consigue levantarse, recuperar el aliento, dar unos pasos, se excusa, vuelve a sentarse. La perita cita a La Rochefoucauld, *«Ni el sol ni la muerte pueden mirarse de frente»*, y analiza, *Usted ha visto su muerte, por este motivo se siente angustiada, esto es lo que le resulta difícil, no la violación. Es absolutamente necesario que trabaje con su psiquiatra sus angustias de muerte. Él no es un asesino, no la habría matado, pero usted creyó que lo iba a hacer.*

La perita le pide que enumere sus puntos fuertes y sus puntos débiles, luego le da dos cuestionarios con preguntas rebuscadas e intrusivas. Algo se espera de ella sin que ella sepa qué, tiene que jugar a un juego cuyas reglas desconoce, un juego en el que el ratón es ella.

Para finalizar, tiene que explicar qué distingue en unas grandes manchas de tinta. Al llegar a la última, mientras describe una pelvis muerta, pero que todavía da vida, *¡Ah, me tranquiliza, todo lo que me ha dicho ha sido tan espantoso!... Me alegro de que terminemos con algo un poco positivo.*

Y mientras está de pie poniéndose la chaqueta, *Bueno, para el careo, ningún problema, ¿verdad?* Ella se paraliza. *¿Un careo con Giovanni Costa?* La mujer asiente.

–Pues sí... Sí, por supuesto que sí es un problema para mí, no quiero encontrarme con él cara a cara.

–Pero, bueno, si no estará sola, estarán los abogados, es como en el juicio, no hay ninguna diferencia para usted.

–No. No, realmente no. No es lo mismo, es en pequeño comité, estaremos cara a cara, no, no quiero que me mire a los ojos, tengo miedo, no me fío.

La perita suspira.

En el pasillo, al acompañarla hacia la salida, *Sin duda este asunto será tratado como un delito, para usted sería mucho mejor que sea juzgado por jueces profesionales en el tribunal correccional. El procedimiento será más rápido e indoloro.*

Ella, haciéndose la ingenua, sabe perfectamente que las violaciones solo se descalifican para aligerar los casos de las *cours d'assises*, *Creía que las violaciones solo iban a la cour d'assises.*

–Sí, efectivamente, ya no se considerará una violación, pero será mucho mejor para usted.

–Pero para mí es importante que lo que sufrí sea nombrado. ¿Acaso no ha leído en mi expediente que he conseguido que mi denuncia inicial por agresión sexual sea recalificada como violación? ¿Que se sospecha que el sospechoso ha agredido y violado como mínimo a decenas de niñas, no sabe que en cuatro de ellas se encontró su ADN?

La perita alza las cejas y silba, *La cour d'assises será algo muy duro para usted. Le deseo mucho valor.* La despide con un apretón de manos helado.

Después de esto, dos semanas de insomnio, de pesadillas, de bulimia, de

pensamientos destructivos, dos semanas sintiéndose de nuevo una inútil, dos semanas blancas.

Unos días después, cuando se lo cuenta a la abogada, esta se queda boquiabierta. Precisamente acaba de recibir la copia de la evaluación y, por una vez, le parece justa. La perita concluye que *las reacciones son características de las víctimas de agresiones sexuales: temor por su vida, disociación peritraumática y bloqueo sexual, que ella presenta todavía una ansiedad intensa y un estado de estrés aún severo, así como angustias de muerte*. ¿Qué habría sucedido si, como acostumbra, hubiera minimizado, banalizado, forzado una sonrisa y su ánimo, si hubiera bromeado para evitar hablar?

Después de las vacaciones de Navidad, tiene cita con la juez de instrucción para una vista de parte civil que determinará su participación o no en el proceso. El *modus operandi* ha sido un poco diferente en su caso. Él le habló de una bici, no de electricidad. Es la única que recuerda haberlo masturbado. Así que la juez duda. ¿Debilitar la acusación con un testimonio ligeramente diferente o retirar la denuncia?

Recorre tímidamente el laberinto de pasillos del Palacio de Justicia de París, pasa junto a sus gendarmes de guardia, sus ujieres apurados, sus abogadas espigadas, sus acusados esposados, entra en el despacho de la juez; plantas verdes inmensas y montones de expedientes, por todas partes, encima de todas las mesas, con cinco letras escritas sobre el lomo: COSTA.

Tiene que relatar los hechos. Gracias al trabajo de rememoración que lleva a cabo con su psiquiatra, es más precisa, pero hay todavía muchas preguntas a las que no puede contestar. ¿Quién le levantó el vestido? ¿Quién le bajó las bragas? Todo está tan desdibujado después de su mirada fría... ¿Se bajó el pantalón o se sacó el pene por la bragueta abierta? ¿Por qué no recuerda su pene, ella que revé con tanta precisión el cinturón de piel de cocodrilo con hebilla dorada? ¿Y qué sucedió a continuación? ¿En qué momento él introdujo los dedos en su vagina? ¿Qué sucedió antes de que ella meneara la cabeza en la barandilla de la escalera? ¿En qué lapso de tiempo?

La juez le pregunta qué consecuencias tuvieron los hechos en su vida.

Ella enumera algunas medusas, pero no encuentra palabras para explicar lo que es, lo que te hace, vivir año tras año del revés. No contar nada a sus padres, a su hermano y sus hermanas, a sus amigas. Aislarse de los demás. Sonreír. Disimular. Agotarse. Pasar los días fuera de sí misma. Vivirse deportada sin que nadie lo sepa.

En primavera, el ministerio fiscal emite sus conclusiones. Treinta y cinco expedientes de víctimas, entre ellos el suyo, han sido tenidos en cuenta por la acusación. El suyo, porque ella volvió a hablar a la juez de instrucción del cinturón de piel de cocodrilo con hebilla dorada, un cinturón *mencionado por otras víctimas del procedimiento*. Por un detalle casi se queda fuera.

A pesar del trabajo ingente de las dos juezas de instrucción, otras treinta y siete denuncias con un *modus operandi* similar caen bajo la cuchilla de la prescripción y se entierran.

Así pues estará en la *cour d'assises* frente a Giovanni Costa, de quien ahora sabe que es italiano, septuagenario, sin domicilio fijo, ladrón asiduo de las cárceles y, sin duda, violador en serie de niñas de los barrios elegantes. Solo falta el bosque profundo, las botas de siete leguas, el cuchillo de carnicero aún pringoso; y el hada resplandeciente que pasaba por allí por azar y que me tocó la cabeza con su varita mágica.

Tuve una suerte increíble. De pequeña, mis padres me escucharon y me acompañaron a la comisaría para presentar la denuncia. Conté con los medios afectivos y económicos necesarios para luchar durante casi treinta años. Me iniciaron en el pensamiento feminista y me aceptaron en una red de mujeres solidarias. Finalmente fui diagnosticada y acompañada hacia la rememoración por una psiquiatra tremendamente competente y empática. Durante mi niñez solo una vez me crucé con la violencia y, veinte años después, un hombre fue detenido e inculpado. Mi denuncia no fue archivada, ni prescribió. Tuve acceso a una abogada benévola y con una formación especializada en violencia sexual, que me apoyó con firmeza en la demanda de recalificación de mi denuncia y en mi decisión de constituirme como parte civil. Era una niña blanca de un barrio señorial, me creyeron, no me persiguieron por denuncia calumniosa ni fui juzgada por cómo vestía aquel día. Giovanni Costa es un delincuente inmigrante, no es cabeza de familia ni una persona importante, no tendrá pares que lo

protejan, sin duda será condenado. Será designado como monstruo en la vindicta pública.

Habitualmente, no existen ogros ni hadas y los pedocriminales sexuales son personas amables. Miembros de nuestra familia, nuestros mejores amigos, nuestros vecinos, nuestros profesores, nuestros ídolos, nuestras élites. Resultan tan convincentes en sus papeles de hombres honestos, de madres ideales, de profesores entregados... En Francia, donde casi un menor entre cinco es víctima de violencia sexual, son pocos los menores que son escuchados y cuidados, y aún son menos los agresores que son condenados por la justicia. Hace muchos siglos que nuestra civilización se apoya en la cultura de la violación, la dominación masculina y el maltrato a la infancia. Entre nuestros antepasados, ¿cuántos menores apaleados, cuántos menores víctimas de incesto, cuántas niñas casadas a la fuerza, cuántas mujeres violadas noche tras noche en los sucios secretos del deber conyugal? ¿Cuántos maridos, cuántos padres, que se han atribuido el derecho de desahogar sus nervios a base de palos? La humanidad entera es hija de la violación, una niña aterida, sobre la banquisa, que nos espera.

Un domingo soleado, en el parque, está sentada con su hermano. Miran a sus hijos jugar, ella tiene el corazón desbordante de esas palabras que nunca pudo decir, *Hermano mayor, era tan desgraciada, no comprendía por qué, os recriminaba por ello, a todos, os recriminaba por ello y quería heriros, quería romper el marco de la bonita foto de familia, quería desportillar vuestras sonrisas, pero hoy he comprendido, me ha costado, pero he comprendido, no erais vosotros, era él, y hoy, todo es posible de nuevo, quizá tenga una vida nueva, una vida completa, una vida elegida, hermano mayor, en mis salidas de tono, en mis maldades, mis enfados, en mis ausencias, nunca dejé de amaros, siempre os he querido.* Escribe estas palabras sobre servilletas de papel, cuadernos, guardas, y se da cuenta de que estas anotaciones dispersas empiezan a tejer una trama burda, una trama con la que empieza a soñar, *¿Un libro?* Escribe en cuanto tiene una hora libre, aprovecha los trayectos, las siestas del niño, las veladas tranquilas, lee testimonios de vidas hechas añicos, estudios y ensayos sobre la violencia sexual, se anima, toma notas, señala con bonitas marcas multicolores, se aleja poco a poco de la orilla y trabaja, entre las olas, distinguiendo las medusas de las bolsas de plástico. A determinadas horas, las medusas se agitan hasta invadirla por completo de leche y lágrimas, en esas horas no consigue nada, sabe que no debe quedarse sola, así que va a la deriva de una calle a otra y luego, siguiendo los buenos consejos de Virginia Woolf, se permite al fin una habitación para ella, una mesa en un despacho donde trabajan unos amigos. Descubre que es eficaz redactando en pocas horas los informes de talleres que antes le costaban dos días escribir, ella que ya no tiene tiempo que perder, ella que quisiera, con treinta y cuatro años, tomarse el tiempo para escribir.

Animada por su psiquiatra, publica un primer texto en una página de internet dedicada a la lucha contra la violencia sexual. No se atreve a firmar. En él relata su experiencia sobre lo que los psicotraumatólogos denominan la *colonización*: las imágenes odiosas, los pensamientos violentos y perversos que surgen por efracción, los gestos horrendos. Explica las horas

blancas, las horas malditas, esas de las que las víctimas se sienten tan culpables que nunca hablan de ellas.

Tras muchas dudas y arrepentimientos, le da el texto a su marido para que lo lea, y su mano temblorosa encuentra la suya, llena de confianza.

Pocos días después del solsticio de verano, llega desanimada a la sesión con la psiquiatra. La noche anterior, la cohorte gesticulante de los viejos demonios volvió a entrar en su corazón sin previo aviso y la ha dejado destrozada y de rodillas, humeante a causa de susdeyecciones. La psiquiatra la escucha y vuelve a hablarle de las amnesias traumáticas tan frecuentes en los menores violados. *¿Quizá hubo algo más aparte de sus dedos en tu interior, quizá haya todavía una parcela de memoria traumática atrapada en esa pequeña estructura de tu cerebro que se denomina amígdala cerebral?* La oye hablar, pero no consigue seguir el hilo, le duelen mucho las mandíbulas

un olor a humedad le invade la nariz
la boca la garganta
la tira a cuatro patas sobre la moqueta
vomitando expectorando devolviendo
su polla
su polla sobre mis labios su polla en mi boca
su polla

Miró al fondo de mis ojos de niña desnuda y luego hundió su verga en mi pobre sonrisa hasta mi garganta. Me asfixió con su sexo. Las mandíbulas doloridas, los ataques de tos, la sensación repentina de ahogo, el aborrecimiento de las felaciones y del olor de las vergas, los deseos de asesinato cuando un hombre presiona la parte alta de mi cráneo para forzar mi boca alrededor de su sexo, las angustias brutales cuando me provocho el vómito, las imágenes horrendas tras el nacimiento de mi bebé, de repente todo cobra sentido, cada elemento encuentra un lugar y yo también encuentro mi lugar en este mundo que se endereza poco a poco, o bien soy yo la que de repente está del derecho.

Unos minutos, en los que su grueso sexo fuerza la entrada de mi boca minúscula, unos minutos reencontrados, y, con ellos, la plena posesión de mi pasado, el presente coherente y el porvenir posible. Se acabó quedarse encallada.

Al principio del verano, en el campo, envueltas en el aire cálido y saturado de verde, sentadas a la sombra en dos taburetes pequeños de madera, mi madre y yo recolectamos grosellas negras y rojas. No he planeado ni premeditado nada, cuando, en medio de una frase banal y cotidiana, se deslizan estas palabras, *Mamá, metió también su sexo en mi boca*. Estas palabras, yo las pronuncio como si no me pertenecieran, como si hablara del tiempo que pasa, de una guerra en un país lejano, y ella, ella las recibe, asiente, murmura, *Cariño*, y nuestras manos que van y vienen, nuestros dedos que cogen con delicadeza las bayas rojas y las bayas negras, nuestras manos que no se han detenido, que prosiguen, y nosotras hablamos de otra cosa.

La noche de una hermosa jornada de otoño, a pocas calles del restaurante donde estoy cenando con mi marido, se asesina.

En los periódicos, el pasado monótono de los terroristas forma un contraste horrendo con las vida fértiles y cargadas de promesas de cada una de las víctimas, vivas y muertas. Nada crece en el odio aparte del propio odio. Lloro, tiemblo, grito, leo y espero. ¿Quizá la cantidad consecuente de artículos sobre los trastornos psicotraumáticos de los supervivientes y sobre el déficit increíble de psicopatólogos en Francia consiga que nazcan algunas vocaciones, que algunos magistrados se cuestionen, que algunos médicos se formen?

Así pues, ya que podemos morir mañana y que la vida se nos escapa, me siento frente a mi mesa. Releo mis cuadernos de color azul cielo, mis cuadernos de color azul marino, mis cuadernos rojos y mis cuadernos de viaje. Constituyen mi cuerda para descender a las aguas profundas, allí donde las pequeñas nieblas cotidianas, las apneas, las bolas, las grietas, el nudo en la garganta y el deseo que huye, allí donde el ejército incontable de las sombras minúsculas me dejarán decirte, escribirte, describirte, a ti y las medusas, a ti de cuyo nombre y rostro aún no estoy segura. Pero de tu olor, sí, entre mil. Y aun cuando mi nariz chorree y se niegue, siento tan fuerte ahí abajo, en el bajo, muy abajo, allí, cuando tú estás ahí.

Una mañana, en el despacho, charlamos. La conversación pasa de una cosa a otra mientras tomamos café y hablo de un tema que me preocupa, la necesaria imprescriptibilidad de los crímenes sexuales, crímenes de masas, crímenes impunes, crímenes de efectos retardados. De pasada, menciono la memoria y las amnesias traumáticas. *¿Cómo funciona la memoria traumática?* Y a mí que me gusta esto, explicar, y yo que no me canso de compartir con otros mis epifanías, me lanzo: *Pues bien, si tenemos en cuenta tres de las estructuras del cerebro, la amígdala cerebral, el córtex prefrontal y el hipocampo, resulta bastante sencillo.* Cojo un rotulador y dibujo, en la gran pizarra blanca, una almendrita, *Esto es la amígdala cerebral*, un óvalo grande, *esto es el córtex prefrontal*, y un caballito de mar, *y esto es el hipocampo.*

Si os sucede algo grave, la amígdala dispara la alarma en primer lugar y os permite reaccionar de inmediato. Imaginemos un accidente de coche, PUM. El motor está en llamas, vuestra amígdala pide al cuerpo que segregue adrenalina y todas las demás drogas endógenas necesarias para que podáis, digamos, salir del vehículo, correr cincuenta metros, sentaros.

Una vez a resguardo, el córtex prefrontal habrá tenido tiempo para analizar la situación, el hipocampo la habrá comparado con su banco de datos y ambos podrán modular, afinar, es decir, apagar la respuesta emocional de la amígdala. Dibujo dos trazos que los unen a ella. *Entonces os vais a dar cuenta de que las costillas os duelen terriblemente y que si lo veis todo rojo es porque el arco ciliar chorrea sangre. Pensaréis en tumbaros, en presionar con la mano la herida, en sacar con la otra el teléfono para llamar a emergencias, y vuestro hipocampo os permitirá incluso dar detalles a los bomberos de dónde os encontráis. Luego, día tras día, ese recuerdo será clasificado en vuestra memoria autobiográfica por el hipocampo, se convertirá en una de esas historias estremecedoras que se cuentan en las cenas.*

Por el contrario, si sois víctimas de violación, si os halláis en presencia de alguien que tiene intención de destruirlos, de aniquilarlos, de reducirlos a objeto, el córtex prefrontal intentará en vano analizar la situación, sin conseguirlo. No sois un objeto, esa escena no tiene sentido alguno. Y el hipocampo, por mucho que ponga patas arriba sus archivos, no encontrará tampoco una respuesta apropiada al odio que tiene frente a él. Entonces, como no puede ni modular ni apagar la amígdala, el córtex prefrontal

evitará que al menos muráis de sobredosis de adrenalina y otras drogas endógenas. Como la sobreexcitación de la amígdala representa un riesgo vital para vuestro organismo, hará saltar el circuito para desconectar la amígdala. Borro los trazos que los unen, aísla la amígdala cerebral con una barrera definitiva.

La amígdala seguirá disparando la alarma, registrando todo lo que ocurre, vuestro terror, vuestro dolor, su violencia, su odio, su perversidad, pero vuestra casa está vacía, vuestro córtex está en huelga, es como si os encontrarais alejados unos pasos, espectadores indolentes, disociados de vosotros mismos. El trauma prosigue, pero ya no sentís emociones, ni sufrimiento físico, ni sufrimiento psíquico. El hipocampo ya no recibe las informaciones necesarias, no puede clasificar este acontecimiento en vuestra memoria autobiográfica, ni puede permitir la ubicación espaciotemporal. Ya no recordaréis conscientemente nada o solo recordaréis parte de ese día, los recuerdos que os quedarán serán confusos, desordenados, como irreales.

Entonces vuestras emociones y las del agresor estarán atrapadas juntas, tal cual, en la memoria traumática de vuestra amígdala, una memoria sin lógica, sin referencias, una memoria emocional en bruto.

Más tarde, cuando os encontréis mejor, bastará con un olor, un ruido, una palabra, perteneciente a uno de los mil y un fragmentos enterrados de esa escena, uno de los mil y un detonadores, para que esa memoria explote y os invada con pensamientos de odio y terror. No comprenderéis de dónde proceden esas imágenes, esa violencia, esos gestos horribles que os infligís. Intentaréis no volver a sufrir, no volver a sentir. Encontraréis refugios inadecuados en la bulimia, la anorexia, la masturbación compulsiva, la sexualidad violenta, la pornografía, las drogas, la automutilación, la pasión por el riesgo, qué se yo, encontraréis refugio en las conductas disociativas. De este modo, aumentaréis vuestro nivel de estrés a fin de segregar suficientes drogas duras endógenas para conseguir anestesiarnos.

O bien, en lugar de destruirnos, elegiréis destruir a los demás, preferiréis la temible eficacia del odio para disociaros. Pasaréis a convertirnos en torturadores, os anestesiaremos perpetrando horrores parecidos a los que habéis vivido, traicionando cada vez un poco más al niño víctima que habéis sido, embriagándoos de omnipotencia, del ejercicio del odio y de mentiras para no tener que afrontar vuestra desesperación.

Los agresores son unos cobardes. No comprendo nuestra fascinación por los culpables. En lugar de escribir novelas, series, programas sensacionalistas sobre el recorrido de los criminales, en lugar de convertirlos en monstruos para tranquilizarnos sobre nuestra propia humanidad, habría que levantar monumentos junto al umbral de cada puerta, escribir biografías, guiones, hacer procesiones, componer canciones, organizar fiestas, declarar días festivos para celebrar la valentía de cientos de millones de víctimas a las que nadie ha escuchado nunca y que cada noche consiguen seguir vivas al terminar el día, abandonadas, deprimidas y tan terriblemente solas.

El juicio tendrá lugar a principios de primavera. Una estación más de espera, sentada en el rincón desnudo de un escalón, una última estación, un último invierno.

Sesión tras sesión, firmemente unida a mi psiquiatra, avanzo hacia una palabra inesperada, la curación. Llevo a la consulta los instantes borrosos y los momentos de penumbra; mis sombras son balizas, son la señal de una memoria enterrada, de una memoria que debe ser exhumada, de una memoria que hay que apaciguar.

Mi convicción de ser siempre aquella elegida por despecho, por defecto.

–La otra niña de tu edificio, aquella niña de la que él te habló, ¿estaba bien?

–Casi no nos conocíamos, no hablaba mucho, pero recuerdo que su madre tenía un aspecto extraño y que su padre me intimidaba.

–Quizá su padre fuera una persona violenta. Tu agresor había elegido cuidadosamente a esa niña. Es más rápido, menos peligroso e incluso menos agotador agredir a una persona que ya ha sufrido alguna violencia. Una víctima que no ha recibido cuidados se disocia casi instantáneamente, los agresores saben detectarlas, saben que no lucharán y que luego no podrán decir nada. El hecho de que tú estuvieras bien, que vivieras en el seno de una familia unida y cariñosa en la que las violencias conyugales y educativas no se producían, le exigió más esfuerzo para disociarte. Sin duda fue por este motivo que llegó tan lejos contigo. Para garantizar su impunidad.

–Entonces, después, ¿yo también me convertí en una presa más fácil que otras? ¿Es este el motivo de que atraiga a todos los perversos que se hallan a mi alrededor?

–Sí. Desgraciadamente, el principal factor de riesgo de sufrir violencia es haberla ya sufrido. Pero ya te estás curando.

En cuanto como por placer vuelve el dolor repentino en las mandíbulas.

su voz, la de él, enterrada, tal cual,
bajo su sucio sexo en mi boca
Te gusta esto, eh, eres golosa.

Mi repulsión en cuanto un novio me roza el ano.
sus dedos apretados
sus gruesos dedos de hombre que separan mis nalgas
mi cuerpo rígido
sus dedos que se enervan sus dedos que fuerzan
sus dedos
dentro de mí

Ni un solo orificio dejaste de mancillar. La palabra *violación de una menor* no te bastaba, querías estar seguro de que no hablaría, reuniste al pelotón de ejecución al completo, *por penetración vaginal, bucal y anal.*

De sesión en sesión, los muros se separan y descubro lo inmenso que es amar cuando se desconfía menos de una misma. Por supuesto, mi vigía sigue de guardia y cada vez que abrazo a mi niño, que lo cambio, que lo lavo, verifico metódicamente cada uno de mis pensamientos, pero nada sucio enturbia ya el agua límpida, las imágenes horribles no acuden ya para desfigurar mis risas, mis besos, mis arrumacos.

En cuanto puedo, escribo. A menudo, ante mi mesa, estoy trabajando y de repente el suelo se hunde, me tambaleo, me acurruco en mi silla. Cuando el estruendo se aleja, todavía aturdida por el rompimiento de la ola, masajeo suavemente la piel fina bajo la muñeca izquierda, enrojecida y mojada de saliva, marcada con los rectángulos pequeños y regulares que han dejado mis dientes. Nadie me ha oído gritar, mi terror es discreto, pero a partir de ahora, incluso en el momento más fuerte del oleaje, mantengo los ojos muy abiertos y, bajo la espuma, se dibujan unas formas, algunas medusas inmensas y majestuosas se acercan, me tienden sus filamentos sedosos para que los trece. Entonces, soy Medusa, niña de la Tierra y del Océano, violada por Poseidón en la intimidad de un templo, soy la inocencia profanada juzgada culpable y condenada a ver mi larga melena convertida

en serpientes, soy aquella de la que se cuenta que su mirada petrifica a todo aquel que se cruza conmigo, soy la mujer salvaje obligada a esconderse en una gruta húmeda, soy aquella a la que le cortan la cabeza cuando duerme, aquella cuyo cadáver mutilado aterroriza a los ejércitos, soy lo que queda de una mujer después de haber sido violada. Y al escribirlo me reconcilio, me recompongo, me reparo.

Dos meses antes de que se celebre el juicio, refunfuño por tener que ir al despacho de mi abogada para leer la *Ordenanza para fines de recalificación, de autos parciales de no ha lugar y de auto de acusación*. Acabo por obligarme a ir.

En primer lugar, un resumen de la investigación y de la instrucción, luego, para cada víctima, los hechos conocidos. Tras dos, tres, cuatro, cinco historias terribles y similares, no consigo seguir leyendo, se me nubla la vista, siento vértigo, entonces me aferro a los nombres de las calles de mi infancia. La calle de mi colegio, Rue de la Pompe; la de mi instituto, Rue de la Tour; la de mi pediatra, Boulevard Émile Augier; la del campo de deportes, Boulevard Lannes; las de mis amigas, Rue Raynouard, Avenue Victor Hugo, Boulevard Flandrin, Rue Eugène Manuel; por las que pasaba a menudo, por algunas, a diario, cuando iba a clase, Rue Scheffer, Rue Chernovitz, Rue Louis David, Rue Lekain, Rue Vineuse, Avenue Raymond Poincaré; las que estaban cerca del despacho de mi madre, Rue Saint-Simon, Rue du Bac; en las que jugaba a veces, Square Lamartine, Parc Monceau.

Tenías tus patrones, conocías los patios de los edificios, las escaleras de servicio, las plantas tranquilas, año tras año, pasaste por las mismas calles de los mismos barrios. Numerosas víctimas han testificado haberse cruzado contigo algunos días, unos meses más tarde. Una de ellas te volvió a ver dos años después en el patio interior de su edificio, tú la viste, la saludaste haciendo un gesto con la mano. Estabas tan seguro de ti mismo... Por mucho que algunas madres observadoras llamasen a la comisaría cada vez que se encontraban a su hija aturdida por haberte visto de nuevo, los policías llegaban demasiado tarde.

Al año de que me violaras, volvía a casa y en la Rue Scheffer, desde la acera de enfrente, un hombre se dirigió a mí. Su mujer estaba embarazada, necesitaba que alguien lo ayudara a subir unas bolsas por la escalera de servicio. Con el corazón helado, el cuerpo autómatas, no contesté, no volví la cabeza, no miré al hombre, me concentré, izquierda, derecha, seguí caminando, izquierda, derecha, hice como si no me hubiera dado cuenta, no

quería saber nada de esas palabras, esas palabras no iban dirigidas a mí, izquierda, derecha, era un error. Aquel hombre eras tú, Giovanni, ¿no es cierto?

El juicio se celebrará dentro de tres semanas y mi rostro neumático vuelve a ser el mismo de la época de los frenesíes glotonos. Siete quilos más en pocos meses.

Una noche, voy a ver una obra de teatro en la que actúa una amiga, llego con tiempo y me tomo una copa de vino tinto en el foyer del teatro, lleno a reventar. A pocos pasos, una actriz que conocí en la ESAD, cuando tenía veinte años. Está radiante, luce con elegancia un gran echarpe azul marino y unos bonitos botines marrones. Me escondo detrás de una columna, siento demasiado la muerte esa noche, no tengo fuerzas para disimular, sonreír, contestar a los *¿Qué tal?* ni a los *Y tú, ¿qué haces ahora? ¿Actúas?*

Me gustaría que no me entrara el pánico cuando me encuentro con un rostro conocido y amistoso, no bajar los ojos, dejar de fingir no haber visto nada. Nadie intuye el esfuerzo que tengo que hacer para poder hablar, ni que ciertos días no soy capaz de hacerlo. Sigo sintiéndome tan poco digna de todos ellos... Todos estos años regidos por la vergüenza, por la evitación, por la desconfianza, he desaprovechado tantas ocasiones, he abortado tantos encuentros y censurado tantos deseos que si en cada ocasión hubiera puesto crucecitas blancas, mi vida se parecería a un gran cementerio militar.

Empieza la obra, estoy sentada en primera fila, los actores son estupendos y, de repente, una mujer se lanza, baila, su cuerpo en llamas y mi corazón apesadumbrado, tengo la cara empapada por las lágrimas, me acurruco en mi asiento.

Al final del espectáculo, estoy contenta por esta hermosa aventura teatral que se le ofrece a mi amiga y, como sucede a menudo, la alegría me transporta hacia los demás; me atrevo a saludar a esa mujer que había entrevisto antes del espectáculo. Exclama, sincera, *¡Adélaïde, tú siempre tan hermosa!* Qué abismo. Raramente habito en el rostro que ella ve. Me sonrojo, le doy las gracias, intento aceptar el cumplido.

Un día de mayo, mis ojos que casi no habían visto nada miraron, impotentes, el rostro de un hombre torcerse, deformarse, vaciarse de toda su

humanidad. Aquel día, registré en las entrañas de mi alma la Fealdad, la Abyección, el Mal. Un Mal tan grande que nunca podré comprenderlo. Duró mucho, ¿no es cierto, Giovanni? Tu rostro sigue agazapado en mi interior, lo percibo cada día bajo mis rasgos cansados, mi celulitis y mi vientre flácido.

Dentro de unas semanas, estarás ahí. Espero que volver a verte sirva para expulsar de mí el rostro de aquel día. Espero por fin poder devolverte tus rasgos y dejar de confundirlos con los míos.

El juicio empieza dentro de dos semanas y tiene que durar ocho días. No sé si mi padre, si mi hermano y mis hermanas lo saben. Se lo he dicho dos o tres veces a mi madre. Casi siempre soy yo la que habla de ello, y muy poco. Ellos no saben lo que sucedió en nuestra escalera aquel día. Me han oído decir que había obtenido la recalificación por *violación*, que me había constituido en parte civil y que intentaba escribir un libro sobre ello.

Mis amigas se ofrecen a asistir para apoyarme, pero aquellos a los que me gustaría tener cerca son mis padres, mi hermano, mis hermanas. Tengo suerte de que un hombre haya sido detenido, de que haya otras víctimas para corroborar mis declaraciones, de que mi madre recuerde, de que la justicia me crea, y quisiera aferrarme a esta suerte como si se tratara de un megáfono, quisiera decirles a mi hermano y a mis hermanas, *Mirad, durante años he llevado el odio, el terror, la violencia, la fealdad. Mirad, no eran míos, sino de él, de ese que está ahí sentado en el banquillo de los acusados. Hace años que vosotros y yo solo nos conocemos por mis ultrajes, nuestros silencios, mirad, hoy estoy frente a vosotros y estoy desnuda, este es mi cuerpo lastimado, estropeado, miradme, necesito poder por fin desmoronarme entre vuestros brazos, necesito que hagáis piña a mi alrededor.*

Aprovecho un intercambio de correos electrónicos para darles las fechas del juicio y proponerles que quedemos en el Palacio de Justicia a la hora del almuerzo. Solo me contesta una de mis hermanas, ella que mide con el rasero de su propia vida la profundidad increíble del impacto. Ha reservado tres días enteros para apoyarme.

Unos días después, con ayuda de un poco de vino, hablo de ello una noche de fiesta con uno de mis primos. Me escucha, me apoya, me anima. Me gustaría trenzar una corona de palmas para mi hermana y para él, y pasearlos triunfalmente subidos a una carreta de flores por la ciudad alborozada.

Así que durante el almuerzo familiar, el domingo siguiente, me siento

con ánimo y tengo un objetivo en mente, decirles: *Va a ser duro, os necesito*. No lamentarme después por no habérselo pedido.

Sentada a la gran mesa, espero que alguien me tienda una mano, conteste a mi propuesta de almorzar juntos, me pregunte detalles sobre este juicio del que nunca hemos hablado, se preocupe. Hablan de la organización de las próximas vacaciones, dónde va a ir cada uno, de las elecciones americanas, de los niños, la comida transcurre y no consigo colocar mi frase, sonrío a todos, paso los platos, corto las tartas y, de repente, una vacilación, me digo a mí misma que estoy ahí, pero justo el tiempo de sentir miedo y ya alguien se ha puesto a hablar de otra cosa, y los niños que entran y salen, café en el salón, y todas las conversaciones secundarias, luego se levantan y se disponen a irse, tengo los ojos llenos de lágrimas, me muerdo la lengua, busco frenéticamente mi jersey, mi cuñada, frente a la puerta, *¿Y tu juicio?* Artículo, *Va a ser duro*, me escabullo para ir a llorar al comedor, luego abro los ojos, me pellizco las mejillas, regreso con una gran sonrisa, decimos adiós y cogemos el ascensor. En cuanto llegamos fuera, empiezo a sollozar.

Era tan grande mi necesidad de amor y consuelo... Me reprocho no haber sabido pedirlo, les reprocho no haberse dado cuenta o no haberse atrevido a nada.

Pocos días después, mi madre me llama. Estará allí, mi padre también, se turnarán a mi lado, y se ofrece para llamar a mi hermano y mis hermanas y organizar los turnos.

En mi interior, el oleaje se calma y, en la transparencia azulada, se perciben los fondos marinos.

Temía el silencio de mi padre. Le escribo, *Mamá me ha dicho que intentaréis venir, no imagino lo difícil que debe ser para un padre hablar de este tipo de cosas con su hija, pero bueno, me emociona que vengáis, os necesito, voy a necesitar los brazos de mi papá*. Palabras sencillas, pero he necesitado años para conseguir decirlas.

Superando todas mis expectativas, vendrán todos, mi marido, mi madre, mi padre, mis hermanas, mi hermano, mis tías, uno de mis primos. Cada día, el velo que nos separaba se romperá un poco más, dejaré que me

abracen y en nuestros breves abrazos, a partir de entonces, ya no será necesario pronunciar muchas palabras.

Mis amigas también estarán presentes, las que pueden, las que no se tambalearán al verme derrumbarme.

Y todas y todos harán piña conmigo.

Primer día del juicio. La víspera he preparado cuidadosamente mi apariencia, ropa favorecedora, discreta, cómoda, me he depilado, me he lavado el pelo, me he puesto crema en las piernas. Tengo una cita conmigo misma.

Fuera, el cielo encapotado anuncia chaparrón, me voy volando en bicicleta entre los charcos que ha dejado la noche, con los ojos irritados y el corazón preparado. Las calles están vacías. Frente a un liceo, una pirámide perfecta de contenedores de basura verdes anuncia la movilización futura contra una nueva Ley del Trabajo. En cuanto llego a la Île de la Cité, cae el chaparrón, ato mi bicicleta a una barandilla, corro a refugiarme en un café donde me encuentro con mi madre y su sonrisa inquieta. Inspiro con fuerza, exhalo el aire a bocanadas breves y aceleradas, observo los rostros de las otras mujeres jóvenes que están en la barra, *¿Quiénes son las otras víctimas?* Tras tomarnos el café, atravesamos el Boulevard du Palais, cruzamos el arco de seguridad, la amplia escalinata de piedra, la solemnidad gris del gran vestíbulo, la escalera K, los gendarmes de guardia. Entro en la sala Victor Hugo.

Es una estancia revestida de madera oscura con recámaras laterales y el techo gris azulado cargado de símbolos en estuco. Las recámaras del lado derecho albergan ventanas anchas que se asoman a la escalinata de piedra, a las altas verjas y al Boulevard du Palais. En una de las del lado izquierdo está dispuesto el banquillo de los acusados, un espacio cerrado con madera y cristales ahumados. Giovanni Costa se colocará ahí, en breve, y, desde esta tarima, mirará hacia los bancos destinados a las partes civiles. Solo podrá ver nuestros perfiles, salvo si decidimos girarnos hacia él. A su lado, la secretaria judicial, cuya mesa forma el extremo del arco en el que se situarán los miembros del jurado, cuyo presidente, en el centro, estará flanqueado por sus dos asesores. En el otro extremo, la mesa del fiscal y la mesita del alguacil. Además, a cada lado del pasillo central, pesados bancos barnizados, a la izquierda, para la defensa, a la derecha, para la acusación. En la parte de atrás, una larga balaustrada y, detrás de ella, tres filas

estrechas de sillas que se van ocupando. En el centro, el estrado. Garita minúscula de cobre y madera, timón pulido por todas esas manos que se han asido a él, ombligo. Ahí, se jura hablar sin odio y sin miedo, decir toda la verdad, y nada más que la verdad, ahí, las palabras pesan, las palabras determinan vidas enteras.

La sala suena con el murmullo de las conversaciones y de los abrigos colocados sobre las rodillas. *Somos muchas*, me digo, *estamos acompañadas*.

Giovanni Costa entra en el espacio reservado a los acusados. Lo miro a la cara y no lo reconozco, no reconozco nada del hombre de mayo en este viejo desaliñado, vestido con una chaqueta de chándal de nailon, una camiseta gastada, con una calva rodeada de pelo gris, ojos hundidos, no reconozco a este hombre con algo de tripa al que le cuesta sentarse, pero aun así lo miro a la cara, no consigo apartar mi mirada, de repente sus ojos cobran vida y, desde su trono, escruta, una a una, metódicamente, a las personas sentadas en la sala. Me duele el estómago, me asusto, *nos está buscando*, me cuesta respirar, su mirada se acerca, estrujo la mano de mi psiquiatra sentada a mi lado, *va a verme*, no logro girar la cabeza; de repente sus golpes caen sobre mí. Ha hundido sus pupilas duras en las mías y todos mis músculos se han tensado, tengo el cuerpo acribillado por el odio, me cuesta recobrar el aliento; el señor de la escalera, el hombre del mes de mayo, el hombre de hace veintiséis años y de cada día pasado desde entonces, es él. Giovanni Costa.

Cuando entra el presidente, la sala se pone en pie y luego toma asiento en silencio y, mientras desgrana los veinticuatro nombres de los jurados de esta sesión de la *cour d'assises*, comprendo poco a poco que las personas del público no son las víctimas y sus allegados, son los fulanos que van a ser elegidos al azar para decidir nuestra suerte.

Tras algunas recusaciones, la sala se queda casi vacía. Seis jurados se colocan alrededor del presidente. Un guapo treintañero de barba recortada. Un hombre de cara rechoncha y mirada tierna. Un hombre mayor cansado. Una mujer elegante con permanente. El doble de Charles Berling.¹³ Una mujer de ojos vivos, enmarcados por un par de gafas.

Cuatro jurados suplentes. Un joven digno y vestido con esmero. Una

señora mayor bajita de pelo blanco, recogido con una cinta negra ancha. Una jubilada juvenil y dinámica. Una mujer de cara redonda enmarcada por mechones castaños.

El presidente no deja traslucir nada bajo su larga toga roja y su máscara de presidente, habla pausadamente con palabras afables y medidas.

El fiscal es inmenso, barba corta gris y gafas de concha.

Como el abogado que asistía a Giovanni Costa durante la instrucción se retiró, dos Secretarios de la Conferencia aseguran su defensa. Su talento oratorio los ha hecho merecedores de ejercer como abogados de oficio hace dos semanas y, si bien las mil setecientas noventa y cuatro páginas del caso Costa entran en una memoria USB, no han tenido demasiado tiempo para evaluar a su cliente. En cuanto el presidente los cita, Costa se pone en pie y los recusa. El presidente le objeta que, aunque tiene derecho a pedir a sus abogados que mantengan silencio, en la *cour d'assises* no puede asumir su propia defensa. Costa hace una broma de mal gusto sobre *las bellas mujeres*. Me cuesta entenderle, habla con un fuerte acento italiano.

Al oír su nombre algunas víctimas citadas como testigos se ponen en pie y luego se retiran. Cuando nadie responde a la llamada, *Prosiga*, dice el presidente, cada vez más perplejo a medida que crece la lista de las ausentes. Del exterior llegan silbidos y retazos de eslóganes entonados por el largo cortejo de manifestantes que desfilan por el bulevar. Sentadas en silencio en el banco de la parte civil, estamos dos, una mujer joven de contornos angulosos y mirada suave, y yo.

Giovanni Costa reina.

El presidente empieza a leer al tribunal los cargos de acusación y, al segundo *Haber, en París, el 13 de mayo de 1990, en todo caso en territorio nacional y desde fecha no cubierta por la prescripción de la acción pública, por violencia, coacción, amenaza o sorpresa, cometido un acto de penetración sexual en la persona de Adélaïde Bon, en el caso de autos, específicamente, al introducir un dedo en el sexo de la víctima, con la circunstancia de que los hechos fueron cometidos con una menor de menos*

de quince años, al haber nacido el 1 de marzo de 1981, al segundo, Costa salta y, con las manos agarradas al cristal ahumado, grita:

–¡Tú eres el violador de niñas, colega!

estoy en la escalera de mi edificio
aterrorizada
paralizada
ya no puedo respirar

–Señor Costa, podrá expresarse después.

–Cabrón, violador de niños, todo mentira, ¡no soy un violador!

–Señor Costa.

–Dices chorradas, ¡que te den por el culo!

–Señor Costa.

–¡Aquí no hay nadie! ¿Dónde están las víctimas? ¿Dónde están las partes civiles? ¡Mamón!

–Señor Costa, cálmese, de lo contrario me veré en la obligación de apartarle de la vista de hoy.

–¿Dónde están ellas, mamón? ¡Bastardo! ¡Esclavo de Italia! ¿Dónde están?

Dos gendarmes lo sacan del banquillo. Mi cuerpo se quiebra.

Vuelve la calma y el presidente prosigue la lectura del martirologio, no oigo nada, sollozo.

Ahora que el juez ha nombrado el crimen, que el acusado ha mostrado un poco de su violencia habitual y que la víctima se ve sacudida por sollozos antiguos, cada uno está en su lugar.

Después de la pausa del almuerzo, un policía de la Brigada de Menores de París se acerca al estrado. Es el capitán que me llamó, una noche de invierno, hace tres años, y que me recibió unos meses más tarde.

En la *cour d'assises*, el procedimiento es oral, el presidente es el único del jurado que conoce el expediente, así que el policía relata, para los

miembros del jurado y los asesores, la investigación a largo plazo que llevó al arresto del *electricista*. Tiene esa voz sorda de a quienes no les gusta hablar en público y todos se inclinan hacia él para oírlo mejor.

Una veintena de denuncias por violación, tentativa de violación y agresión sexual a menores entre 1983 y 1984.

Una veintena de denuncias por violación, tentativa de violación y agresión sexual a menores entre 1990 y 1991.

Una treintena de denuncias por violación, tentativa de violación y agresión sexual a menores entre 1994 y 2003.

Casi todas cometidas en el Oeste parisino, por un hombre un poco calvo y de voz melodiosa, un hombre maduro que pide a las niñas que lo ayuden. A menudo, el pretexto es una bombilla, una caja de fusibles, un contador de la luz. Manipula sus corazoncitos tiernos, las aísla, simula auparlas y les mete sus manazas entre los muslos, les quita la ropa, palpa sus pezones, frota su sexo contra sus vulvas, sus nalgas, las abofetea si lloran, las penetra con sus dedos, con su sexo, a veces eyacula sobre sus ropas.

Cuatro de las niñas son llevadas a urgencias forenses y sus ropas manchadas de esperma se colocan en bolsas precintadas.

Entre 1990 y 1993, una primera investigación judicial lleva a un sobreseimiento, no se identifica al autor.

Entre 1996 y 1998, la Brigada de Menores reúne cincuenta y seis casos similares en un compendio denominado del *electricista*; una segunda investigación judicial lleva a un sobreseimiento, no se identifica al autor.

En 2001, se detiene a un sospechoso, la policía científica extrae de algunas prendas que estaban bajo precinto (tres braguitas de algodón blanco, un pantalón de jogging y una camiseta gris) los restos de ADN de un único individuo. Que resulta no ser el sospechoso detenido.

Entre 2002 y 2005, una tercera investigación judicial lleva a un sobreseimiento, no se identifica al autor. Se da carpetazo a los expedientes. Final de la historia.

Pero he aquí que una mujer, tan menuda cuanto decidida, he aquí que una investigadora a largo plazo de la Brigada Criminal decide dedicar parte de su jubilación a reabrir casos no resueltos, *cold cases*. Decide exhumar de los archivos el expediente del *electricista*. Tras realizar un trabajo de

hormiguita y cientos de llamadas de teléfono, consigue localizar las distintas pruebas precintadas y, como la ciencia ha hecho algunos avances, en 2010, obtiene del ministerio fiscal que se establezca un genotipo más preciso.

Gracias a esta heroína en la sombra, cuyo nombre ni siquiera conozco, y gracias a los equipos que se sucedieron en la custodia de las pruebas precintadas, a principios de 2011, se inscribe el ADN del *electricista* en el Fichero Nacional Automatizado de Huellas Genéticas, muy apreciado por el padre de Sigrid, mi amiga del liceo.

En abril de 2012, después de una pelea entre vecinos, un tal Giovanni Costa es recluido preventivamente. Su registro de antecedentes penales revela un pasado cargado de condenas por robo, entonces un policía diligente le toma una muestra de ADN para introducirla en el fichero. En mayo, se descubre que ese ADN corresponde al del *electricista*.

En junio, se reabre la tercera investigación, los investigadores tienen que encontrar los atestados originales, localizar y luego volver a escuchar a las numerosas víctimas, detener a Giovanni Costa.

Lo detienen en octubre, sentado en una parada de autobús, en Richelieu-Drouot, cerca de las tiendas de receptación con las que habitualmente trabaja, sentado ahí donde desde hace años acostumbra sentarse, ahí donde quienes le conocen saben desde siempre que lo van a encontrar. No es un hombre perseguido.

En cuanto lo detienen, Giovanni Costa refuta los hechos, niega la presencia de ADN, clama que se trata de un complot urdido por una agente de policía italiana y unos traficantes negros, cubre a todos y cada uno, sobre todo a una, de insultos, clama que tiene un doble, que a él no le cuesta nada seducir a las putas francesas, que es un semental italiano al que se disputan todas las mujeres.

En más de veinte años de carrera en la Brigada de Menores, nunca me las he visto con un individuo de esta calaña.

La inspectora de policía que sube a continuación al estrado relata un interrogatorio. *Extendemos sobre la mesa fotos de las niñas, se enfurece, «¡No soy un violador, ese esperma en las bragas es del padre o del abuelo, preguntadles, es pura estadística!», tira las fotos al suelo, me grita «Zorra,*

te has dejado follar por todos los perros», arranca los cables del ordenador que sirven para la grabación.

Ninguno de los hechos denunciados se produjo mientras estaba encarcelado, condenado por robo con allanamiento.

Cuando habla de su *profesión*, el robo, cuenta un modo de actuación similar punto por punto a las declaraciones de las pequeñas víctimas, *Me hacía pasar por un técnico de electricidad y gas. Esperaba tranquilamente al pie del edificio a que alguien entrara, para poder acceder a la escalera de servicio. Allí, decía que tenía que arreglar un aparato. Señalaba el contador, si no había escalerilla, les echaba una mano, les decía que miraran si todo estaba bien. Mientras tanto, iba al dormitorio, cogía lo que había, sobre todo joyas, y me marchaba.*

El perfil genético extraído de las cuatro prendas corresponde al suyo, un perfil cuya frecuencia de aparición en la población general es inferior a 1 en la población mundial.

La inspectora añade, su voz resuena en la sala en silencio, *En diez años en la Brigada de Menores, he visto a muchos depredadores sexuales. Ninguno me ha marcado tanto como él, por el número de sus víctimas y porque no tiene ninguna consideración hacia ellas ni hacia nadie. Lo digo por experiencia, uno no se convierte en pedocriminal sexual con cincuenta años. La violencia le permite rehuir las preguntas.*

¿Qué vida ha llevado Giovanni Costa durante setenta y ocho años? Nadie sabe nada, o se sabe muy poco.

Nació en 1938, en Villa Rosa, una ciudad pequeña de Sicilia, *Desde que se fue, en 1958, no volvió a ver a nadie*, dijo su cuñada a los carabineros. La llama en 1989, no tiene dinero para pagar al abogado por su enésima encarcelación. Entonces su cuñada le ingresará todos los meses algún dinero procedente de la herencia paterna, desoyendo las últimas voluntades del padre, fallecido hacía dos años, un padre que había puesto como condición para que recibiera ese dinero que su hijo fuera a su entierro. Cuando la herencia se agotó, no volvió a dar señales de vida.

Únicamente sus antecedentes penales informan algo sobre sus idas y

venidas:

Entre los veintiún años y los veintinueve, está en Bélgica y visita tanto las casas como los tribunales. Es condenado seis veces en Charleroi, Lieja y Bruselas por tentativa de robo, robo, receptación, propinar golpes y causar heridas voluntarias, usurpación de nombre, falsificación de escritura y falsedad documental.

Tiene treinta años, está en Francia, condenado en Marsella por robo y tenencia de armas, luego en SaintOuen por robo, receptación y tenencia de armas. Pasa seis meses en la cárcel, sale durante unos meses, es arrestado de nuevo por tentativa de robo en París y luego en Colombes. Tras la enésima infracción que comporta una orden de expulsión y de prohibición de residencia en La Quee-en-Brie, usurpa distintas identidades, como, por ejemplo, la de Salvatore Trapani, un compañero de escuela emigrado a Estados Unidos.

Tiene cuarenta y un años, le detienen en París por tentativa de robo con allanamiento y pasa un año en la cárcel. Dos condenas parisinas más tarde, dos años más de cárcel, por robo con allanamiento, receptación de robo, falsificación de un documento administrativo, infracción que supone una orden de expulsión. En cuanto sale, vuelve, con cuarenta y nueve años, a ser condenado en París a cuatro años de cárcel por robo y etcétera. Le conceden la libertad condicional dos años más tarde.

Tiene cincuenta y cuatro años, condenado en París a cuatro años de cárcel por hechos similares, de nuevo le conceden la libertad condicional en menos de dos años.

Tiene sesenta y seis años, condenado en París por robo con allanamiento, tenencia ilegal de armas, falsificación y falsedad documental.

Tiene setenta y cuatro años, condenado en París por violencia voluntaria con arma y ocultación de pruebas. Esta vez, durante su detención preventiva, un policía diligente toma una muestra de su ADN.

Cómo se repite la vida en aquellos que se empeñan en querer destruirla.

La investigadora, llamada al estrado para dar testimonio de su personalidad y de su trayectoria, se limita a resumir lo que él le dijo durante sus interrogatorios en la cárcel, sin que ella consiguiera comprobar nada de sus largas elucubraciones. Nunca ha sido trabajador asalariado, cuenta haber trabajado en negro en restauración y ebanistería, haber estudiado

Derecho, en Suiza, en 1957. Dice que vivió en Londres entre 1972 y 1974 y que solo roba a los ricos. Ha vivido sobre todo en hoteles. Qué huevos tiene. Afirma haber pasado catorce años junto a la misma mujer, pero haber olvidado incluso su nombre. Le apasionan las carreras de caballos, las prostitutas y los zapatos, sobre todo los de piel de cocodrilo, presume de haber comprado decenas de pares, cuando las cosas le iban bien. Siempre se ha preocupado de hacerse la pedicura (en el momento de su arresto, llevaba un neceser completo). Afirma que el violador debe ser su doble, pero aun así no ofrece ninguna coartada, no recuerda dónde estuvo los días de los hechos, viaja tanto... Ah, sí, en relación con una de las cuatro víctimas cuyas bragas estaban manchadas con su ADN, *Son mentiras*, aquel día, estuvo viendo la final Italia-Brasil de la Copa del Mundo de Fútbol en el hotel Worringer, en Düsseldorf (una final que tuvo lugar un mes después). Él es ladrón, no violador, posee una buena educación, es italiano, deseable, viril, un semental, un hombre, un hombre de verdad.

Ella acaba, *Pienso además que quiso utilizarme para establecer una relación con la juez de instrucción.*

La mujer joven sentada conmigo en el banco de las partes civiles es llamada al estrado. El presidente proyecta sobre las pantallas la cara que tenía por aquel entonces. Es una foto de cumpleaños, tomada unos meses antes de la violación, en la que, detrás de las velas y el pastel de chocolate decorado con smarties, una niñita nos mira guiñando un ojo, sonriendo de oreja a oreja y con el flequillo despeinado. Ahí está, años después, muy recta, con las manos tensas sobre la barandilla. Explica sin rodeos y con la voz firme el día oscuro y la supervivencia de después. Cuando se retira, nuestras manos se agarran con fervor furtivo.

El presidente lee a continuación las declaraciones de una ausente; una de las dos niñas cuyos nombres reconocí en la notificación a las víctimas, la que iba conmigo al instituto. El presidente lee los hechos, bárbaros, y yo pienso en aquella joven llenita y tímida, de aspecto amable, con la que me cruzaba a menudo y a la que casi no conocía. Espero que haya contado con alguien que le tendiera la mano.

Como leer las declaraciones es más rápido que escuchar el testimonio entrecortado de silencios de las víctimas en el estrado, tras los veinticuatro

Prosiga de la jornada, el presidente, previsor, retira una jornada entera de juicio.

Esa noche, mientras me preparo, con un nudo en el estómago, para testificar al día siguiente, ciudadanas y ciudadanos de todas partes pasan su primera Nuit Debout¹⁴ junto al catafalco en que se ha convertido, atentado tras atentado, la Place de la République. Devuelven a las estatuas, enterradas bajo los testimonios desteñidos y las velas apagadas, el brillo de sus alegorías: Libertad, Igualdad, Solidaridad.

Segundo día. Otra mujer joven, con el cuerpo tan tenso que se diría que va a romperse, permanece temblorosa en el mismo banco que yo. Giovanni Costa nos observa y, en cuanto ella se dirige a testificar, él se agita ruidosamente y, tan pronto como ella entreabre los labios, él insulta al presidente, *Cabrón*, etcétera. De nuevo lo excluyen de la vista durante todo el día.

Me toca testificar. Avanzo, tambaleante, decepcionada. Habría preferido que estuviera sentado en el banquillo de los acusados y yo de pie en el estrado, habría preferido que me escuchara, habría preferido que fuera mi turno para hablar y el suyo para callarse, habría preferido enumerarle cada una de mis heridas, habría preferido que luego el presidente le ordenara responder a ellas.

Por la tarde, acogiéndome a mi derecho como parte civil, he citado a mi psiquiatra, la doctora Salmona, para que comparezca como especialista.

Vibrante de pasión y competencia, con la sencillez propia de las almas grandes, explica, con precisión, desde el punto de vista médico, con estudios de apoyo, lo que significa vivir toda una vida después de una violación.

Al terminar su exposición, los jurados, el presidente, el fiscal, todos le hacen preguntas.

–Perdone por esta pregunta técnica, pero ¿para que haya violación tiene que haber ruptura del himen?

–No, en absoluto. El himen es una membrana permeable, en dos tercios de las violaciones cometidas en niñas, no se observan desgarros.

–¿Es posible realmente olvidar que se ha sufrido una violación?

–Sí, y a veces el olvido dura décadas. La mayoría de las niñas víctimas de violencia sexual presentan amnesias traumáticas completas o parciales, relacionadas con el mecanismo de disyunción que el cerebro desencadena para protegerse del estrés extremo generado por dicha violencia.

–¿Los recuerdos que se tienen de la violación pueden ser inventados o alterados?

–No, en absoluto, no se trata de recuerdos autobiográficos conscientes, recuerdos que se sitúan en el tiempo y se van atenuando a lo largo de los años, que pueden ser rememorados intencionadamente, que pueden contarse, ser analizados, transformados. No, la memoria traumática generada por la violación se sitúa fuera del tiempo, se impone como si estuviera reproduciéndose, se repite de forma inmutable con la misma carga emocional inicial, los mismos detalles. Los años no tienen efecto alguno sobre ella. Como las cajas negras de los aviones. Es involuntaria, invasora, incontrolable e indiferenciada.

–¿Es posible curarse de una violación?

–Sí, afortunadamente, siempre y cuando la víctima reciba un tratamiento específico. Tendrá que recorrer de nuevo los acontecimientos traumáticos para integrarlos por fin en su memoria autobiográfica, pero para ello debe estar acompañada por una persona con formación en trastornos psicotraumáticos.

–¿Se puede hablar de atracción sexual hacia los niños y las niñas?

–No, la pedocriminalidad sexual no tiene nada en común con el deseo ni con la sexualidad. La violencia genera en el agresor un estrés extremo, una sobreexcitación de la amígdala, desencadena los mismos mecanismos psicotraumáticos que en la víctima. Salvo que él utiliza a la víctima como un analgésico, elige provocar esta tormenta emocional para obtener una producción muy importante de drogas duras endógenas y luego una disyunción y una anestesia emocional. Quiere evitar sufrir, quiere sentirse invencible, todopoderoso, y, un crimen tras otro, desarrolla una adicción cada vez más severa a la violencia extrema. Cuanto más pura sea la víctima, cuanto más abyecto sea el crimen, más fuerte será la anestesia. Los pedocriminales sexuales son toxicómanos de la violencia.

Desde 2003, ni un atestado. ¿Dónde estabas, Giovanni? ¿Qué les hiciste a tus víctimas para que ninguna denunciara?

Clara, Marguerite, Adélaïde, Stéphanie, Leïla, Myriam, Sophia, Alice, Melinda, Maria, Sophie, Marie, Anna, Mathilda, Clotilde, Sybille, Juliette, Philippine, Julia. Al final seremos diecinueve las que testifiquemos.

Catorce partes civiles, nueve de las cuales se constituirán como tales unos días, unas horas, unos minutos antes de subir al estrado, todas recordando los días de espanto que precedieron a su llegada, todas con el cuerpo temblando de la determinación con la que han tenido que armarse para conseguir hablar en el juicio.

Una de las víctimas que se constituyó en primer lugar en parte civil no se ha presentado, su abogado tampoco. El alguacil y la secretaria judicial la telefonean, le dejan mensajes, ella no devuelve la llamada. Se ponen en contacto con el abogado. *Ya no quiere testificar ni ser representada, está aterrorizada.* Al igual que ella, trece mujeres jóvenes no acudirán, contravendrán la citación para comparecer y preferirán exponerse a una sanción penal antes que tener que romper los sellos estampados sobre el día horrendo y su larga cohorte.

Durante el tercer día del juicio, cuando salimos a almorzar a la Place du Châtelet, mis padres, mi hermana y yo, reconozco a una de ellas. La reconozco porque además es hija de estrellas de cine y, una noche de soledad, busqué su rostro en Google. Está esperando a alguien, lleva ahí bastante tiempo, justo delante del restaurante, y tengo ganas de ir a verla, de decirle, *Perdóneme, no nos conocemos, pero hemos sido víctimas del mismo hombre. Su juicio se está celebrando a pocos pasos de aquí. Simplemente quería decírselo, prevenirla. Pero ¿es este quizá el motivo por el cual está usted aquí, por el que ha regresado a Francia?* Me aferro a esta esperanza imbécil, me escabullo. En ese instante, está radiante, parece muy serena, me da miedo el aceite de brea que mis palabras derramarán sobre la claridad del día.

Al día siguiente, cuando el presidente leerá sus declaraciones en su ausencia y hará que se oiga la desesperación de esta mujer joven que solo tenía seis años cuando Costa la atrapó, la extensión del desastre, todo lo que

ha tenido que recolocar para sobrevivir, yo me sentiré afligida por no haberme atrevido a hablar con ella.

Están todas aquellas para las cuales los hechos han prescrito y cuyo testimonio no ha sido requerido por la corte.

He anotado los nombres de las ausentes en la página de guarda de mi cuaderno y, cada día del juicio, las llevo conmigo. Céline, Anaïs, Caroline, Constance, Anne, Sophie, Toinon, Charlotte, Aurore, Alice, Anne, Juliette, Gwendoline, Sophie, Sandra, Marine, Louise, Joëlle, Élisabeth, Ludivine, Julie, Marine, Laura, Anaïs, Florence, Elsa, Perrine, Albane, Chloé, Victoria, Ingrid, Alicia, Raphaëlle, Véronique, Laure, Élise, Delphine, Vanessa, Saïda, Céline, Yun, Marie-Eugénie, Sandra, Claire, Amélie, Patricia, Sophie, Marie-Christine, Stéphanie, Tatiana, Adeline, Élodie, Marine.

Y están todas, están todas aquellas cuyos casos nunca fueron denunciados.

Y estás tú, Giovanni. Tú que has dedicado tu vida a robar y violar.

¿Dónde están los testigos? ¡Quiero un cara a cara con los testigos! ¡Lo único que tenéis que hacer es poner delante de mí a las jóvenes que me acusan! ¡Que las pongan delante de mí! ¡Tienen que venir aquí y decirme que yo las he violado! ¡Exijo un careo! ¡Tráiganme a las víctimas que me acusan! ¡Pongan frente a mí a una sola mujer para que me diga que la he violado! ¡Una! ¡La quiero frente a mí!, has exigido vehementemente en cada interrogatorio. Hasta tal punto que la juez se negará a enviarte la copia íntegra del expediente de instrucción, con el argumento de que *existen riesgos de presión sobre las partes civiles y demandantes si el señor Costa obtiene copia de sus declaraciones, así como de sus datos de contacto postales y telefónicos.*

Pero sucede que al llegar la tarde del cuarto día, todos los testimonios de las víctimas presentes en la vista han sido escuchados y tú no estabas allí. No contestaste a ninguna pregunta, no te sometiste a ningún contrainterrogatorio, no te careaste con ninguna de nosotras.

Los dos primeros días, te las arreglaste para que te expulsaran al inicio de

la sesión llamando cinco o seis veces al presidente *mamón* y, los días siguientes, dejaste que te trasladaran del centro de detención a la ratonera del Palacio de Justicia, y luego te negaste a salir, profiriendo injurias por la mañana dirigidas al alguacil encargado de notificarte tu obligación de estar presente, profiriendo injurias por la tarde dirigidas a la secretaria judicial encargada de informarte sobre lo que había pasado.

Cada mañana, nos haces esperarte en vano durante más de una hora. Cada tarde, obligas al presidente a suplicar a un alguacil que por favor acuda al día siguiente al Palacio de Justicia. El juicio no puede empezar hasta que tú no reiteres ante el alguacil tu negativa a comparecer y solo hay dos, en París, que acepten este cargo mal pagado.

Te imagino macerando tu odio en los olores de orina de una celda subterránea y húmeda, pero eso no sirve para atenuar nada. ¿Cómo puedo apartarme de ti sin verte?

Una abogada lee, dirigiéndose a tu banquillo vacío, la carta de una madre. *Hemos tenido el valor de venir a testificar. ¿Tendrá usted la honestidad de contestarnos?* Tu respuesta es tu ausencia. No nos das nada. Nada que podamos analizar, nada sobre lo que discutir, nada para confrontar. Estás por encima de las leyes. Este juicio no te concierne. No existimos. Para ti, nunca hemos existido.

Después del primer testimonio, los periodistas, decepcionados, han abandonado su puesto. Sin el ladrón-violador de niñas ricas, sin las vociferaciones del monstruo, la historia carece de morbo. El dolor resulta menos provocativo que el odio. Cerca de aquí se está llevando a cabo un juicio contra unos piratas somalíes que resulta más atractivo que la aterradora banalidad de las niñas violadas.

Así pues, frente al desprecio burlón del banquillo vacío, frente a las miradas inquisidoras de los jurados, aferradas a la barandilla del estrado como si fuera un esquife, hemos depositado nuestras bonitas máscaras elaboradas con paciencia, nos hemos despojado de nuestras protecciones, hemos dejado que brotaran las lágrimas largo tiempo contenidas y hemos intentado asociar palabras al desastre.

Testimonio tras testimonio, me siento totalmente contenida en cada una

de sus palabras. Y en los espejos expuestos de sus historias, me deshago poco a poco de tu historia.

*Me crucé con este hombre cuando tenía diez años y –largo silencio
Prefiero contestar a sus preguntas –rompe a llorar*

Después de almorzar en casa, de vuelta al colegio con mi hermana pequeña, un hombre de cierta edad se dirigió a mí, necesitaba ayuda para cambiar una bombilla en una escalera.

Como aquel día estaba enferma, me quedé en casa, alguien llamó a la puerta, miré por la mirilla: no vi a nadie, pensé que el portero había dejado el correo sobre el felpudo, abrí y vi a un hombre en la escalera, subió al verme, se presentó como el electricista del edificio, me preguntó si estaba sola.

Aquel día, me había peleado con mis padres, quise pedalear a toda velocidad para llegar la primera a casa, mi bicicleta se estropeó, apareció un señor y se ofreció a arreglarla si yo le ayudaba a cambiar una bombilla.

Estaba cruzando el Parc Monceau, repleto de gente a la hora del almuerzo, acompañaba a mi hermano al fútbol y un jardinero nos pidió que le ayudáramos a mover unos tiestos a cambio de una moneda de diez francos.

Era el guarda del edificio, su mujer estaba encinta, necesitaba ayuda para cambiar una bombilla, a cambio me daría una moneda.

Un anciano me dijo que le costaba caminar, me cogió por el brazo.

Su mujer estaba encinta, tenía que mover cosas pesadas.

Era un anciano, le sujeté la puerta.

Un señor me dijo que su mujer estaba encinta y que se había quedado sin agua.

Se sentía muy incómodo por tener que pedirme esto.

Solía estar dispuesta a ayudar. Además me prometió un helado.

Después no me atreví a contarle, pero me había prometido una moneda de diez francos.

Provengo de una familia católica, era scout, estaba decidida a ser útil.

No daba miedo, más bien resultaba patético.

Crecí en una familia en la que se ayuda al prójimo.

Tenía ganas de ayudarle a reparar aquel contador.

*Sabía que no se debe hablar con desconocidos, pero parecía tan amable,
tan avergonzado por tener que pedirme ayuda.*

Era una niña dócil.

*miró varias veces hacia el cuarto de la portera
de repente tuve mucho miedo
le pidió a mi hermano pequeño que vigilara algo
le dijo a mi amiga que esperara abajo
me llevó a la parte alta de la escalera de servicio
me llevó al bajo de los cubos de basura
me llevó al sótano*

«Sígueme o te estrangulo», tenía mucho miedo, le seguí

*había una caja gris colgada de la pared
me di cuenta de que estaba fuera de uso
había una especie de tragaluz en lo alto
había una manecilla que se tenía que girar
la lámpara funcionaba no me atreví a decir nada*

recuerdo –silencio largo– su mirada

*tuve miedo de que me matara hice lo que me dijo
me quedé petrificada de terror
pensé que iba a matarme*

tengo su mirada –se interrumpe

*intentó auparme en varias ocasiones mis pies
no se despegaban del suelo pero encada intento mi camiseta
se subía más arriba él hacía como si intentara
llevarme me apretaba los pezones cada vez con más fuerza
me aupó varias veces mientras me ponía
las manos sobre el pecho y luego
–esto... –¿qué pasó?*

*me agarró las nalgas al auparme
me preguntó cuánto pesaba luego me cogió por las nalgas*

*«Eres muy bonita», me lamió el cuello
«¿Nos damos un beso? No voy a comerte»,
me besó en la boca
«Sé buena conmigo», me besó
a la fuerza en todas partes en el cuello y en la cara
me dijo que era guapa que era amable
me lamió la mejilla
«No te comeré los pechos, estoy casado»
lamió mi pecho
me besó tres veces
luego metió toda su mano en mi boca*

*conseguí huir bajé corriendo las escaleras
se reía burlonamente con fuerza grité a mi hermana pequeña
que corriera que abriera la puerta
era invierno llevaba varias capas de ropa tuvo que renunciar
a desvestirme del todo llevaba una combinación que
se sujetaba al cuello con un lazo se entretuvo
nervioso con el nudo y no consiguió deshacerlo*

*mi pantalón le molestaba poco a poco lo bajó
y me dijo que era alérgico al tejano entonces
tuve que quitarme el pantalón corto
aunque no era tejano, mi pantalón corto tenía un instrumento extraño de
metal yo tenía miedo de que
me golpeará con él obedecí me quité las bragas*

me di cuenta de que estaba desnuda, no sé cómo

*estaba frente a él, me pidió que lo sujetara por el cuello
me mantuvo apretada contra él hizo unos gestos para
darme a entender que si me resistía él me estrangularía
me empujó contra la pared se frotó contra mis nalgas*

detrás de su pantalón sentí algo duro «Lloras por nada, no eres más que una cría. Las demás no lloran así», se abrió la bragueta me obligó a mirar su pilila me abofeteó «No me gustan las niñas que lloran», me colocó encima de la mesa de despacho yo ya no llevaba mi pantalón él hurgaba a la altura de mi sexo tuve mucho miedo lloré mucho me golpeó con el puño metió dos dedos en mi vagina me dolió mucho tenía ganas de gritar pero no conseguía articular nada se echó a reír me metió los dedos dentro los olió los lamió emitió una especie de risa ahogada yo sentía una quemazón le pedí que parara me abofeteó varias veces se reía se burlaba de mí se burlaba de mi miedo movió sus dedos dentro de mi sexo: «Te sentirás mejor después de esto», me hizo mucho daño pero prosiguió, «Solo te meto los dedos, deja de llorar», después se lamió la mano y yo lloraba me tocó el ano con los dedos y con el pene, «Deja de llorar si no te doy un azote», no consiguió penetrarme con su sexo empujándome contra la pared entonces me tumbó en las escaleras separó mis piernas me dolió mucho, «Cállate, la gente va a pensar que quiero violarte».

recuerdo con precisión algunos detalles y al mismo tiempo todo está muy confuso en mi cabeza casi no recuerdo nada pienso que he reprimido muchas cosas pienso que hay muchas cosas que han desaparecido de mi memoria se encontró esperma en mis bragas no recordaba nada no recuerdo si entonces conté algo sin duda yo no era una mentirosa dije que había visto su sexo pero hoy no sé ya no sé –se echa a llorar– por lo que a mí respecta es el vacío

después me dijo que era una buena persona que era padre de familia que tenía dos hijos un niño y una niña que se llamaba «Salvator, el salvador».

«Has sido buena conmigo», me llevó a la panadería para comprarme los caramelos prometidos yo estaba paralizada no me atreví a decirle nada a la panadera que me conocía él me dio cuatro o cinco monedas de diez francos me dijo que le había hecho un favor y que esto merecía una recompensa me puso una moneda en la mano quiso darme dinero diez francos veinte francos treinta francos yo lo rechacé me hizo jurar que no diría nada, «Ahora somos amigos».

quería que nos volviéramos a ver me preguntó qué hacía el miércoles me preguntó a qué hora terminaba el colegio quería verme de nuevo me propuso que nos citáramos más tarde me hizo prometerle que volvería se marchó dejó la puerta abierta yo estaba aterrorizada no me atrevía a salir de la habitación tenía miedo de que regresara permaneció en los alrededores toda la tarde me esperó durante horas delante de la puerta del edificio

mamá me encontró sin vida sin nada la vecina del rellano llamó a la policía cuando los policías me pidieron que les mostrara lo que él había tocado en el apartamento pues bien solo me tocó a mí no había huellas en ningún lugar me obligó a abrir todas las puertas los cajones a mover el taburete a manipular el contador

en la comisaría había muchos policías yo estaba aterrada no dije gran cosa sabía que había actuado mal que había acompañado a un desconocido no dije todo me sentía culpable por haberle sujetado la puerta no lo conté todo estaba avergonzada no hablé de los tocamientos deseaba que la declaración terminara cuanto antes

*no me atrevía a hablar del sexo erecto y además no tenía
palabras para expresarlo*

*mi padre estaba fuera de sí buscó por el barrio
toda la noche nos llevó a vivir al sur al año siguiente
fue la madre de mi amiga la que les habló de mí a los policías
mis padres fueron informados
pero nunca hablaron de ello*

*mi padre estaba muy enfadado conmigo me reprochó no
haber actuado correctamente no haber gritado*

*mi madre se quedó tan impresionada que nos
trasladamos precipitadamente a vivir en provincias
al año siguiente una marcha que tuvo consecuencias
desastrosas para toda la familia*

*mis padres me dijeron que era un secreto
nunca más volvimos a hablar de ello*

*mi padre me dijo que no lo contara a nadie de lo
contrario la mirada de la gente sobre mí cambiaría
crecí reclusa hasta los veintiún años*

*mis padres ya no me dejaron salir sola de casa
se acabaron las meriendas*

*las salidas escolares las fiestas de pijamas los viajes con la clase
todo se acabó salvo a veces un McDonald's con mi madre*

*no fui capaz de contárselo a nadie
ni siquiera a la psicoterapeuta*

*a la que me llevaron mis padres
en casa nunca volvimos a hablar de ello era tema tabú
tuve que guardarlo todo dentro de mí me encerré en mí
misma me construí sobre la desconfianza*

me sentí tan culpable

*se lo conté a mi mejor amiga y ella me ridiculizó
ante todo el mundo*

*se supo en el instituto alguien dejó un mensaje en el
contestador de casa «No tenías que haber puesto una*

*denuncia a la policía. Vamos a follarte guarra»
algunas chicas de mi clase me enviaron una carta de
amenaza haciéndose pasar por él
¿si tuvo consecuencias en mi vida?
–se encoge de hombros, no conseguirá articular
ni una palabra.
¿las secuelas? –largo silencio
tuve suerte –dice con voz quebrada.
fue un trauma enorme
supuso una fractura que me dejó completamente aislada
me hizo mucho daño más adelante
–se echa a llorar.
me destruyó por completo –silencio–.
me bloqueó en todo
arruinó mi vida*

*es como estar sola perdida en el bosque de noche
es una impresión muy física
que aparece de golpe en cualquier momento
durante mucho tiempo antes de dormirme veía
las imágenes de lo que me había sucedido
volví a chuparme el pulgar
tuve muchas pesadillas
actualmente sigo teniendo miedo a la oscuridad
ya no pude volver a pasearme sola –rompe a llorar
por mi barrio durante meses ya no me atreví
a ir al colegio lo veía por todas partes
ya no conseguí nada en el colegio
me cuesta mucho concentrarme
desde entonces tengo problemas de concentración
ocupa todo el espacio me refugié
en los estudios me volví anoréxica
me volví bulímica
tenía miedo de todos los hombres incluso de mi padre
no quería que mi padre me cogiera en brazos
destruyó la relación con mi padre él nunca comprendió*

el impacto que aquello tuvo en mí

*¿mis primeras relaciones sexuales? –se le quiebra la voz,
ya no puede articular nada.*

*recuerdo todavía sus dedos dentro de mí estoy aterrada
en el momento de la penetración
todavía tengo la sensación de sus
dedos introduciéndose entre los labios de mi sexo si tengo
relaciones sexuales con mi marido es por obligación
no disfruto*

*he perfeccionado un sistema de invisibilidad
nadie me ve
me volví bulímica
para que los hombres no me vieran
empecé a desconfiar de todo el mundo
en la vida es preferible no ser demasiado amable
me cuesta mucho confiar en alguien
sobre todo si son hombres tengo tendencia
a quedarme paralizada
y a no poder decir no siempre temo
perder el control delante de los hombres
soy muy desconfiada no soporto quedarme sola
en un lugar cerrado con un hombre que ejerce
autoridad sobre mí así que sacarme el permiso de conducir
ir al médico estar en el despacho
de mi superior no lo soporto
desde entonces soy tan sensible que a menudo
pierdo el conocimiento
vivo constantemente con miedo
pienso en ello continuamente es una especie de nube
que está ahí en mi cabeza
me siento anormal, rota
tengo una angustia que acarreo desde entonces
y que se desplaza sobre muchas cosas*

*he sufrido una larga depresión
tengo miedo en todo momento
me he encerrado mucho en mí misma soy muy nerviosa
padezco migrañas crónicas
tengo tantos miedos a las angustias que no comprendo
he hecho psicoterapia durante años*

*me bloqueo cuando alguien quiere tocarme
no soporto los masajes
tengo miedo cuando alguien me aborda si alguien se acerca
demasiado me toca tengo ganas de golpearlo*

*siempre he tenido mucho miedo de los hombres
y sin embargo a menudo
me he topado con hombres machos
hombres violentos que consideraban a las mujeres
como si fueran mierda
siempre he tenido relaciones difíciles complicadas
dolorosas con los hombres hace algún tiempo me
enamoré de una mujer soy feliz con ella
y me horroriza decir esto decir que esta magnífica historia
en parte es debida a él pero creo
que existe una relación con lo que me hizo*

*lo había olvidado todo pero en una velada
tenía dieciocho años un chico me acorraló
contra la pared para besarme todo volvió de nuevo
me desplomé y caí al suelo*

*cuando me llamó la policía hace tres años me eché
a llorar aquello me sumergió de nuevo en algo horrible
los acontecimientos resurgieron cuando la policía
se puso en contacto conmigo
estaba enterrado en mí todo volvió
cuando el inspector de policía me llamó*

*entre la llamada de la Brigada de Menores y el momento
en el que fui a poner de nuevo la denuncia queríamos
tener un hijo pero dejé de ovular volví a tener crisis
de angustia funcionaba como a cámara lenta*

*cuanto más pienso en ello más traumático resulta
y eso que era algo muy lejano*

*cuando estaba encinta tenía mucho miedo
de contaminar a mi bebé
durante mis dos embarazos todo resurgió tuve graves
problemas neurológicos y cardiacos
lavo sin cesar a mis hijos me entra el pánico muy fácilmente
sobre todo desde que tengo hijos*

*mi marido no está al corriente
así que testificar hoy es complicado
no quiero que lo sepa
no he conseguido decirles a mis padres que lo habían detenido
que había un juicio
nunca se lo he dicho a mi marido,
me he inventado una excusa para venir hoy
es la primera vez que vuelvo a hablar de ello delante de gente*

*cuando le reconocí en la sala de vistas
me impresionó me quedé paralizada
el primer día del juicio no lo reconocí de espaldas
pero cuando se giró
sentí un nudo en el estómago
es el hombre que vi el primer día
—todo su cuerpo se pone tenso—
es él —casi inaudible*

Soy psicóloga.

Practico deportes de lucha, me he hecho boxeadora.

Soy médico pediatra de urgencias.

Soy estudiante de Derecho, quisiera ser magistrada, quizá juez de menores.

He venido por si así puedo ayudar a otras personas a evitar esto.

He tomado la decisión de venir hoy aquí para vencer este sentimiento de vergüenza y culpabilidad.

Me gustaría poner fin a ese día.

El día después de cuando caímos en tu trampa, todas nos despertamos en nuestras bonitas habitaciones infantiles y seguimos yendo al colegio, sonriendo a las señoras mayores, diciendo *muchas gracias*. Nos conformamos, habíamos tenido suerte, seguíamos vivas, habría podido ser peor. No volvimos a hablar de ello o hablamos muy poco. Cada una de nosotras construyó su existencia. Intentamos mal que bien que se sostuviera, apilamos las experiencias difíciles y los encuentros agradables sobre aquel día y dejamos aquel día en el sótano, lo olvidamos, levantamos tabiques, pasillos, abrimos ventanas, construimos con nuestras manos el armazón y, aunque notábamos de forma confusa que el edificio tenía un defecto, no sabíamos cuál era, así que aprendimos a sellar las grietas, los pánicos, a contener la angustia en el desván. Recibimos invitados, teníamos por fin la sensación de vivir en nuestro hogar.

Después de la llamada telefónica de la Brigada de Menores, aparecieron puntitos negros en las paredes, los aplastamos con la punta de los dedos, la pared se desmoronó. Miramos nuestras puertas, estaban atravesadas por túneles y galerías, aguzamos el oído y las paredes, el suelo, el techo empezaron a rechinar, a chirriar, un olor acre de excrementos y saliva nos envolvió de repente. Bajamos las escaleras a toda prisa, cada escalón cedía en una nube opaca, en cuanto llegábamos fuera, aquella bonita casa, que tanto nos había costado, se derrumbó. De golpe.

Mujeres jóvenes, nerviosas y desnudas, pidiendo que se haga justicia.

Marguerite, a los nueve años, explica a los policías, *Me puso su pilila en mi chichi y en mi trasero, me hizo daño en el chichi, me eché a llorar, me puso en el suelo. Y volvió a empezar. Seguía haciéndome daño.* Marguerite, en cuyas braguitas se encontró esperma, a la que el médico de la unidad forense, consultado el día de los hechos, confirmó que había habido

penetración vaginal y anal, Marguerite, que al volver a declarar, hace tres años, lo hace a regañadientes, se planta, se niega a recorrer aquel día que intenta olvidar desesperadamente, Marguerite se limita a decir lo menos posible y, durante la instrucción, su denuncia por violación se descalifica y se convierte en agresión sexual.

Philippine, al capitán, hace tres años, *Metió su dedo en mi sexo, noté claramente que había algo que se introducía en mi sexo*. Philippine, a la que nadie informa de que se trata de una violación y que tiene derecho a solicitar una recalificación, Philippine, en cuyo caso el delito de agresión sexual ha prescrito, Philippine ve rechazada su petición de constituirse en parte civil.

Mathilda, al capitán, ella también, hace tres años, *Siento sus dedos introduciéndose entre los labios de mi sexo*. Mathilda, que en el estrado describe el recuerdo de los dedos de él dentro de ella, me habría gustado que tu abogada saltara para señalar a los jurados que se trata de una violación y que, si su denuncia no se recalifica, Giovanni Costa saldrá del paso con la única acusación de agresión sexual.

Juliette, que fue de las primeras en constituirse en parte civil, Juliette se interrumpe bruscamente en el estrado, pierde el hilo, ya no sabe, Juliette, cuya denuncia inicial por agresión sexual ha prescrito y para la cual su abogada pide una recalificación como tentativa de violación, Juliette recibe del presidente una andanada terrible: *¡Conclusiones no admisibles, disposición de desestimación definitiva, sobreseimiento, extinción de la acción pública respecto a su persona!* Este flemático presidente, que parece no alterarse con los insultos de Costa, este hombre impasible pierde los estribos esta única vez. Juliette lo irrita al contarnos toda una vida de dolor, con el rostro desesperadamente inexpresivo, como ausente, y con voz monocorde. El aguacil viene a buscarme para que la consuele durante la suspensión de la vista y su inercia también me exaspera, tengo ganas de zarandearla. He olvidado que en esa indiferencia yo debería ver una señal, que cuanto más dissociada está una persona, más anestesiada emocionalmente se siente, cuanto más expuesta haya estado a violencias graves, más en peligro está de volver a sufrirlas. Esa tarde, consideré su

ausencia como una falta de inteligencia, la juzgué con dureza, no la reconocí.

Julia, en cuyo caso los hechos de agresión sexual han prescrito, Julia, que aun así ha venido a testificar, era algo importante para ella, Julia rompe a llorar al recordar los meses de después, en los que se sentía aterrorizada ante la idea de pasear sola. Terror que nunca la ha abandonado.

Los términos jurídicos se muestran impotentes para calificar el odio. Un testimonio tras otro, veinte años después, sea lo que fuere lo que les hiciera, todas están hechas añicos.

Y yo, que decido no mencionar la felación forzada ni la penetración digital anal, que decido no denunciar ni su pene húmedo dentro de mi boca minúscula ni sus gruesos dedos dentro de mi ano, que decido atenerme a mi declaración de hace tres años, para que mi testimonio no pierda credibilidad, yo que me limito a mencionar de paso que sé que sucedieron otras cosas.

Y Laura, en cuyo caso el abogado general aporta al juicio la declaración del año 2003, por actos de violación sobre menores cometidos en 1983, prescritos, imputados a Giovanni Costa. Esta mujer ha tardado veinte años en armarse de valor y entrar en una comisaría para poner su denuncia.

¿Cuántas, como ella, no han sido escuchadas por sus familias? ¿Cuántas te han llevado consigo durante todos estos años completamente solas, Giovanni?

Han pasado cuatro días y empieza a gustarme el ceremonial almidonado de la *cour d'assises*, las togas largas de color rojo, el armiño, las togas largas de color negro, los gendarmes, el lenguaje esmerado y las fórmulas que emplean. Me gustan los bancos de altos doseles de madera oscura que me permiten ocultar mi rostro a la sala cuando me siento conmovida. Me gusta la balanza, el fiel, el ojo, el hacha, la mano de la Justicia, esta mezcla de símbolos en estuco que domina la sala de vistas. Me gustan el apoyo recatado de los gendarmes emocionados y silenciosos y su afecto torpe hacia nosotras, me gustan la sororidad tan repentina como evidente que se entreteje con cada víctima, la inteligencia y la humanidad de este abogado general que sin cesar precisa, señala, da a conocer. Me gustan esos pícnicos que se improvisan en un gran pasillo de mármol bajo el ojo de una Justicia de bronce, con la mano derecha alzada y las tablas de la ley apretadas contra el corazón, me gustan mis invitados, cada día distintos, que se turnan para apoyarme. Me gusta cuando mi hermana se acerca de repente para abrazarme con fuerza, me gusta que este juicio sea también un poco el juicio del embaucador que ha desfigurado su vida. Me gusta ver a mi tía informarse entre los bancos del público sobre quién es la madre de quién, escuchar a medias a mi padre charlar sobre Georgia con el abogado de la defensa, notar que mi madre aguza el oído a la desesperada para oír al fiscal. Y me gusta esta tarde soleada, en la que mi tía aprovecha una suspensión de la sesión para llevarnos a visitar la Sainte-Chapelle, la suave quietud de las vidrieras azuladas en medio del caos. Me gustan las notas temblorosas y precisas de mi marido, sus mensajes cariñosos, sus abrazos. Me gusta mirar la cara de los jurados y ver cómo pierden su altivez testimonio tras testimonio, me gusta que con el paso de los días sus ojeras aumenten, que sus máscaras se caigan, me gustan estos jurados que a veces se arriesgan a mirarnos, a transmitirnos, el tiempo que dura un pestañeo, su empatía, su humanidad.

A fuerza de amar, a fuerza de llorar, me apropio poco a poco del espacio-tiempo de la Justicia. Aquí donde toda mi existencia está contenida en

pocas palabras, aquí donde para siempre tengo nueve años, aquí donde el caos del mundo se ordena, donde el horror se califica, aquí, por fin, me siento protegida, no tengo que aparentar nada, me parezco a mí misma, por fin, me parezco a mí misma.

Esa mañana del quinto día, les toca hablar a los psicólogos. Los que han peritado a las cuatro partes civiles, los que han peritado al acusado.

Temo el testimonio de la primera, es la que hizo que me derrumbara, hace año y medio. Se entrevistó con tres de nosotras.

En el caso de la primera, relee *su fragilidad a nivel psicológico, su perfil neurótico, su identidad frágil ante cualquier cosa además de la violación, ante un accidente grave, un fallecimiento en la familia*. Según ella, presenta un estado de estrés postraumático *muy ligero*. Sin embargo, esta mujer joven ha descrito llorando en el estrado el estado de pasmo profundo en el que Giovanni Costa la hundió, casi no recordaba nada, no entendía cómo se había podido encontrar esperma en sus braguitas, no recordaba haber visto su sexo, pero luego, con nueve años, veía, como en sobreimpresión, un sexo en erección en todos los hombres con los que se encontraba. Sufrió dos depresiones graves. De jovencita, fue víctima de nuevo de violencias sexuales graves, primero de agresiones sexuales en grupo, luego de violación. Explica que está alerta en todo momento y que, al aproximarse la fecha del juicio, su sexualidad se vio de nuevo cercenada.

El segundo caso es el mío y, si bien me irrita al hablar en detalle de mi familia y mis estudios, lo que dice a continuación me desagradaba: *Estado de estrés postraumático severo, compatible con los hechos denunciados*. ¿Por qué esa diferencia de diagnóstico? Me prepararon para afrontar este examen pericial, me ayudaron a establecer lazos y a comprender los daños de los que él era el único responsable, me entrenaron para no minimizar, para no excusarme.

El tercer caso es el de Sybille, veintiún años y con el don de la belleza. Sybille, deshecha en lágrimas, su cuerpo poderoso acurrucado en el banco de las partes civiles, su cuerpo que tiembla tanto que, todavía hoy, mis manos lo recuerdan. Sybille dirá, *Me destruyó por completo, vivo constantemente con miedo*. Sin embargo, a Sybille, la perita no le diagnosticará un estado de estrés postraumático porque *en ella el síndrome*

de inhibición prevalece sobre el síndrome de repetición. ¿Qué significa esto? No se tomará la molestia de explicarlo a los jurados.

Al final de su exposición, entre todas y todos los que han pasado por el estrado, ella será la única que tendrá derecho a unas palabras simpáticas por parte del presidente, *Sé hasta qué punto en este momento su profesión se ve vapuleada.* Ella le contestará, apartando con la mano unas moscas invisibles, *Estamos del lado de la Ética.*

El segundo experto comparece con tres horas de retraso y se muestra tan encantado como adulator: nunca ha visto *una recuperación psicológica tan completa*, su denunciante, *que posee grandes aptitudes intelectuales, no sufre*, según él, *ninguna secuela psicotraumática*, según él, *podría decirse que se ha recuperado casi del todo, los efectos sobre su vida son casi nulos actualmente.* Su abogada carga contra él. *¿Ah, sí? ¿Si no ha dejado de llorar desde el inicio del juicio y se aferra a sus sesiones de terapia como a un salvavidas!* Y el perito se defiende, se justifica, *El examen pericial somete a la persona a una reactivación, se le impone un microtraumatismo y observamos el modo en que ella se organiza, mantengo mi diagnóstico.* El fiscal insiste, habla de amnesia y de memoria traumática, y el perito se enreda en explicaciones confusas.

Qué fea es la ignorancia disimulada bajo aires doctos.

Qué vergüenza que en Francia los médicos, los psicólogos, los policías y los magistrados no reciban una formación específica sobre violencia sexual.

Cuando se sabe que cuando una víctima de violencia sexual se identifica correctamente, se diagnostica y se trata, consigue curarse.

Llega el turno de los peritos que se han entrevistado con Giovanni Costa. Nos morimos de ganas de oír lo que van a decir, nosotras que solo hemos tenido un espacio vacante en el banquillo vacío y a los miles de personajes grotescos que en él se han proyectado: Costa el italiano, el semental, el hombre con un par de cojones, Costa el aficionado a las carreras de caballos, el derrochador, el que se cuida los pies calzados con zapatos de piel de cocodrilo, Costa el gentleman ladrón, el delincuente internacional itinerante, Costa el solitario, el marginal, Costa el rabioso que suelta insultos como espuma, Costa el viejo perverso, el sátiro que ofrece

caramelos a la salida de los colegios, Costa el ogro, devorador de tiernas niñitas, Costa el enfermo, Costa el loco, Costa el antisocial: ¿quién es Costa?

Ninguno de ellos me resulta familiar, ninguno se parece al que se ha acantonado en mí durante tanto tiempo. No, yo, el hombre que conozco, he reconocido sus rasgos en los testimonios de las otras chicas, he encontrado su rostro en sus risas burlonas, sus bofetadas y sus palabras del revés.

La primera psicóloga está de vacaciones, le contestó a la secretaria judicial que no estaba dispuesta a desplazarse. El presidente lee su informe, cuya conclusión es una *organización paranoica de su personalidad*. ¿Ah, sí? Sé que él es lo suficientemente inteligente para creerse las milongas que cuenta.

La chica que iba al mismo instituto que yo no ha venido al juicio, pero me la encuentro poco después. Es psicóloga. No está enfadada con él, *Pobre, es un sociópata, tiene una personalidad antisocial, es un enfermo*. Sobre todo recrimina a la policía que no lo haya interrogado antes. Me saca de quicio. No aguanto que se diga esto, no es suficiente. No me aclara nada. No corresponde a lo que sé de él en lo más profundo de mí misma. No actúa de manera impulsiva, no se abalanza sobre nosotras, espera. Pacientemente, días enteros. Elige a la niña, el lugar, la puesta en escena, se nos acerca enmascarado, nos dice amablemente las palabras mentira, *Mi mujer está embarazada, tengo dos niños de nueve y diez años, busco una habitación para mi hijo mayor, lamento pedirte esto, realmente necesito ayuda*, tiende metódicamente su trampa, infunde el terror gota a gota, luego nos usa sexualmente y, cuanto más nos degrada, más se ríe con sorna, más triunfa. Cuando estamos disociadas, confusas, a su merced, nos dice las palabras veneno, las palabras con doble fondo, *Te gusta esto/viciosa, veo que te gusta esto/guarra, te hace hermosa/ zorra, te sienta bien/ramera, te gusta, eh, te gusta/perdida, te sientes mejor, eh/putita, estás hecha para esto/putana, eres una glotona/guarra*. Y para terminar las palabras candado, *Es nuestro secreto, soy tu amigo, esto es entre tú y yo, no se lo digas a nadie, no lo entenderían, prométeme que no dirás nunca nada, eres buena, ten, para agradecerte tu ayuda, te doy diezveintetres francos, caramelos, un helado*.

El segundo perito sube al estrado. Y sus palabras suenan correctas, sus palabras desagran. *La responsabilidad del acusado en relación con los hechos es total y completa. No existe una causa psiquiátrica para la alteración o la abolición de su responsabilidad penal.*

Presenta aparentemente un delirio de persecución de tipo paranoico, pero, ya que es excepcional que alguien que presente este tipo de trastorno de la personalidad cometa violaciones, se trata posiblemente de otra manipulación.

Hay que considerar la posibilidad de que nos encontremos ante un manipulador perverso extraordinario, lo que corrobora la cantidad excepcional de víctimas. Me permito recordar que en Francia existe lo que se denomina la cifra negra de víctimas de violencia sexual, se calcula que un noventa por ciento de víctimas de violación no lo denuncia, y esta cifra es todavía mayor para los menores. En este expediente, tienen setenta y dos víctimas pequeñas registradas, pueden añadir un cero.

Se produce un silencio helador y el presidente decide hacer una pausa antes de los alegatos de las partes civiles.

Mi abogada viene hacia mí, sostiene contra su pecho siete páginas con una letra de un tamaño de doce puntos, siete páginas dolorosas y secretas, el resumen de los peores momentos de mi existencia. Me había pedido que seleccionara, en mis cuadernos de color azul cielo, los pasajes que pudieran hacer palpable a los jurados el sufrimiento que he padecido durante años. Antes de aportarlos por escrito al juicio, desea leer algunas líneas.

¡Ah no! De ningún modo. Mi madre, mi hermana y mi tía están aquí. No quiero que oigan esto, no lo escribí para ellas. Pero está Marguerite, está Sybille, está Leïla, están todas estas chicas formidables y valientes que han ido subiendo al estrado, están nuestros sufrimientos desmentidos por los peritos domingueros, así que sí, así que de acuerdo. Salgo corriendo hacia el gran vestíbulo de mármol, voy corriendo a ver a mi madre, a mi hermana, a mi tía. Lo siento mucho, mi abogada va a leer mis cuadernos íntimos, no quería que vosotras escucharais esto, esas palabras no son para vosotras, perdonadme. Os quiero.

Mi abogada empieza a leer, me hundo en mi asiento, siento vergüenza de que todos oigan mis fealdades puestas al descubierto.

Al finalizar la lectura, me miro fijamente las manos, postrada, sobre todo no cruzar la mirada con nadie. Mi tía, mi querida tía, llega por detrás y hunde la cabeza entre mis hombros temblorosos y me abraza con fuerza, *Somos unos ineptos, no comprendimos nada.*

El presidente da lectura a las preguntas a las que él y los jurados tendrán que contestar. Ochenta y cuatro preguntas principales, veintitrés preguntas secundarias. Se ha asegurado, en el caso de cada víctima, de que si Giovanni Costa fuera declarado no culpable, dependiendo de los casos, de violación o de agresión sexual, pudiera ser declarado culpable de tentativa de violación o de tentativa de agresión sexual.

Los alegatos de los abogados de las catorce partes civiles empiezan. En el desfile de largas togas negras, cada uno utiliza un estilo tan particular que uno pensaría que se trata de una demostración de prácticas de alegación.

El que ruge, señalando el cubículo vacío, *¡Les pido que acaben con este!*

La que elabora frases bonitas, la favorita de los medios de comunicación.

La competente, la vibrante, *Frente a la niña se le vanta una barrera doble, la de ser escuchada por sus padres y la de conseguir que sus padres lo denuncien. Las mujeres que comparecen hoy comparecen también en nombre de las ausentes, en nombre de todas esas niñas con las que se topó a lo largo de toda una vida dedicada a hacer el mal.* La no comprometida, esa que se habrá pasado el juicio enviando mensajes de texto, esa que tenía otras cosas más importantes que hacer.

El aturdido, el conmovido, *Mi cliente, casada y madre de dos niños, me confesó que nunca tuvo una relación sexual que no viviera como algo impuesto.*

El técnico, el aficionado a los artículos de ley.

Y la volcánica, cuyo alegato veloz y contundente cierra brillantemente la jornada.

La mañana del sexto día, los gendarmes me avisan en cuanto llego: Costa está aquí. El presidente reúne a los abogados de las partes civiles de que todavía no han presentado su alegato, les avisa de que el primero en hacerlo será profusamente injuriado, de que no hay que dejarse desarmar, les deja que sean ellos quienes elijan al que desee estar en primera línea.

Mi marido está sentado muy recto a mi lado, no me sobra ni un ápice de nuestro amor para contener mi miedo.

Entra en el banquillo, no nos mira, luce una sonrisita cortés dirigida al presidente y a los jurados, se sienta. Todos dirigen su mirada hacia él, ¿cuándo empezará a gritar? Un abogado se adelanta y se dirige a él, lo vigila, lo mira desafiante, lo asedia, carga contra él, y nada. No contesta. Se queda mudo. Se queda mudo, pero está ahí, escucha y las palabras cambian, las palabras empiezan a construir, a vendar, a enderezar, basta con que por fin esté presente, sentado en el banquillo de los acusados y nosotras sentadas en los bancos de las víctimas, para que las palabras estén en su lugar, para que se haga justicia.

Otro abogado sube al estrado, no lo oigo, tú, Giovanni, me miras desafiante y yo me concentro en sostener tu mirada, en no disociarme esta vez, en respirar, en sentir la ira que me calienta durante todo el tiempo en que tus ojos, como taladros, intentan hacer que baje los míos. Por fin dejas de mirarme y en este triunfo minúsculo encuentro el umbral de mi vida futura.

El último abogado de la acusación, un tenor carismático y militante, concluye los alegatos, *Estas niñas echarán cemento, plomo, por encima, pero por debajo todo se enmohece, te pudre la vida.*

Giovanni Costa vuelve después del almuerzo, tengo que pellizcarme para creérmelo.

El fiscal se pone en pie, inmenso, ya no se inclina hacia el pequeño micrófono, domina al acusado, hunde sus ojos en los suyos y empieza su acusación: *Señor Costa, ha estado usted ausente o se ha mostrado odioso y ofensivo, pero va a tener que responder de todos estos hechos.* Luce la gran toga roja con cuello de armiño, su dicción es clara, fuerte, *Señor Costa, diecinueve de sus víctimas han venido aquí a testificar, usted no estaba, no se ha dignado escucharlas.* Costa no baja la cabeza, sostiene la mirada, farfulla, *Podrido, Mamón,* tiene las mandíbulas prietas y los labios lívidos, pero tengo nueve años y en la escalera se alza un hermoso caballero rojo con gafas de concha, un gran justiciero envuelto en armiño, san Jorge de Capadocia con su larga lanza, así que ya puedes escupir, demonio.

El fiscal detalla los hechos, víctima tras víctima, yo soy la segunda, coge mi foto de niña impresa en formato A4, mi sonrisa tímida, mi cuello redondo y mis pecas, me esgrime delante de Costa. *¡Recuerde a esta niña, a esta niña que usted violó!* Costa salta, con el puño en alto, el rostro turgente, congestionado por el odio, grita, *¡A esa niña la violaste tú, mamón! ¡Tú eres el violador de niñas, podrido!* Y entonces, en ese momento, ya no soy más que terror acurrucado en un banco, esa violencia, la reconozco, la conozco de memoria, ella es la que me ha mutilado durante todos estos años, esa fealdad, por fin la veo fuera de mí y, liberada, me yergo. Mis lágrimas ardientes se evaporan en cuanto brotan.

El presidente le ordena que se tranquilice, se sienta de nuevo, pero en cuanto el fiscal habla de Marguerite, temblorosa y digna, sus manos entrelazadas con las mías, vitupera, escupe, insulta, y cuando llega el turno de Clara, *¡Todo mentiras! ¡Estaba en Alemania, en Düsseldorf! ¡Esto es un escándalo! ¡Voy a recurrir a la prensa! ¡Mamón!* Los gendarmes lo agarran y lo arrastran hacia la salida mientras sigue profiriendo insultos.

Estamos ante un toxicómano de la violencia, la reincidencia está probada. Por todas estas vidas aniquiladas, pido veinte años de reclusión criminal, el máximo que prevé la ley.

Por la noche, voy a un concierto, canto a voz en grito, bailo, tomo caipiriñas, la música me atraviesa y actúa en mí, bailo, me siento inmensa e infinita, vibro, me embriago, me fabrico un mantra con un estribillo, *todo irá bien, ya verás,* lo canto sin moderación, lo convierto en mi estandarte, en él bordo cada uno de mis pensamientos, esta última noche, me aturdo a base de alcohol y esperanza.

Séptimo y último día. Giovanni Costa está aquí.

Es el turno del alegato de los abogados de la defensa. No son Secretarios de la Conferencia en absoluto, como estamos en la sala Victor Hugo, cada uno dirá una cita de *Último día de un condenado a muerte*. Las frases son hermosas y están bien construidas, *El juicio es el momento de la reintegración de un hombre en la sociedad y no de su rechazo*. Para ellos es importante que se juzgue a un ser humano y no a un monstruo y, ya que *la balanza de la Justicia ha sido desequilibrada por este banquillo vacío*, la más belicosa de los dos se emplea a fondo para destejer las mallas prietas de la acusación.

En la *cour d'assises*, la conclusión le toca hacerla al acusado. El tiempo que tiene la palabra no puede ser interrumpido por nadie y su duración la determina el presidente, con un ojo puesto en la balanza.

Giovanni Costa se pone en pie, sonrío. Por primera vez se dirige a la corte. Utilizando una jergonza italofrancesa, difícil de comprender, les habla de Pétain, de las avispas, del cardenal Mazarino, de las verdaderas pastas italianas, de Garibaldi, de la restauración de muebles antiguos, de Mussolini, de su vida de ladrón, habla sin tomar aliento, va de una idea a otra, corretea, se divierte y yo necesito que responda por lo que nos ha hecho, yo y otras dos víctimas nos levantamos, en pie, le hacemos frente, con la esperanza de que reaccione, y nada, ni un sobresalto, ni una mirada, imperturbable, todopoderoso, prosigue, juega, repite su historia de Francia para imbéciles, yo ya no puedo más, huyo de la sala de vistas, corro por el gran pasillo de mármol, corro y mis piernas ceden y caigo. A cuatro patas, sollozo y mis lágrimas son negras.

Rodeada, levantada, sostenida por mi tía y mi abogada, me recompongo y me deslizo en silencio sobre el banco de madera para seguir sufriendo su jergonza burlona y errática, su apoteosis.

Cada vez que el presidente le ordena que vuelva a los hechos, él se indigna, *No tengo pinta de sádico y violador*, protesta, *En Italia no se viola*

a los bebés de dos a tres años, o bien detalla el contenido de una maleta dejada en ese hotel de Düsseldorf.

Y cuando después de cuarenta minutos interminables, el presidente le pide por fin que concluya, se pone solemne, *Señores y señoras miembros del jurado, señor presidente, me disculpo, lo digo de todo corazón, no soy un violador*. Todas nos estremecemos al oír *me disculpo*, pero en vano, no hay esperanza, es solo un tic italiano, un *prego*, una palabra sin valor.

El juicio ha concluido. El presidente, los asesores y los jurados se retiran para deliberar.

A lo largo de estos siete días pasados juntos, he escudriñado sus rostros exhaustos de compasión, he tenido ganas, cien veces, de reunirme con ellos para fumar un cigarrillo en las escaleras del Palacio de Justicia, pero cada uno se ha mantenido en su lugar y, a partir de ahora, ya no hay nada que añadir, les toca a ellos decidir.

Extrañas horas dedicadas a engañar la espera de un fallo, vagabundeando por las calles demasiado elegantes del centro de París, imantada por el Palacio de Justicia y sus jurados recluidos en su interior, aferrada a mi teléfono como si fuera un test de embarazo.

Y tú, Giovanni, ¿qué has hecho? ¿En qué, en quién has pensado? ¿Quién eres en el silencio cerrado de una celda, cuando nadie te mira?

Ya está. Antes de lo que la secretaria judicial había previsto. Seis horas de deliberación para ciento siete preguntas, no han estado de brazos caídos. Mi padre coge un taxi, mi tía su bicicleta, y muchas de estas niñas formidables, que tú, Giovanni, has querido aniquilar, se apresuran hacia la sala Victor Hugo. Venimos para escuchar el veredicto.

Una hora más esperando a los abogados de la defensa, ilocalizables, una hora dando vueltas para agotar la espera. Por fin llega la defensa. Estamos de pie. Entran los jurados.

Giovanni Costa es declarado culpable.

De todo.

Dieciocho años de reclusión.

Nos abrazamos, intercambiamos grandes sonrisas tímidas. Hace tantos días, tantos meses, tantos años que estoy sentada en este banco de madera esperando el anuncio de mi liberación. A partir de ahora, te toca a ti quedarte encerrado, Giovanni, te toca a ti soportar el peso de tu odio.

Estás de pie, muy tieso, con la barbilla levantada, los ojos como canicas de acero, y he aquí que tu acento ha desaparecido totalmente, que tu elocución es clara, las palabras que pronuncias poseen una claridad quirúrgica. *Me disculpo, señor presidente, ya que usted es el instigador de mi derrota, límpiense el culo con ella, esta noche, en brazos de su compañero.*

Cinco días después, recibo una carta certificada. Giovanni Costa apeló, solo, sin hablarlo con sus abogados, la misma tarde del veredicto, en cuanto llegó a la secretaría del centro de detención.

Intento no desmoronarme, que no tenga esta victoria. Me desmorono de todas formas. No tengo valor para volver a empezar. No tengo valor para esperar dos o tres años a que una nueva *cour d'assises* sea designada en otro departamento, para hallarme sola en una ciudad extraña, para desnudarme de nuevo ante unos jurados desconocidos. Tengo una vida por vivir, hace ya mucho que me espera.

Sin embargo iré y animaré a todas las que conozco a que vuelvan a ir. Sin nuestros testimonios temblorosos, nuestras voces quebradas, nuestros rostros tensos por las lágrimas contenidas, sin nosotras, el horror del crimen se diluye y el criminal triunfa. Cuando los jurados no se sienten conmovidos, son más indulgentes. Iré.

Esperaba, ingenuamente, que el presidente aprovechara este juicio para que progresara el derecho de las víctimas de violencia sexual. Esperaba en vano. Conoce todas nuestras vidas desgarradas, ha escuchado, testimonio tras testimonio, las consecuencias a largo plazo. Sabe que Costa es insolvente y que las cantidades que la condena le obligará a pagar a las partes civiles como *reparación de los perjuicios sufridos* serán cantidades simbólicas. Sabe que los símbolos desagran, conoce el poder de su larga toga roja ribeteada de armiño, conoce el impacto de las palabras que pronuncia. Qué importa, se limita a acatar la vieja jurisprudencia, a conformarse con las tarifas vigentes, quince mil euros por la violación, siete mil por las agresiones sexuales. En Francia, se puede destruir la vida de una mujer por el precio de un coche de segunda mano.

A una de nosotras, cuya historia no es ni más ni menos aterradora, ni más ni menos sórdida, le concede el doble. ¿Por qué? No se sabe, estas decisiones no requieren ser motivadas. ¿Le resultó más emotiva? ¿Más digna de recibir la consideración del Estado? ¿Acaso su vida tiene un valor mayor? No basta con sufrir, hay que merecer la empatía que se siente por nosotras.

Todas apelamos sus decisiones, menos ella. Él ha conseguido dividirnos.

Esa mañana, en una radio pública, un cómico añade a un tío *un tanto insistente* a una lista de primeras experiencias sexuales. Ah, ah, ah. Apago la radio. ¿Cuándo se dejará de confundir sexualidad y violencia, deseo sexual y adicción al estrés, consentimiento y estupefacción? Lo que experimenta esa sobrina o ese sobrino no es la sexualidad, es el odio, la omnipotencia, la fealdad. No tiene nada que ver con el placer, el abrazo, las caricias, nada, absolutamente nada, con la fusión de los cuerpos.

Epílogo

Tu cuerpo está frío. Estás muerta ese día, ese día del hermoso mes de mayo, y no hay nada que yo pueda hacer para devolverte el aliento. Frase tras frase, he creído que la escritura me permitiría reencontrarte, salvarte, y que bastaría con un beso sobre tu frente para despertarte. Pero tu rostro está azul y no sé cómo abrazarte. Así pues, te hablo, del mismo modo en que tú hablabas al abuelo, bajo el ciruelo. Todos estos años, me estabas esperando, sabías que al caminar hacia ti, yo me encontraría. Deposito este libro junto a ti y que estas flores de papel sean tu corona.

El mal que te hizo está en mí, no se despegas, es una roca de granito negro en medio de un prado. Desde entonces lo distingo, desde entonces lo recuerdo y juego, hago cabriolas, me agito con mi hijo hasta caer agotados por la risa y las cosquillas entre la hierba alta y nada me resulta más extraño que las imágenes de ayer. A veces, abrazo al hombre que amo y nuestros cuerpos exultan, y solo existe en nosotros la Alegría de estar vivos.

La vida nunca abandona, en el fondo de los océanos, en las tinieblas, brilla.

En mi boca, en mi garganta, el fuego de artificio de una manzana mordida con avidez, en mis fosas nasales, a lo largo de mi tráquea, el olor de las agujas de pino aplastadas con la punta de los dedos, en la palma de mis manos, el calor vibrante y húmedo de un puñado de tierra fértil.

Aunque en este libro haya cambiado los nombres de las otras víctimas, ellas me han acompañado al hilo de la escritura, y en ellas he encontrado el valor para seguir adelante.

Gracias a Muriel Salmona, mi doctora en botánica y arqueología submarina.

Gracias a la letrada Agnès Cittadini, por su fervor, su competencia y su humanidad.

Gracias a mis seres queridos, a todas y todos los que me han ofrecido su confianza, su cariño, su humor, su amor.

1. Película documental de Alain Resnais de 1955, realizada a partir de películas y fotografías de los campos de exterminio. (*N. de la T.*)
2. En francés «espejo sin azogue» es «*mirroir sans tain*». *Tain* se pronuncia como *thym* [tomillo], que es la palabra que entiende la niña. (*N. de la T.*)
3. Segundo corresponde a cuarto de la ESO, y primero, a primero de bachillerato en el sistema educativo español. (*N. de la T.*)
4. Curso de preparación para comenzar estudios literarios en la *École Normale Supérieure*. (*N. de la T.*)
5. Clase preparatoria para entrar en la *École Normale Supérieure*, rama de letras. En la jerga de la escuela, *la khâgne* es el apodo dado a las clases preparatorias en el siglo xix por los estudiantes que preparaban las escuelas militares. (*N. de la T.*)
6. El *lingam*, en la religión hinduista, es una representación simbólica del dios Shiva en forma de falo. (*N. de la T.*)
7. El *ioni* simboliza la vulva y la energía femenina. (*N. de la T.*)
8. El *slam* es un formato de recital de poesía que implica al público y se celebra a micrófono abierto. (*N. de la T.*)
9. Los tribunales correccionales son competentes para juzgar las infracciones castigadas con una pena de máximo diez años de privación de libertad o con una multa superior o igual a 3.750 euros. (*N. de la T.*)
10. La *cour d'assises* es un tribunal penal con competencia para juzgar los delitos, es decir, las infracciones más graves, castigados con penas de duración comprendida entre diez años de reclusión y cadena perpetua. (*N. de la T.*)
11. Tercero de primaria en la enseñanza española. (*N. de la T.*)
12. Quinto de primaria en la enseñanza española. (*N. de la T.*)
13. Actor, director, arreglista, guionista y productor francés. (*N. de la T.*)
14. Literalmente, «noche en pie», movimiento social francés surgido en la Plaza de la República de París el 31 de marzo de 2016 como parte del movimiento contra la Ley del Trabajo. (*N. de la T.*)

Título de la edición original:
La petite fille sur la banquise

Edición en formato digital: febrero de 2021

© imagen de cubierta, Herbert List / Magnum Photos / Contacto

© de la traducción, Cristina Zelich, 2021

© Éditions Grasset & Fasquelle, 2018

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2021
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-4247-0

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es